


EL PERRO
y LARANA

Serenata Guayanesa

LEYENDA VIVA







Serenata Guayanesa

LEYENDA VIVA

1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2021

 Investigación y compilación: Alejandro Moreno
Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de portada y diagramación

Mónica Piscitelli

Ilustraciones

Henry Rojas

Edición

Alejandro Moreno

Correctores

Vanessa Chapman
Francesco Sarpi

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: DC2021001409

ISBN: 978-980-14-4890-7

Serenata Guayanesa

LEYENDA VIVA

INVESTIGACIÓN Y COMPILACIÓN
ALEJANDRO MORENO



*Tercos. No hay mayor terquedad que la de nosotros.
Tenemos 45 años y seguimos, somos los tercos de la música.
No importa lo que pase, nosotros seguimos adelante.
Es un amor profundo por la música venezolana.
Porque, si hubiéramos querido hacer otra cosa,
yo me hubiera dedicado básicamente a la Medicina;
Iván, a la Ingeniería; Mauricio, a la Sociología
y César, a la Odontología.
¡Pero esta terquedad no nos deja, chico!,
es una cosa que llevamos por dentro
y no hay forma, ¡y no queremos que se acabe!
Queremos que Dios nos dé la oportunidad
de poder continuar los años que se pueda continuar.
Eso es en una palabra Serenata Guayanesa: tercos.*

MIGUEL ÁNGEL BOSCH







FUN

Serenata Guayanesa:

LOS AMIGOS DE VENEZUELA

Si hubiera un mito que explicara el nacimiento de Serenata Guayanesa, seguramente comenzaría así...

Hace mucho, mucho tiempo, cuando el Orinoco era un temblador que jugaba con las estrellas y con los gallos de la sabana, cuatro hijitos de ese temblador se convirtieron en gente. Y estos cuatro hijos, de tanto amar la música, se convirtieron en una sola serenata que resonaba en los tepuyes y en las quebradas. Y así como cuando la luna toca cuatro y se emparranda de día con el cachicamo y la sapoara, así se fueron emparrandando los cuatro carajitos, que se decía eran hijos del temblador. Y de tanto cantar y tocar, las gentes les fueron agarrando cariño y ya más nunca se fueron de nosotros. Y por eso, cuando los cuatro hijos del temblador, que jugaban con las estrellas y con los gallos de la sabana, llenan de música a Venezuela y al mundo también es porque ese temblador, que jugaba con las estrellas y con los gallos de la sabana, se convierte en melodía del pueblo, se convierte en parranda y en amistad.

Cuando Serenata Guayanesa canta, canta la Piedra del Medio, esa isla maciza que vigila a Ciudad Bolívar y a Soledad al mismo tiempo. También cantan Alejandro Vargas y Félix Mejías, toca el maestro Lauro su guitarra, y el mazapán de La Pelusa se deshace en la boca de los niños que juegan pelota en la bajada de Perro Seco. Esta Serenata amiga de todos ya llega a 45 años. Un pocotón de años siendo amigos de un país que los ha visto dedicar su vida a los niños, a la música tradicional, pero sobre todo a la esencia de esta Tierra de Gracia. Para un país que siempre ha tenido una memoria un poco olvidadiza, valga decir que estos cuatro carajitos de Serenata han estado allí para decirnos lo que somos, lo que fuimos y seremos. Cada vez que una canción de Serenata Guayanesa resuena en algún rincón, cada vez que la pulga y el piojo o el sapo soplan su melodía, por allí vibra también el alma de esta tierra.

Nada permanece, es cierto. Todo se hace polvo, todo se hace olvido y desierto en manos del tiempo que sedimenta lo que algún día fue. Pero estamos segurísimos (exagerando los síes) de que esta Serenata que cumple 45 años será luz musical, pajarito del sol alumbrando los caminos de la tradición y de la belleza, pero sobre todo de los caminos de esos años siendo los amigos de Venezuela.

ORIGEN DE UNA PROEZA

Son las tres y quince de la tarde en una Ciudad Bolívar que se derrite en la lentitud del río. Una sombra de mangos y mamones cerca de la plaza Miranda se roba las melodías. Quien de tarde en tarde se regale un descanso a la orilla de ese padre juguetero que llamamos Orinoco, sabe que a esa hora pesan más las cosas. Sin embargo, un muchacho a quien no le pesa la muñeca de su mano derecha, busca arpegios en la



boca sonora de un cuatro. Su hermano menor lo acompaña con otro cuatro y dos amigos más ensanchan la música: un aguinaldo se desparrama también río abajo. La música para ellos es un pacto para mostrar todo el caudal de sensibilidad y emoción que puede desprenderse de cuatro voces y algunos instrumentos.

A las ocho de la noche ya el sereno que viene del río ha refrescado el corredor de la casa y, cómo no, también lo refresca la cerveza que ya a esa hora está fría. Necesario es que la música sea la protagonista, no hay problema para ello. Una parranda pide abrirse paso en el bullicio de Ciudad Bolívar y se le concede el permiso. La bullanga de la casa, dulce y picarona, recuerda que estamos en diciembre y que pronto será otro año, por lo cual hay que apurar el paso para que ese nuevo ciclo no nos agarre desprevenidos.

Las noches son de serenatarles a las muchachas y a las no tan muchachas. Serenatarle al llanto de la luna, serenatarles a las mariposas y a los murciélagos, que nadie se quede sin su

serenata. Que ninguna noche se ponga a llorar porque en su balcón no se escucharon los arpegios serenateros que arrullan sin sombra y sin polvo. Que todas las luces del mundo se encierren en la melodía de una dulce serenata de provincia. Que todas las voces resuenen en la humildad y el candor que sube por la ventana y se hace amor en cuatro voces serenateras.

Tres días después, un sancocho a orilla del río es el abreboca de una nueva parranda, que es como decir una vieja parranda, un bochinche de siempre. Toda parranda es una continuación de la primera palmada y la primera risa, del primer trago de ron melódico y cómplice. En esa parranda viven todas las parrandas. La energía que surte de algarabía la próxima reunión. Así, de parranda en parranda, fue cociéndose a fuego lento una Serenata Guayanesa que más nunca se detuvo. Una melodía que se escurriría en el imaginario musical venezolano.

Muchos destinos y muchas lunas abren caminos desde la música, que es lo mismo que decir desde el sentir

de los corazones. Una melodía que se haga mujer en la voz del pueblo necesariamente será una puerta para ver nuestra alma. Esa alma que requiere de cosas sencillas y tiernas para mantenerse viva. No es verdad que las almas viven por siempre. Sí mueren las almas, si las matamos de olvido y alienación. Y eso es contra lo que ha luchado nuestra Serenata Guayanesa durante todo este tiempo, al mantener viva nuestra alma venezolana, gracias a su tesón, a su ternura y a su valentía. Los muchachos de Serenata han sido una candelita dulce en medio de la oscurana que muchas veces amenaza, pero que no hay que dejarla que nos eche vaina con su sombra y su ignorancia.

SERENATA GUAYANESA:

LOS MUCHACHOS DEL ORINOCO

Las buenas historias siempre vale la pena recontarlas, en sentido no solo de volver a narrarlas, sino en el de hacer un imprescindible inventario de lo vivido, de lo soñado, de lo aprendido. Un recorrido vital que no es más que el

transcurrir del país. Uno debe siempre mirar atrás y vibrar con lo que ha quedado a la vera del camino.

Cuando nació Serenata Guayanesa, nació también un sentir, una manera de decirle al país que la sensibilidad es una forma de hacer Patria (tal vez una auténtica y perdurable) y de involucrarse con todo lo que vibre en clave de música y parranda. Irrumpiría Serenata con sus voces, con sus cuatros y su tambor para decirnos que esta casa bonita y grande que llamamos Venezuela tiene a unos hijos dispuestos a recorrerla.

No por casualidad ha sido precisamente de Ciudad Bolívar de donde han venido estos cuatro muchachos, de esa tierra bendita, crisol de maravillas. Tierra donde entromparon aventureros, intranquilos y serenos inmigrantes de luminosa estirpe. De ese caldo prodigioso nació una tradición musical de la cual vienen, por ejemplo, el gran Antonio Lauro, el juglar de Ciudad Bolívar Alejandro Vargas, el ocurrente Félix Mejía y todo un largo linaje de serenateros y noctámbulos de la melodía que hicieron de la antigua

Angostura un lugar privilegiado para la música. Bueno, de allí viene Serenata Guayanesa.

Ahí va entonces este libro para celebrar: para celebrarlos y celebrarnos. Aquí está un poquito de esa esencia venezolanisísima (volvamos a exagerar los síes), porque si algo podemos calificar como venezolanísimo a es definitivamente a estos cuatro muchachotes que con su música y su ternura nos

han enseñado tantas cosas. Una pedagogía del alma que con los serenatos se ha regado por toda esta geografía hecha de matas de mango, flores, guarapo, arepa y bochinche bonito. Ojalá por mucho tiempo más sigamos teniendo con nosotros a estos buenmozos de la vida que llamamos Serenata Guayanesa. Muchachos, Venezuela entera los abraza y celebra con ustedes estos 45 años.









Miguel Ángel y Mauricio
llegan con César e Iván,
de la música el volcán,
y es el momento propicio
para que demos inicio
a esta celebración
que nos llena de emoción,
de emoción venezolana
canta el gallo en la mañana,
canta con gran devoción.



Serenata para una niña y el diente roto de su hermano

ESMERALDA TORRES

EN VIENTO DE AGUA NO HAY NAVIDAD SIN SERENATA GUAYANESA

En mi casa, la Navidad comienza el 5 de noviembre, fecha del cumpleaños de José, mi compañero de vida. Se arranca la celebración oyendo aguinaldos y elaborando las primeras hallacas del año. Se preparan y se disfrutan bajo el amparo de las voces de ese grupo amoroso que tanto le ha dado a este país. Si alguna grandeza tenemos como pueblo los venezolanos, esta radica, principalmente, en nuestros músicos y en nuestros poetas. Y en eso Serenata Guayanesa ha dictado cátedra. Nadie nos representa mejor y no es simple orgullo por mi gentilicio. Tengo la seguridad de no exagerar. Y ese malecón, a orillas del Orinoco, lo sabe: la Concha Acústica, el Museo Jesús Soto, la Plaza Bolívar y todos

los escenarios donde recuerdo haberlos oído en mi infancia y adolescencia.

Habrà un viaje final, en el cauce del río padre, junto a las boras lilas magníficas que habitan la Laguna del Medio. Y en ese viaje, la voz de Iván Pérez Rossi y los otros serán el fondo musical para una despedida. Agradecida estaré por siempre por habernos dado tanto a los guayaneses y a los habitantes de esta Patria que es mejor también por ellos.

LO QUE YO CREO QUE OCURRIÓ

Considerando que yo nací en el año 1967 y que Serenata Guayanesa nació en 1971, puedo afirmar que en verdad nacimos juntos, la noche en la que por primera vez los escuché cantar en el Museo Jesús Soto, en un concierto con Morella Muñoz y la

gente de la Cuerda de Carmito: David y Cheo Hurtado como músicos y María Esther como solista. Por los años setenta, mi mamá trabajaba como secretaria en la Casa de la Cultura de Ciudad Bolívar, que dirigía la poetisa Mimina Rodríguez. Mi mamá tenía que ir al concierto porque era parte de su trabajo y, para no dejarnos solos en casa, nos llevó a mi hermano y a mí. Nosotros vivíamos en el barrio La Shell, a orillas de la Laguna del Medio, y como era relativamente cerca, nos fuimos caminando hasta el Museo. Recuerdo a las mujeres vestidas con aquellos trajes largos de muselina, llamados maxis, y a los hombres trajeados con sus paltós y camisas almidonadas. Era una gran noche, una gran gala, y todos sacaron a pasear sus mejores pintas. Algunas mujeres con pelucas y una que otra con guantes y mitones. Confiemos en que todo esto ocurrió así, porque yo no invento; está en mi memoria; además

cuando le pregunté a mi madre (ya tiene 84 años) para refrescar lo que ocurrió esa noche me dijo: "¡Muchacha, y cómo me voy a acordar de eso que ocurrió hace tanto tiempo!".

Pero de verdad verdad, lo que quiero decir con esto es que, para mí, Serenata Guayanesa existió desde siempre.

LO QUE SÍ OCURRIÓ

Un mediodía, mi hermano llegó de la escuela Juan Bautista Farreras con un diente menos. Había tenido una pelea con Ricardito, un niño vecino, a la salida de clases y en una caída, poco digna supongo, estrelló uno de los dos incisivos contra el pavimento. Perder su sonrisa perfecta le costó menos que enfrentar a mamá y fue esa su primera lucha cuerpo a cuerpo con la vida. Luego del almuerzo se fueron rumbo al odontólogo a reparar la pelea con el asfalto victorioso. Vale decir que Ricardito siguió siendo el mejor

amigo de mi hermano. Me quedé en casa, esperando el regreso de un hermano ahora defectuoso, quien de allí en adelante siempre sonrió con los labios apretados. Semanas después recuperó lo que le faltaba a su diente, con un implante realizado por un ilustre músico que además era odontólogo: César Pérez Rossi. Entonces, Serenata Guayanesa se convirtió, para mi hermano y el resto de la familia que éramos, en reparadora de sueños y sonrisas en más de un sentido.

VIAJERA DEL RÍO

En marzo del año 1986, me tocó cruzar el puente Angostura en una unidad de Expresos La Guayanesa, rumbo a cursar estudios en la UDO de Cumaná. Recuerdo el viaje como si fuera hoy. Para espantar el miedo mientras cruzaba el puente, tarareaba esa canción emblemática que había conocido cantada por Iván, en una interpretación

en el malecón del Paseo Orinoco, en una Feria de la Sapoara. No partía tan sola entonces: el Orinoco a la espalda y una canción como bastimento no son poca cosa. Otra vez Serenata Guayanesa para acompañar el miedo y alentar el ánimo. A lo mejor mi madre se quedó tarareando: y se fue ocultando, y se fue marchando, luego desapareció, pasaron los años y el arcano tiempo la alejó de mí, por eso en mis sueños cuando la recuerdo, triste voy al malecón...

En el año 1990 tuve mi primera hija, Albania, y de la mano de un amigo, quien después fue su padrino, entré junto a un móvil de colores que construyó para ella, un *cassette* de Serenata Guayanesa, como regalo para la recién nacida. Esa música arrullaba sus sueños en las siestas, y luego fue el fondo musical con el que se recibían a los invitados en las fiestas de cumpleaños. Por siempre en mi



casa, en los cumpleaños de adultos y niñas, se ha cantado la versión que popularizó Serenata Guayanesa del "Cumpleaños venezolano". Con el bochinche que tal canción provoca.

En el 2000 nació Manuela, mi otra hija, y de la mano de su madrina entró, ahora en un CD, la versión magistral que hizo Serenata Guayanesa de *Manuelita vivía en Pehuajó*. Otra vez las mismas voces alegrando la vida de la familia.

EN VIENTO DE AGUA NO HAY NAVIDAD SIN SERENATA GUAYANESA

En mi casa la Navidad comienza el 5 de noviembre, fecha de cumpleaños de José, mi compañero de vida. Se arranca la celebración oyendo aguinaldos y elaborando las primeras hallacas del año. Se preparan y se disfrutan bajo el amparo de las voces de ese grupo amoroso que tanto le ha dado a

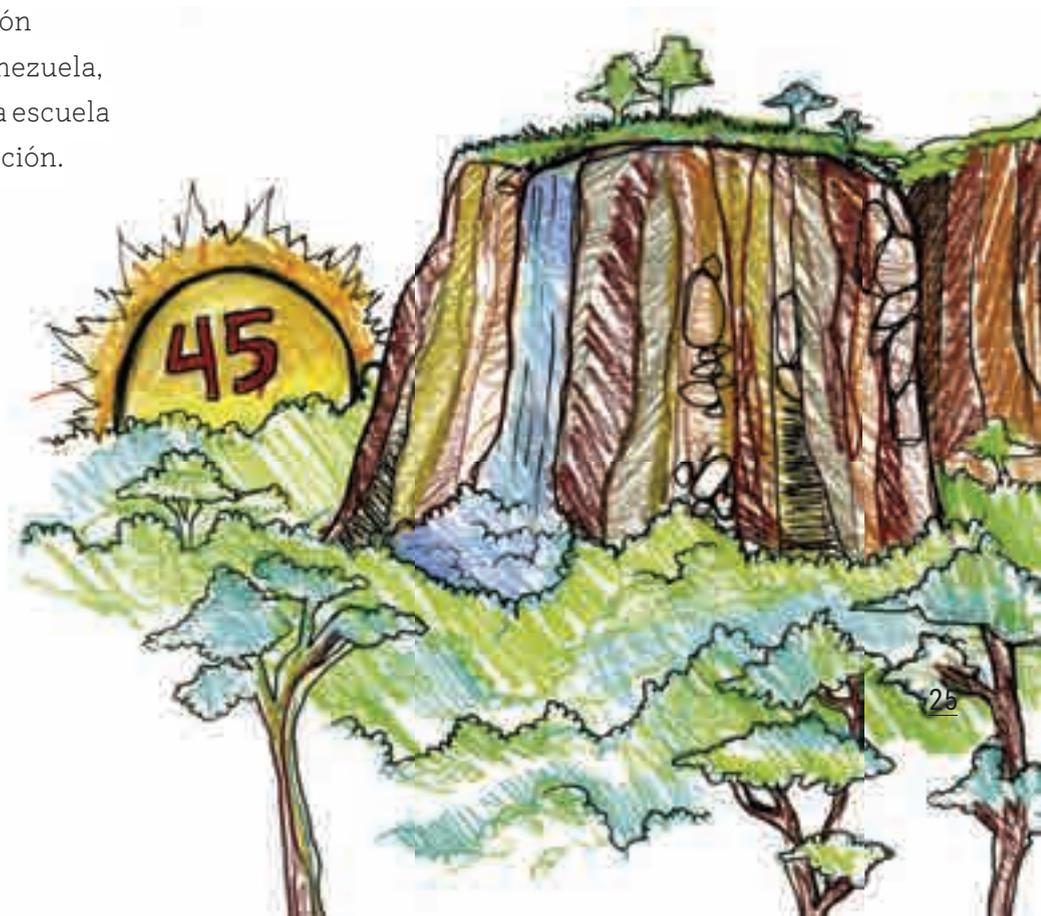
este país. Si alguna grandeza tenemos como pueblo los venezolanos, esta radica, principalmente, en nuestros músicos y en nuestros poetas. Y en eso Serenata Guayanesa ha dictado cátedra. Nadie nos representa mejor y no es simple orgullo por mi gentilicio. Tengo la seguridad de no exagerar. Y ese malecón, a orillas del Orinoco lo sabe, la Concha Acústica, el Museo Jesús Soto, la Plaza Bolívar y todos los escenarios donde recuerdo haberlos oído en mi infancia y adolescencia.

Habrá un viaje final, en el cauce del río padre, junto a las boras lilas magníficas que habitan la Laguna del Medio. Y en ese viaje la voz de Iván Pérez Rossi y los otros será el fondo musical para una despedida. Agradecida estaré por siempre, por habernos dado tanto a los guayaneses y a los habitantes de esta patria que es mejor también por ellos.





Serenata Guayanesa
cumple sus cuarenta y cinco,
ya me los cumple de un brinco
y para nadie es sorpresa
que esta fantástica empresa,
que este grupo juguetón,
con todita la razón
sea luz de mi Venezuela,
de la música una escuela
y del país la emoción.

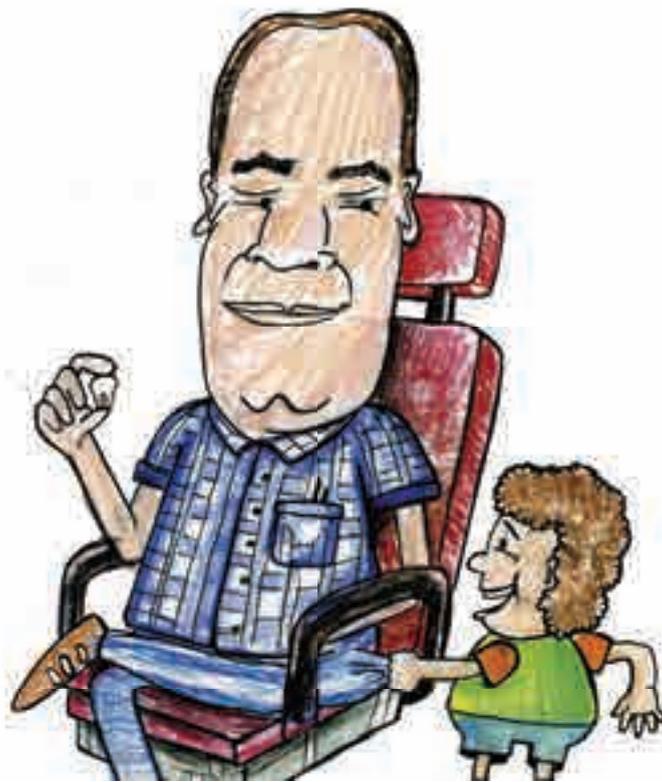


¡Tú eres el carajito que me jalaba los pantalones!

Quando era odontólogo, fui presidente del Colegio de Odontólogos por muchos años. Siempre iba a sus convenciones y eventos. En cierta ocasión, había un congreso de odontólogos en el antiguo hotel Concorde de Margarita. No fui con Serenata, sino que fui como odontólogo, y fui con mi esposa. En esa época estaba empezando a sonar el disco *Cantemos con los niños*. "La pulga y el piojo" estaba empezando a hacerse famosa.

Ese día que llegamos alrededor de la piscina había una noche margariteña. Estaba allí, me acuerdo, y de pronto vino un carajito y me jaló por los pantalones y me decía: "Yo me conozco 'A la una' " y se iba corriendo, cha cha cha cha cha, y después volvía a venir, cha cha cha cha cha: "Yo me sé 'La pulga y el piojo' " y se iba, cha cha cha cha cha. En una de esas viene, me jala por los pantalones y me dice: "¿Por qué tú no

te casas con mi mamá?". Hay que ver todo lo que significa esa frase y que de alguna manera encierra todo el cariño que tienen los niños por la música y por Serenata Guayanesa.





Fui hasta donde estaba la mamá del niño y conversé con ella. Pero la anécdota va más allá, porque como a los diez años de eso fui a dictar una conferencia en el hotel Caracas Hilton (todavía no se había convertido en hotel Alba Caracas). Era una conferencia sobre la presencia del flúor en la sal para evitar las caries. Me acuerdo de que fui ida por vuelta a dar la conferencia. Estaba ahí en el casino viendo (porque a mí no me gusta jugar) cómo la gente jugaba y de pronto veo a un muchacho fornido como de 21 o 22 años que viene y se me acerca, y cuando ya estaba

cerquita, le digo: "Tú eras el carajito que me jalaba los pantalones en Margarita". Esa vaina yo la cuento y nadie lo cree. "Tú eras el carajito que me jalaba los pantalones hace como diez años", le repetí. No sé cómo sucedió, porque en diez años a un niño le cambia la fisonomía. Pero fue una premonición que tuve al verlo acercarse, sin que me dijera ni una palabra. El muchacho me dijo: "Sí, yo soy y me gradué de odontólogo". Lo único malo fue que nunca le pregunté el nombre.

Viernes, 5 de agosto de 2016
CÉSAR PÉREZ ROSSI

Serenata Guayanesa
trajo el canto del arraigo,
parrandita es lo que traigo
enredada en mi garganta.



Yo toco por fantasía

Yo vengo de una familia de músicos. En mi casa, mi papá, mis tías, mis tíos, mi abuelo, todos eran músicos. Nací en Caracas y me críe en San Cristóbal, después estudié en Mérida. Soy totalmente andino. Lo cual quiere decir que volví a Caracas casi a los 26 años. Cuando tenía como seis años, un primo por parte de madre, llamado Manolo, tenía un

cuatro, que estaba siempre colgado en un clavo. Mi primo era zurdo, y afinaba el cuatro a lo zurdo. Y recuerdo que yo decía: "Dios mío, sí me gusta el sonido de eso, qué cosa tan hermosa". Cuando él se iba, yo agarraba el cuatro. Memorice las notas y lo afinaba a la derecha. Iba viendo los tonos que él iba poniendo: re, la dominante de sol... Entonces me



aprendí dos tonos y con esos dos tonos yo tocaba aguinaldos, parrandas, tocaba de todo.

Cuando tenía como siete años, mi abuela Tomasa se empezó a dar cuenta de que yo tenía unas inclinaciones bárbaras por la música. Un día nos fuimos para el mercado cubierto de San Cristóbal, que quedaba frente a la plaza Bolívar y mi abuela me compró un cuatro que le costó veinte bolos, una fortuna para aquel entonces. Era un cuatro de clavijas de palo, que era lo que se usaba en aquella época. Con aquel cuatro pasé no sé cuántos años de la vida, años de años, y lo guardaba y lo pulía.

Poco a poco, mi abuela fue como inculcándome "las cositas": ella no me enseñaba música, pero me ponía los instrumentos que era como enseñarme. Así fueron transcurriendo las cosas y comencé a tocar en la escuela graduada N.º 5 Simón Rodríguez, que quedaba a una cuadra y media de mi casa en San Cristóbal. Tocaba en los conjuntos de aguinaldos (todavía no se conocía la gaita). Tocaba aguinaldo tradicional,

colombiano, venezolano y español. Esa era la música que nos llegaba a San Cristóbal. El aguinaldo colombiano nos llegaba, por supuesto, por la vecindad con Cúcuta y Pamplona. Siempre nos llegaba primero lo que venía de Colombia que lo que venía de Caracas.

Seguí tocando, conocí otros músicos, me aprendí otros tonos. De un día para otro mi papá me regaló una guitarra. Empecé a oírla, empecé a hacerla sonar. "Ay, qué lindo suena", decía yo. Ahí ya tenía ocho años. No me alcanzaban los dedos para hacer los acordes, tenía los dedos muy chiquiticos, y ponía el sol como podía. Cuando tenía catorce años ya tocaba guitarra, acompañaba, y con el cuatro también acompañaba, tocaba bien para la edad que tenía. Ese fue quizás mi inicio.

Después, cuando vine a Caracas, todos en la familia de mi padre eran músicos y eso me ayudó mucho a seguir formándome. Soy familia de Estelio Bosch Cabrujas, que tocó con Los Melódicos un pilero de años y con La Billo otro pilero de años. Soy familia

también de Jaime Bosch, un pianista formidable. Mi padre era contrabajista. Mi abuelo, Manuel, tocaba en una banda que había en Caracas, dirigida por Pedro Elías Gutierrez, compositor de la música del "Alma Llanera". Había incluso una fotografía familiar donde están ellos en Ocumare del Tuy, que por cierto, era la capital del estado Miranda para la época cuando se casaron mi abuelo y mi abuela. Esa fotografía debió haber sido, creo, como de finales de los años veinte, quizás principios de los treinta.

Recuerdo que en aquellos tiempos en que venía a Caracas, me aprendía nuevos acordes. Mi papá me enseñaba, mi tío me enseñaba. Fue entonces cuando aprendí a tocar, como decía mi abuela Josefa, por fantasía. Yo no leo música, yo toco por fantasía, lo que se me ocurre aquí en la cabeza. Y ese fue mi primer encuentro con la música. Ahí nació todo, ahí comienza la historia.

Miércoles, 17 de agosto de 2016
MIGUEL ÁNGEL BOSCH



Le regalé a Isabelita
dos serenatas y un río.
Las serenatas las tiene
para taparse del frío.



Me gusta cuando calla, ¡porque este señor tiene una voz horrible!

Yo cantaba en la escuela y, cuando entro en el liceo Peñalver, me acuerdo de que nadie tocaba un cuatro. Y por supuesto, uno, que cantaba, quería estar presente en los actos culturales. En esos actos cantaba *a cappella* porque no había nadie quien acompañara con un cuatro. Tampoco tenía cuatro porque si no, me lo hubiera llevado. Una vez, estando en primer año de bachillerato, me dicen los profesores: "Mira, va a venir un poeta y vamos a hacerle una velada cultural a este señor", así que tuve que cantar *a cappella* porque, por supuesto, no había quien tocara cuatro. Canté un pasaje de Juan Vicente Torrealba: "Sabaneando, sabaneando". Después de que le cantamos a este señor, él se paró y habló, ¡con una voz horrible!, una voz muy desagradable. Recuerdo que yo decía: "

¡Dios mío, ¿quién es este señor que tiene esa voz tan horrible?". Bueno era un tal Pablo Neruda.

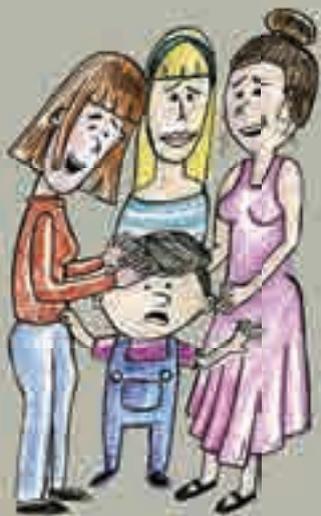
Lunes, 26 de septiembre de 2016
IVÁN PÉREZ ROSSI





Serenata Guayanesa
viene cantando aguinaldos
y el tuqueque Florentino
está preparando el caldo.





Un ejército de “viejas”

Mi mamá María Teresa Rodríguez Natera murió muy joven, tenía apenas 46 años cuando se nos fue, y mis hermanos y yo quedamos al cuidado de “un ejército de ‘viejas’”, como les decía yo, y lo de “viejas” es por cariño, por respeto, por amor. Aquel maravilloso grupo de mujeres era casi toda familia de mi mamá que vivía con nosotros. Estaba la tía Teotiste Natera, tía abuela de mi mamá; la tía Carlota Plaza, prima de mi mamá; la tía Clara Rodríguez, que era hermana de mi mamá, y la tía Elisa León, que la considerábamos mis hermanos y yo una tía más. Elisa era la hija de una

señora que había sido trabajadora doméstica de mis anteriores generaciones y que tuvo y crió a su hija en casa. Ella falleció y la niña se crió en la casa. Esa niña era Elisa. Así que cuando nosotros nacimos, Elisa era una tía más.

Este poco de mujeres quedaron al cuidado de nosotros junto con mi padre, pero él tenía que salir a trabajar y era con ellas con quien pasábamos más tiempo. Ellas nos levantaron a mis hermanos y a mí. Eramos nueve: Guillermo, Elia, Humberto, María Teresa, Roberto, Mario, Tomás Alejandro, Yahayra y yo, Mauricio.

Siendo incluso ya adultos, aquellas viejas magníficas nos seguían cuidando. Recuerdo haber ido una vez a Ciudad Bolívar (ya estaba casado) y salir a una fiesta en casa de unos amigos. Al llegar, mi tía Teotiste estaba despierta esperándome. Para ellas nunca dejamos de ser unos niños. Y aunque ya no están, todos esos recuerdos de ternura y paciencia infinita me los llevaré conmigo.

Lunes, 8 de marzo de 2017
MAURICIO CASTRO RODRÍGUEZ



Serenata Guayanesa,
de tierras del Orinoco,
llegaron hechos los locos
y para nadie es sorpresa
lo que su música expresa
que es el sentir más genuino,
canten en turco o en chino,
en ruso o en japonés,
así canten al revés,
son el canto del camino.



Serenata Guayanesa: de cuarteto a una escuela

PEDRO MARÍN

Mi historia, como la de muchos venezolanos, sin duda está salpicada por la existencia de Serenata Guayanesa. En mi caso puede que un poco más, pues mi madre y toda esa rama familiar son del estado Bolívar. En esa época era muy común que la gente emigrara a Caracas a formarse, llevando consigo todo su bagaje cultural. Por eso, no obstante al ser caraqueño de nacimiento, absorbí como cultura principal la guayanesa.

Para el tiempo en que Serenata Guayanesa se conformó y grabó su primer elepé, yo aún no había nacido. Ya cuando pude entender algunas cosas, esas melodías resonaban en mi casa por varias vías y se escuchaban los cuentos de mi mamá acerca de las



serenatas que los hermanos Pérez Rossi daban en el colegio donde ella estudiaba interna en Ciudad Bolívar. Obviamente, ese grupo era un estandarte y un orgullo familiar, por ser un emblema de su estado y su cultura que nos enorgullecía. Quizás, este orgullo también era más fácil de encontrar divulgado en todos los medios y seguramente por ello, Serenata Guayanesa se fue convirtiendo en el baluarte nacional que hoy en día es.

No era extraño encender la TV y ver a Hernán Gamboa (quien formó parte del grupo en sus inicios) dando clases de cuatro. Eso parecía trivial entonces, pero desde la distancia de estos tiempos donde ninguna figura representativa de lo venezolano se ve muy seguido en algún canal de televisión, era una imagen elocuente de lo que estos músicos representaban para el país. Recuerdo que cuando llegó el televisor a color a mi casa, lo primero que se escuchó y se vio por esa cajita mágica fue un programa en el canal 8 en el que un grupo (y aquí el

nombre del mismo se me perdió en el tiempo) interpretaba “¿Dónde está San Nicolás?” de Iván Pérez Rossi. Pudo ser casualidad, pero para una familia, y unos niños que estaban sensibilizados con el tema, escuchar esta canción en una época en que ver televisión era un evento colectivo fue lo máximo.

Por todas estas vivencias, me es imposible no tener una perspectiva cercana y afectiva a la hora de hablar de Serenata Guayanesa, pues simplemente siempre formó parte de mi acervo musical. Aunque ahora pueda tener una valoración de otros aspectos formales, en cuanto a la estética y otras cuestiones técnicas, esta música y estos intérpretes forman parte de esos recuerdos de familia, es decir, del amor y la sensibilidad más próximos y más estimados por mí.

Tuve la suerte de ser de esa generación de muchachitos que disfrutó el lanzamiento del disco *Cantemos con los niños (Vol. II)*. “La pulga y el piojo” es sin duda una obra que ha trascendido el gusto de una generación para

consolidarse como una canción atemporal y del dominio de todos los niños venezolanos. Pienso que esta apropiación que ha hecho el pueblo de este tema solo es comparable con el aguinaldo "Niño lindo"¹, que es otra de esas grandes piezas que todo el mundo conoce y aprecia.

Asimismo, no se puede negar el esfuerzo de Serenata Guayanesa, pese a las limitaciones técnicas que pudieran tener, para hacer llegar a todos los venezolanos la mayor cantidad posible de formas musicales autóctonas, muchas de las cuales eran totalmente desconocidas para el gran público nacional.

Estoy seguro de que gracias a ellos se conoció el calipso del Callao, la música de Alejandro Vargas, la de Carmito Gamboa, el golpe y estribillo². Inclusive,

alguna referencia organológica³ tuvimos cuando escuchamos aquello de: "Óyeme, Perucho Cova, / ¿a ti no te da tristeza? / Mira cómo te regañan / los bajos de la cuereta"⁴.

Amén de tantas otras referencias a la cultura venezolana, sus cultores y poetas. Paralelamente, se pueden observar otros conceptos que de manera transversal se encuentran incluidos en las temáticas que abordan en sus letras, como la ecología ("En mi pueblo había un río", "Sangueo por la vida", "Si la Tierra, Tierra fuera"), la historia ("El niño Simón Bolívar", "Caracas, mi ciudad"), la problemática social ("¿Dónde está San Nicolás?") y otros tantos que de manera inconsciente fueron calando en el público que los seguía y los sigue. En otras palabras, cuando nos referimos a

en la cual se improvisan letras (en el caso de ser cantado) y melodías.

1 "Niño lindo" es una pieza de autor anónimo recopilada, armonizada y divulgada por el maestro Vicente Emilio Sojo

2 Forma musical del oriente venezolano que consta de dos partes, el golpe o joropo que normalmente tiene un compositor y el estribillo que es una estructura armónica fija,

3 Organología: Ciencia que estudia los instrumentos musicales y su clasificación.

4 Cuereta: Nombre con el cual se le conoce en el oriente venezolano al acordeón de botones. También algunos cultores refieren que la cuereta es un acordeón desafinado.



Serenata Guayanesa, no solo estamos hablando de un cuarteto de música vocal venezolana, en donde convergen las magníficas voces de Iván Pérez Rossi, Mauricio Castro, César Pérez Rossi y de Miguel Ángel Bosch, también estamos frente a unos maestros que han sido responsables en gran medida, por un lado, de la difusión de nuestro acervo popular, y por el otro, de promover valores y educar a varias generaciones que, como yo, crecieron escuchando las canciones de su repertorio.

No sé si esto último haya sido una búsqueda intencional de sus integrantes. Esto habría que preguntarlo a ellos directamente. Lo que sí puedo aseverar es que Serenata Guayanesa trajo a los oídos de cada venezolano un patrimonio intangible que era desconocido para muchos, una Venezuela que estaba vedada para los ciudadanos y dejó al descubierto un sentimiento omnipresente que forma y hace parte de cada uno de nosotros y que conforma una de las columnas vertebrales de nuestro pueblo: la alegría.



Mauricio le dijo a Iván,
y César prestó atención,
Miguel Ángel con razón
repicaba en el zaguán
su cuatro, parán pan pan.
El parrandón 'ta encendió
como el lucero del río.
Serenata ya está aquí,
ya resuena el do, re, mi,
del cantar más puro y mío.



Primero se escuchó la gaita en Ciudad Bolívar y después en Caracas

Yo digo que en Ciudad Bolívar se escuchó la gaita primero que en Caracas. ¿Por qué? Mi hermano Iván era muy amigo de Douglas Soto, que era el furrero de los Cardenales del Éxito. Iván, en las vacaciones de agosto y septiembre, se iba siempre para Maracaibo a hacerles los coros. Los Cardenales se forman en 1962, con Ricardo Aguirre. Él iba para allá y se nutría cantando con esos gaiteros.

Hay una anécdota de Ricardo Aguirre que mi hermano Iván a veces cuenta: un día, estando en la casa de Ricardo en Maracaibo (Douglas Soto lo había llevado), Iván y Douglas estaban cantando una canción que había compuesto Iván llamada “¿Dónde está San Nicolás?”. Decía la canción: “Los niños pobres preguntan dónde está San Nicolás / y los niños ricos juegan y los niños ricos juegan felices en Navidad”. Resulta que

Ricardo, que se estaba bañando, salió del baño con una toalla terciada, chorreando agua, y preguntó: “¿De quién es eso?” y Douglas le responde: “Eso es del Amarillo” (a mí me decían “el Amarillo” porque cuando tenía pelos, tenía el pelo amarillo, casi blanco. Cuando me gradué en 1961 y me fui para Ciudad Bolívar, Iván se quedó con ese apodo del Amarillo). Y así fue como la primera canción que Iván compuso, “¿Dónde está San Nicolás?”, fue grabada por Los Cardenales del Éxito en 1965 como una gaita-aguinaldo.

Ricardo era un tipo de principios socialistas, por lo que aquella canción le encantó. Esa fue la primera canción que hizo Iván. Se puede decir que Ricardo Aguirre fue la persona que dio a conocer la gaita a nivel nacional y, por supuesto, en Maracaibo. Él fue quien empezó a darle valor a la gaita inclusive

**COMITE DE FERIA
MARACAY 84
CULTURAL**

**ESTE DOMINGO 11
COMITE EJECUTIVO DE FERIAS Y FIESTAS
MARACAY 84**

**PRESENTA
SERENATA GUAYANESA**

**Lugar: TEATRO DE LA OPERA DE MARACAY
Hora: Once de la mañana y cinco de la tarde
(DOS FUNCIONES)
Precios: ADULTOS BS. 50.00, NIÑOS Y ESTUDIANTES
CON
CARNET BS. 30.00**

**Compra tu entrada con tiempo y
no te pierdas esta gran actua-
ción dentro del marco de la Fe-
ria Maracay 84.**

COMITE EJECUTIVO DE FERIAS Y FIESTAS DE MARACAY 84

desde el punto de vista económico, porque antiguamente los grupos gaiteros no cobraban nada y Ricardo fue quien los puso a valer.

Por todo esto digo que se escuchó la gaita en Ciudad Bolívar antes que en Caracas. Porque en 1963 hicimos un grupo llamado Los Gaiteros de la Plaza Miranda. Cantábamos aguinaldos y gaitas. Todas estas gaitas que Iván recopilaba cuando iba a grabar con Los Cardenales del Éxito, en Maracaibo, las cantábamos nosotros. Visitábamos a los amigos, a la familia, cantábamos todos y formábamos un parrandón solamente con cuatro, maraca, tambora y furrucu. Aquello causó sensación. Por eso digo que la gaita se escuchó primero en Ciudad Bolívar que en Caracas, porque mi hermano Iván la llevó.

Viernes, 5 de agosto de 2016
CÉSAR PÉREZ ROSSI



Que salga de su cuevita
el cachicamo Simón
porque con cuatro y charrasca
se formó ya el parrandón.

Pasamos la noche cantando

Empecé a hacer música en el colegio, dirigiendo la estudiantina. Un día llegó un profesor, llamado Domingo Moretta, guitarrista del grupo Raíces, y me dijo para que nos organizáramos. Yo tocaba el cuatro, mi primo Jaime Bosch tocaba la guitarra, Morellita Álvarez tocaba la flauta. Hicimos un grupo en el colegio Andrés Bello allá en San Cristóbal. Antes de eso yo tocaba en un grupo de aguinaldos, tocaba en la radio los domingos de diez a doce. Ecos del Torbes se llamaba la emisora. En esa época yo tocaba mi aguinaldito y me pagaban dos bolívares. Y guardaba mis realitos “para comprarle el regalo a mi mamá”, decía yo.

Luego de eso pasé a un grupo más grande. Empecé a cantar serenatas, conocí otros conjuntos, conocí una cantidad de músicos. En esas andanzas conocí a Gilberto Medina, que luego fue mi maestro en contrapunto.

Él me enseñó todo lo que sé. Nos fuimos a Mérida y allá me dio trabajo en la Escuela de Enfermería. Ahí daba clases de tiple y cuatro; él las daba mandolina; Ricardo Araujo, de cuatro. Entonces hicimos un cuarteto llamado Pueblo: ahí estaba Gilberto Medina, Beatriz de Medina, Ricardo Araujo y yo. Con el cuarteto Pueblo grabamos dos discos de música popular y folclórica. Grabamos “María Laya” del Indio Figueredo, “Chicha y pasteles” de Luis Felipe Ramón y Rivera, “Mática” de Luis Alfonso Martos, “Reina zuliana” de Carlos Páez, y grabamos también un golpe tuyero tradicional. Teníamos ese grupo instituido, dábamos conciertos. Estuvimos en el Teatro Municipal en Caracas. Era la primera vez que yo actuaba en el Teatro Municipal. Me acuerdo de que en esa época nos pagaron los pasajes y dos mil quinientos bolos por tocar.

Ya con esa historia llega Serenata Guayanesa a Mérida en 1976, a dar un concierto en la plaza Bolívar. Los conocía porque tenía su disco de 1972. Sabía “El sapo”, me sabía todos los intros, me sabía todas las voces, me había fusilado todo ese disco. Después de ese concierto los invité para mi apartamento y amanecimos tocando y cantando. Fue una maravilla ese encuentro, nos hicimos amiguísimos,

estábamos siempre en contacto, yo iba a los conciertos de ellos. Luego Serenata se presentó en Mérida otra vez con Serrat, Gloria Martín y Mercedes Sosa, y nos volvimos a reunir. Fui a unos conciertos que dieron en el Poliedro con ese mismo elenco, y estábamos siempre en comunicación.

Miércoles, 17 de agosto de 2016
MIGUEL ÁNGEL BOSCH



Allá en la Piedra del Medio
bailaba un sapito
viendo el río pasar
con los tucusitos.





Cantante por generación espontánea

En la casa no había músicos. Siempre digo que nosotros somos cantantes y compositores por generación espontánea. En mi casa nadie cantaba ni tocaba nada. Yo por ejemplo no oí nunca a mi mamá entonando una canción. Lo que sí recuerdo, siendo muy niño, es que mi mamá nos cantaba "La pulga y el piojo", una versión que tenía ella. Por eso fue que decidimos hacer el disco *Cantemos con los niños*, donde está "La pulga y el piojo". Eso salió inmediatamente porque lo que hice fue recrear la canción. Eso es lo que recuerdo de la infancia. Cantaba en los actos culturales de la escuela Heres, pero nadie tocaba un cuatro, el cuatro no existía. Como tenía aptitudes de solista me ponían a cantar. En mi casa, por ejemplo, nunca hubo un instrumento. Hay gente que de repente nace en una familia donde todos son músicos, nosotros no. El gusto por la música empezó por unas aptitudes que

teníamos y por lo que oíamos en la radio: en Radio Bolívar y en YVKE del Orinoco.

De niño escuchaba la Sonora Matancera, la música llanera con Juan Vicente Torrealba. Se escuchaban mucho aquellos pasajes que cantaban Mario Suarez y Rafael Montañó. Recuerdo que por primera vez oí un seis por derecho, cantado por Pedro Emilio Sánchez; decía el tema: "Briceño le daba al cuatro con una muñeca rara, / ese es el mejor cuatristera que ha nacido en mi llano". Para mí, Pedro Emilio es quizás el más grande compositor de pasajes llaneros. Nacido en Tinaquillo, estado Cojedes, compuso unos pasajes de extrema calidad. Porque la verdad, los pasajes que tú oyes ahorita dan ganas de llorar. A excepción de Montoya y Jorge Guerrero, que son muy buenos, lo demás que se escucha es de poca calidad. Lo demás son puros gritones. Yo



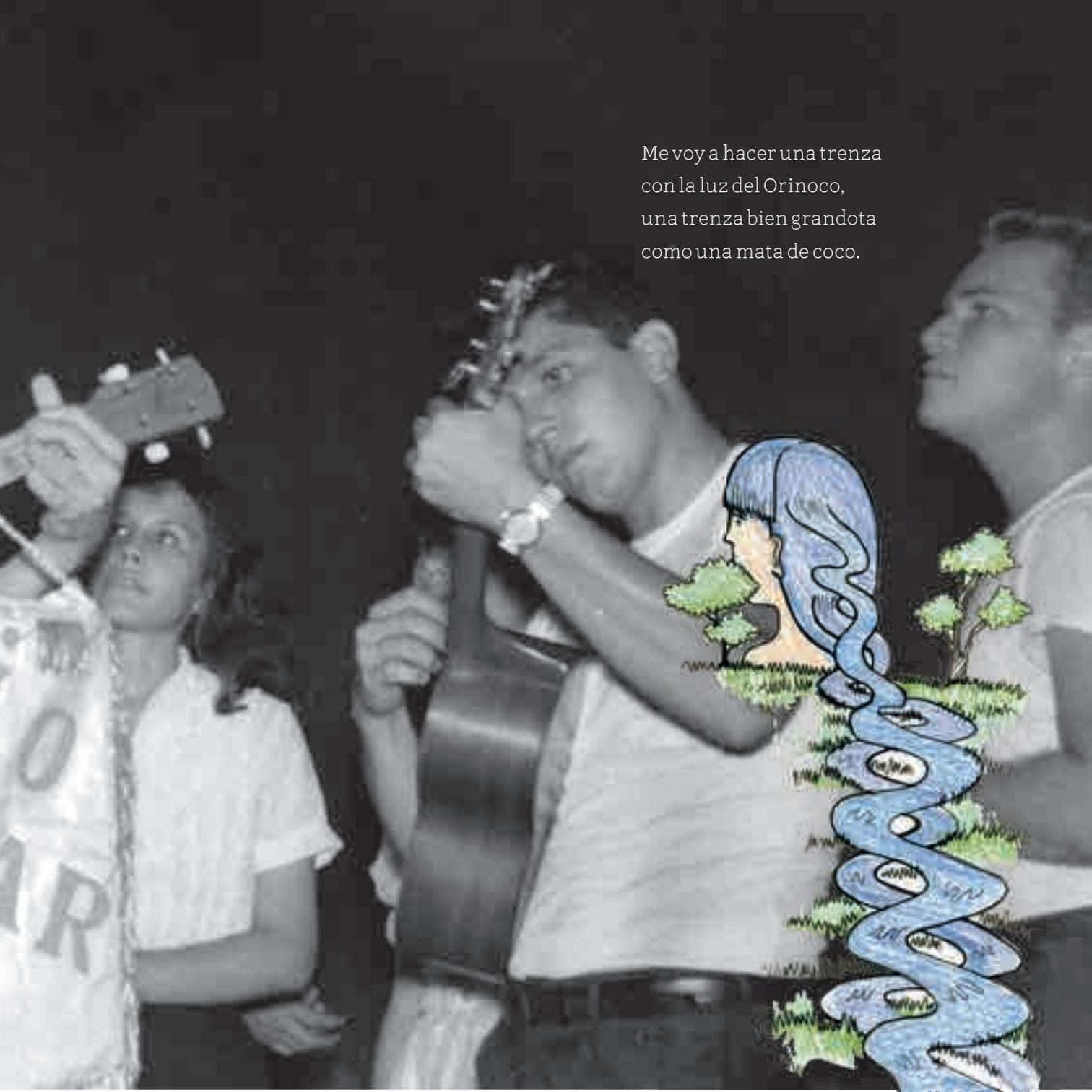
como soy ortodoxo me cuesta asimilar a estos cantantes que me parece que no lo hacen nada bien. Este hombre, Pedro Emilio Sánchez, era esposo de Carmen Aurora Sánchez, quien vive todavía en Barinas, y es también una gran defensora del folclor.

Estando ya en segundo año de bachillerato, fue cuando apareció alguien que tocaba un cuatro y se armó un grupo en el liceo. El que tocara y tuviera instrumento pertenecía al conjunto. Yo no tenía nada y me invitaban a cantar. Recuerdo que a César le regalaron un cuatro y yo le decía: "Préstame el cuatro", pero César no prestaba el cuatro, por esas cosas de malacrianza de los niños. Pero después de que se cansaba de tocar, yo lo agarraba y empezaba a darle. Los cuatros los vendían con un método, el de Lepiani. Eso fue estando en primaria.

Lunes, 26 de septiembre de 2016
IVÁN PÉREZ ROSSI



Me voy a hacer una trenza
con la luz del Orinoco,
una trenza bien grandota
como una mata de coco.





¡Mira, ahí va un morito!

52

Mi mamá, Teresa Rodríguez Natera, y mi papá, Tomás Castro Gruber, eran muy dados a las fiestas. Recuerdo que el último disfraz de mi hermana menor, Yahayra, tuvo mucha resonancia en Ciudad Bolívar, porque la disfrazaron de nido. Alrededor del abdomen le pusieron una especie de tutú hecho con unas ramas y ahí le pusieron unos huevitos de codorniz, y en la cabeza tenía un nido con unos pajaritos falsos, ese disfraz fue buenísimo. Poco tiempo después de ese Carnaval en que disfrazaron a mi hermana, mi mamá murió de una crisis hipertensiva muy severa.

Ella murió en marzo, como un mes después de lo del disfraz de mi hermana.

Siempre en la casa les gustaba disfrazar mucho a los niños. A mí en un Carnaval me disfrazaron de moro, me pintaron la cara de negro y todo; yo estaba pequeño y a la gente que me veía en la calle le llamaba mucho la atención ese disfraz tan original. Entonces todo el mundo decía: "¡Mira, ahí va un morito!", "¡mira ese morito!", "¡ahí va el morito!", "¡morito!", y bueno, me quedé Morito.

Lunes, 8 de marzo de 2017
MAURICIO CASTRO RODRÍGUEZ





Un caballito en el cielo
jugaba con las estrellas,
de luz dejaba una huella
en la tela de un pañuelo.







Yo empecé a cantar en las misas

Me crié en el casco histórico de Ciudad Bolívar. Hice la primaria, hasta tercer grado, en la escuela Heres, que actualmente es la Casa Piar, pues ahí pernoctó sus últimos días de vida, antes de ser fusilado, el general Manuel Piar. Después de tercer grado pasé a estudiar al colegio La Milagrosa, de los padres paúles, que quedaba justo en frente de la escuela Heres en lo que actualmente es la Casa de los Gobernadores. Ahí estudié cuarto, quinto y sexto grado. Es por eso que el casco histórico de Ciudad Bolívar me trae recuerdos de unas vivencias grandísimas.

Ahí empecé a cantar, porque todos los domingos íbamos a misa en la catedral, ahí al lado, y aprendí de los padres paúles sus cánticos españoles. Todavía me acuerdo: “Caminito de Lara, no pasa nadie”. Me la pasaba también cantando misa con las Siervas del

Santísimo. Tenía la voz de tiple, casi soprano, aguda. Me acuerdo de que canté cuando inauguraron el altar de las Siervas del Santísimo, en Ciudad Bolívar, la misa de Perosi: "*Patrem omnipotentem, factorem caeli et terrae...*". Era un niño, tenía diez años. En el mes de mayo, que era el mes de María, iba a cantar todos los días, era un ratón de iglesia. Y aparte de eso, en Navidad me la pasaba cantando aguinaldos. En esa época cantaba, ahora no. Ahora, como digo yo siempre, lo que hago es decir "pon, pon" y más nada.

Mi primera incursión musical, si se puede decir así, además de cantar en

las misas y cantar aguinaldos, fue en un grupo llamado los Niños Cantores de Ciudad Bolívar. Éramos como cinco o seis muchachos. También formé parte del orfeón Bolívar dirigido, en aquel entonces, por el padre Ferrero. Recuerdo que cantaba siempre con las sopranos. Así me fui formando en la música. Esa presencia mía en la iglesia, en las misas, en mi colegio La Milagrosa, me nutrió muchísimo de cantos y contribuyó a que pudiera formar parte del orfeón Bolívar, que era el orfeón adulto. Allí estaban mi hermano Halley y mi hermano Yocoima.

Viernes, 5 de agosto de 2016
CÉSAR PÉREZ ROSSI

El sapo y la media diana
junto a la pulga y el piojo
llegaron con mucho arrojito.
La serenata guardiana
con su canto que engalana
a mi Venezuela entera
que de todas la primera
de las mujeres que quiero
es el amor verdadero
como el mango y la palmera.





FESTIVAL POR LA LIBERTAD

DE LOS PRESOS POLÍTICOS

11 PM.

ALHONIA
DILINDA MARTÍN
LILY VERA
CUARTETO NEGRO
MARIA TERESA CHACIN
GRUPO ANORA
ALMA NUEVA
EMANUEL
GRUPO CULTURAL PROPIRIA

ZAFRA

8:30 PM.

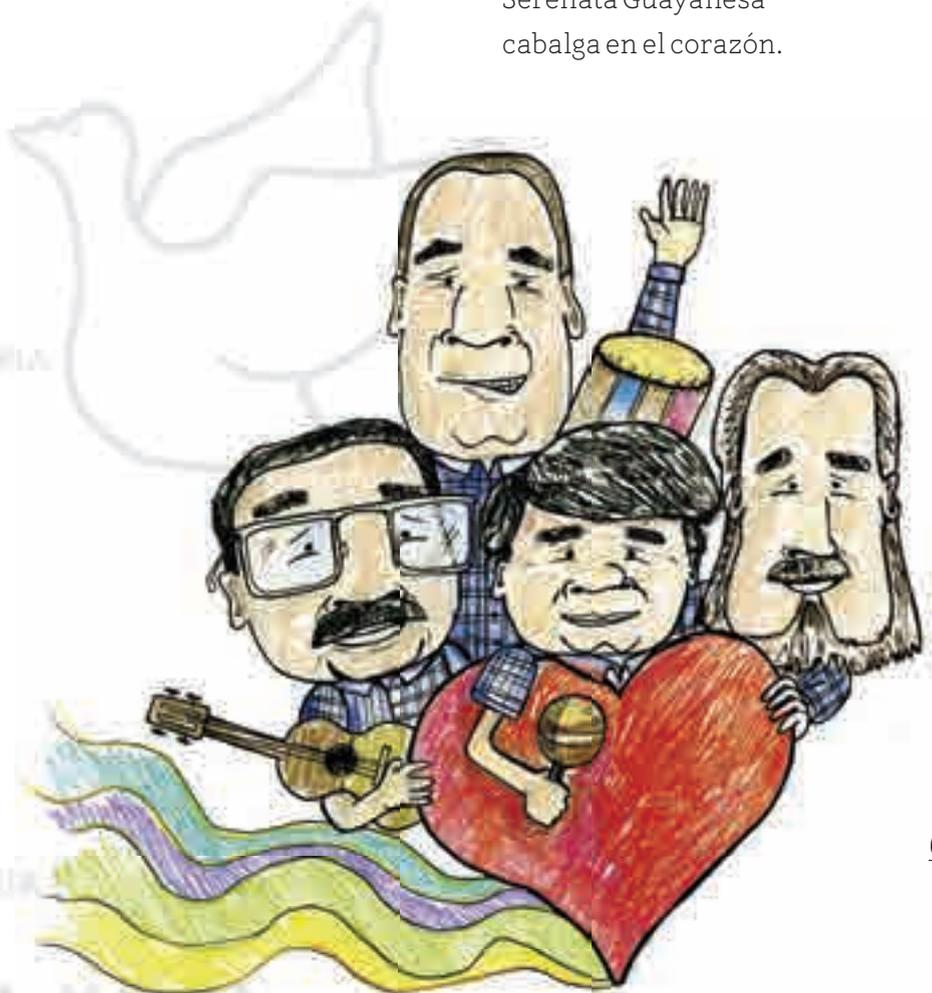
MORILLAS RUÍÑOS
MACHO DÍAZ
ANILMO LOPEZ
SIBENATA QUANTERA
HECTOR CABRERA
LOS EUREACS
RONDALLA VENEZOLANA
EOLIORE B
GRUPO CULTURAL PROPIRIA

ALHONIA NAZCA

AULA MAGNA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE GUAYANA

En el río viajan los peces
en el cuatro el parrandón,
Serenata Guayanesa
cabalga en el corazón.



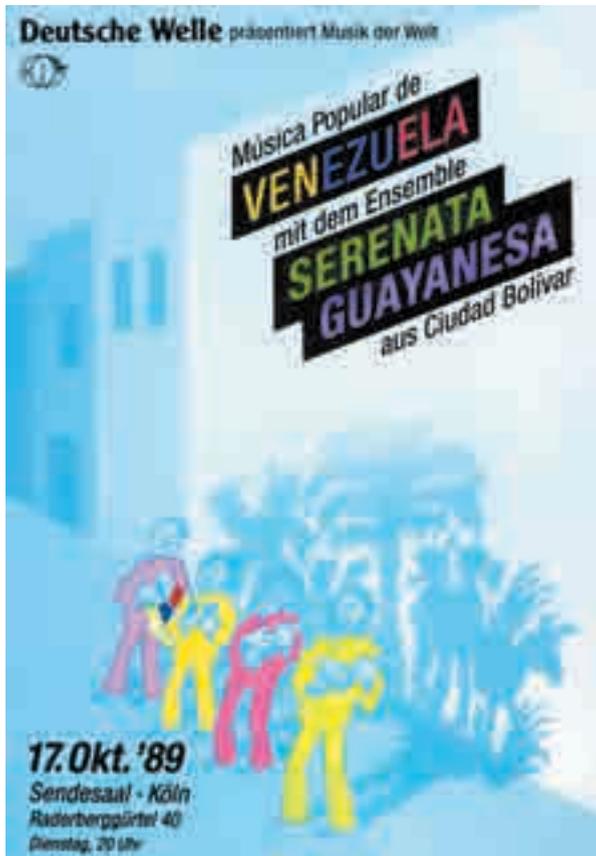


Pudo más la música que la medicina

En 1980 me gradué de médico y empecé a trabajar en el estado Sucre, en Cariaco y viví en Casanay, y luego de ahí trabajé en Campoma. Iba puntual a la medicatura: a las 8:00 a. m. Llegaba, acomodaba mis cosas, al rato llegaba la enfermera. El primer día que fui había dos negros inmensos y amenazantes con unos machetes al cinto, que cuando me vieron, uno de ellos dijo: "Aquí no necesitamos un médico, necesitamos dos", y le dije: "Si me dan un machetazo, no van a tener ninguno. Tienes claro eso, ¿no?". Imagínate, yo tenía 26 años, era un muchachito. Entonces ese primer día me metí dentro del consultorio y empecé la consulta. Me trajeron

algo de comer y la cosa empezó a fluir. Lo que vino después de eso fue un profundo amor por el estado Sucre. Luego, cuando gané el concurso en el Perez Carreño para estudiar Pediatría, me tuve que ir para Caracas con todo el dolor de mi alma. La gente decía: "¡Cónchale! Todo lo que es bueno se va. ¡Por qué a nosotros, Dios mío!". Te puedo decir que amo profundamente a Sucre, adoro a su gente. En ese momento de mi vida lo que quería era trabajar en la gastroenterología pediátrica porque a mí me gustaba eso, quería ser científico y qué sé yo. Pero las cosas no siempre son como uno cree.

Miércoles, 17 de agosto de 2016
MIGUEL ÁNGEL BOSCH



Un morocoto de Upata
con un dorado chiquito
bailaban un trancaíto
en el copo de una mata.





La ULA es la cuna

No hubo nunca formalmente para mí un inicio en la música. Cuando llego a Mérida (en la residencia estudiantil había gente de todo el país), nos reuníamos y dábamos serenatas. Aunque ya yo venía de dar muchas serenatas en Ciudad Bolívar. Di mi primera serenata a los quince años.

En Mérida, con ese montón de gente de Cumaná, de Carúpano, de Maracaibo, de Valera, de Caja Seca, de Barquisimeto, empieza uno a conocer la música de Venezuela. Ahí descubrí el polo, el golpe larense, los bambucos andinos y la música de Luis Mariano. Ahí en la ULA se reunía realmente la música venezolana. También descubrí la gaita zuliana, inclusive en 1962 hicimos una procesión de la Chinita. Yo soy ateo totalmente, pero es como dice mi amigo Rafael Salazar: todo lo que tiene que ver con las tradiciones populares, tiene que ver también con la religión: la Navidad, los

Reyes, San Juan, San Pedro, la Chinita... es algo más cultural que religioso. La gente me dice a mí: "Oye, ¿por qué tú compones esos aguinaldos tan lindos a la Virgen María y al niño Jesús?". Lo que pasa es que uno trae una carga de catolicismo de su casa, de su familia, ya uno viene con eso y se morirá uno con eso.

Hicimos un conjunto de gaita con la gente del Zulia allá en la residencia y quien dirigía el grupo era yo porque era el que más o menos tenía el concepto musical, era el cuatrista y el cantante del grupo. Acompañábamos la procesión de la Chinita. Fue cuando yo conocí la gaita y ese año la llevé a Ciudad Bolívar.

Esa época que pasé en Mérida, estudiando, me la pasaba como una esponja, agarrando todo lo que podía. Reuniéndome con mucha gente. La ULA fue prácticamente la cuna del auge que después tuvo la música

tradicional venezolana porque nos reuníamos músicos de todo el país. De allí salió gente como Douglas Soto, que era furrero de los Cardenales del Éxito, Chavín, el compositor de gaitas, Gualberto Ibarreto y nosotros. En fin, mucha gente que después hizo música tradicional y popular. A Gualberto lo conocimos una vez que fuimos a hacer un concierto y él se nos presentó: “Oye, vale, yo soy cantante”. Así nos llegaba también mucha gente: “Mira, vale, yo compongo música venezolana. Aquí tengo un cassette” y generalmente eran cosas no muy buenas, pero a veces te conseguías con una sorpresa y te daban cosas maravillosas.

Me acuerdo de que cuando era secretario de Cultura de la Federación de Centros Universitarios, andaba mucho con la gente de los Cardenales del Éxito porque Douglas Soto, el furrero mayor de esa agrupación,

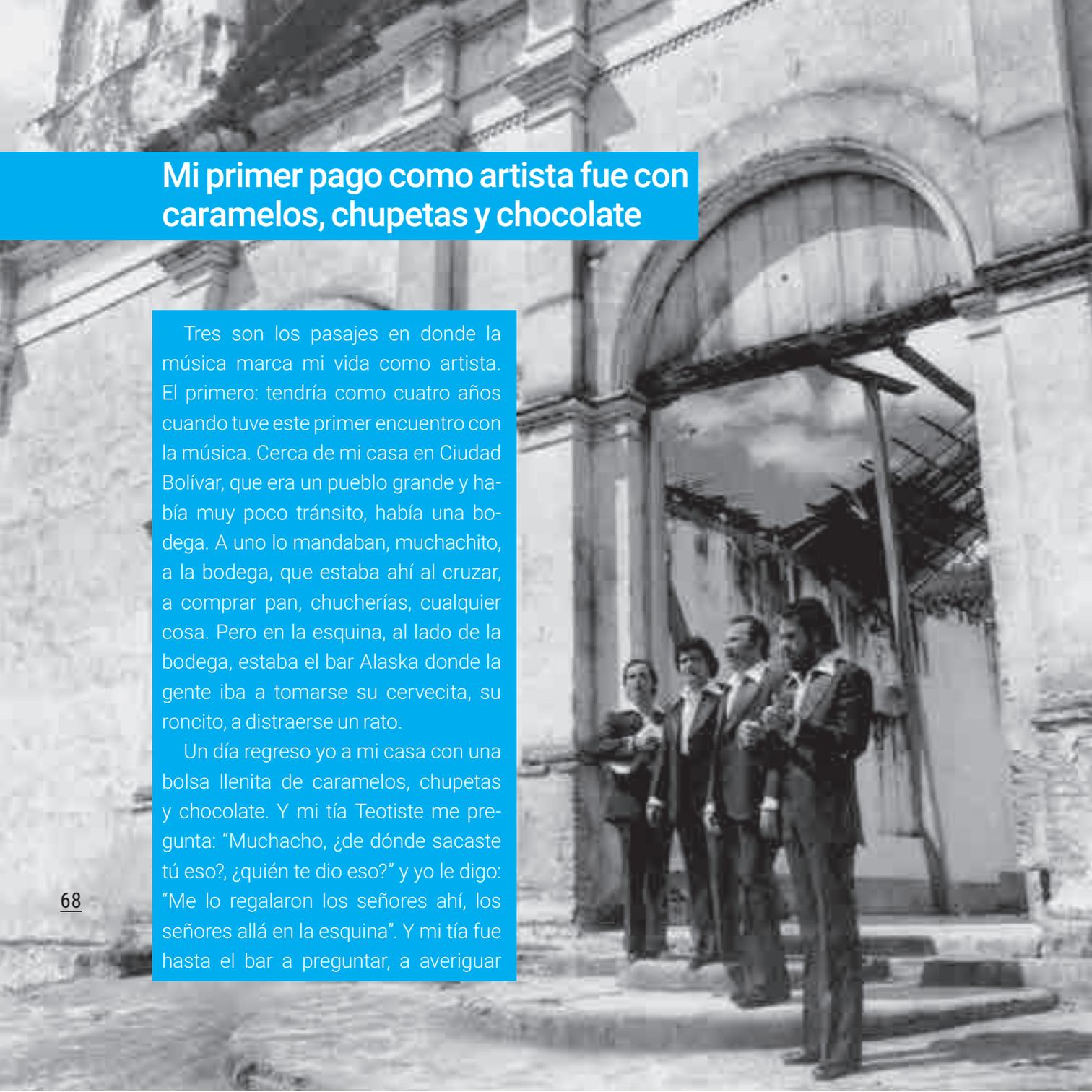
estudiaba en la ULA y yo me hice muy amigo de él. Cantábamos juntos en un sitio en Mérida llamado el Belensate; él me acompañaba. Cantando con él es como conozco verdaderamente la gaita. Él me invitaba los diciembres a su casa en Maracaibo, en la plaza Indio Mara. Me quedaba unos días en Maracaibo en casa de Douglas, disfrutando con todos esos gaiteros. Iba a los ensayos de Cardenales del Éxito, de Saladillo y de toda esa gente que eran los bravos de la gaita. Conocí a todos esos monstruos de la gaita: Ricardo Aguirre, Eurípides Romero. Grababa coros con ellos, me enseñaban los repiques de tambora. Luego cuando llegaba a Ciudad Bolívar le enseñaba los repiques a Manuel Yáñez que era un percusionista nato y era el percusionista de Los Gaiteros de la Plaza Miranda. Y aquel grupo de gaita fue una sensación.

Lunes, 26 de septiembre de 2016
IVÁN PÉREZ ROSSI

GRABACIONES EN GUAYAYANA REALIZA VENEZUELA DE TELEVISION



La lunita sobre el río
deshilacha la corriente
el agua tiene su fuente:
el Orinoco bravío.



Mi primer pago como artista fue con caramelos, chupetas y chocolate

Tres son los pasajes en donde la música marca mi vida como artista. El primero: tendría como cuatro años cuando tuve este primer encuentro con la música. Cerca de mi casa en Ciudad Bolívar, que era un pueblo grande y había muy poco tránsito, había una bodega. A uno lo mandaban, muchachito, a la bodega, que estaba ahí al cruzar, a comprar pan, chucherías, cualquier cosa. Pero en la esquina, al lado de la bodega, estaba el bar Alaska donde la gente iba a tomarse su cervecita, su roncito, a distraerse un rato.

Un día regreso yo a mi casa con una bolsa llenita de caramelos, chupetas y chocolate. Y mi tía Teotiste me pregunta: "Muchacho, ¿de dónde sacaste tú eso?, ¿quién te dio eso?" y yo le digo: "Me lo regalaron los señores ahí, los señores allá en la esquina". Y mi tía fue hasta el bar a preguntar, a averiguar

quién me había dado eso, si realmente me habían dado esas chucherías. Y entonces los borrachitos le dijeron a mi tía Teotiste: “¡No, señora! Ese muchacho llegó aquí y estaba parao en la puerta, y como la rocola estaba puesta empezó a bailar”. Yo me había parado en la puerta del bar y había empezado a bailar en la acera y los borrachitos condenaos me montaron en una mesa y me pusieron a bailar, me hicieron una rueda y empezaron a gritar y a auparme: “¡Dale! ¡Eso!”. Pero sin burla, todo con mucho respeto. Y entonces ellos, después que terminé, como premio, me regalaron mi bolsa de caramelos. Yo recuerdo eso y se me eriza la piel.

El segundo pasaje fue en la primaria, en la escuela Heres. Una prima de Iván y de César llamada Elena Rosalía Morales Rossi, hija de la profesora Lorena Rossi de Morales, fue a estudiar

con nosotros en la escuela Heres, que era una escuela de puros niños. En esa época no se veían mucho los colegios mixtos. La profesora Lorena quería que su hija, a pesar de que estudiaba en un colegio de niñas, hiciera el sexto grado con nosotros, porque había una profesora llamada Argelia Pulgar que tenía fama de ser muy buena, y la profesora Lorena quería que la niña estudiara en la escuela Heres, que era de puros varones, y solicitó el permiso para que Elena Rosalía estudiara con nosotros.

Yo recuerdo que ese fue un momento muy bonito, la maestra nos pidió que viéramos a Elena como una hermanita porque ya a esa edad uno ve a las muchachas como muchachas y no como compañeras. El cuento es que Elena Rosalía y yo nos convertimos prácticamente en un dúo musical y en cuanto acto cultural había ella y yo

cantábamos. Recuerdo un tema muy bonito: “Una prueba de amor. No, señor. No, señor. Es un beso no más, nada más, nada más. Dámele, por favor, es un beso de amor, dámele, dámele”. En el bachillerato siguió esa inquietud por la música. En aquella época yo era el *disc jockey*, como era el menor era quien ponía los discos para que mis hermanos mayores bailaran.

El tercer pasaje tiene que ver con una canción: mi mamá siempre estaba tarareando o cantando alguna canción, casi siempre boleros; esa es una imagen que no se me borra jamás. Y había una canción llamada “Cabaretera” que mi mamá la cantaba mucho. En 1981, cuando trabajaba en el INCE, estaba viendo televisión en mi apartamento una noche y veo que están promocionando a un cantante que tuvo su época, que había estado alejado un tiempo de los escenarios por problemas personales, y lo estaban relanzando: Gilberto Monroig.

Escucho entonces que el tema promocional era “Cabaretera”, el tema que cantaba mi mamá. Esa canción siempre estuve pendiente de buscarla y le digo a mi esposa: “Voy a ir para Venezolana de Televisión al salir del trabajo para escucharla” porque quería oír a Gilberto Monroig cantándola. Pero bueno, total que por esas cosas del trabajo no pude ir a la televisión a verlo cantar. Mi idea era compararlo con lo que yo recordaba de la que cantaba mi madre, solo como homenaje a ella. Aquella letra era de ese tipo de letras que se escribían antes, del hombre que se enamora de la muchacha del bar.

Pero resultó que Gilberto Monroig no pudo venir a Venezuela a cantar porque algo pasó con el visado y yo me quedé con la espinita. Como a los tres meses nos invitaron a cantar a Puerto Rico, la única vez que fuimos a cantar allá, yo digo: “¡Nada, facilito!, este es el momento para conseguir el disco de Gilberto Monroig con la canción “Cabaretera”.

En agosto de 1981 viajamos a Puerto Rico y aproveché y compré mi disco. En diciembre de ese año mi papá fue a visitarme a la casa y un sábado en la mañana siento que se levanta y le digo: "Bendición, papá. ¿Quieres café?". Nos sentamos a conversar y le digo: "Ven para que oigas esto". Saco el disco, le quito el papel celofán y lo coloco en el B-6. Y cuando mi papá empezó a escuchar la canción, dice: "Oye, sí, vale, eso lo cantaba mucho tu mamá". Comenzó la canción a sonar y empiezo a recordar y a cantar encima del disco pero bajito y mi papá me dice: "¿Y tú de dónde te sabes esa canción?" y le dije: "Porque la cantaba mi mamá". Estamos hablando de que habían pasado más de veinte años porque mi mamá murió en 1961. Es increíble lo que uno es capaz de retener en la memoria.

Lunes, 8 de marzo de 2017
MAURICIO CASTRO RODRÍGUEZ



Del Orinoco bravío
vinieron estos muchachos
con el cuatro y los capachos
y ya se siente el rocío,
un melodioso cantío
de paraulata sonora
y de otras aves cantoras
del ramaje nacional,
también se vino el turpial
con una bonita lora.





Una fructífera siembra de valores llamada Serenata Guayanesa

GUSTAVO ALEXIS MÁRQUEZ VILLA

Mi único amor siempre
ha sido el de la Patria,
mi única ambición, su libertad.

SIMÓN BOLÍVAR

Serenata: palabra encubridora entre enamorados que, al ser escuchada, nos atrapa y seduce automáticamente, conectando nuestro ser con historias de amor, propias o ajenas; vocablo que abraza e invita a embarcarnos en un viaje melódico, en busca de ese gran amor que se adueñó de nuestros sueños más azucarados, con el propósito cómplice de seducir a un ser muy especial.

En una serenata son varios los protagonistas. Entre poetas, músicos e intérpretes y enamorados se entretiene una trama digna de una romántica puesta en escena, se materializa una atmósfera cargada de sentimientos a flor de piel, se arma un tejido seductor que cobija a todos y los involucra en una travesura musical donde el principal responsable es el amor, con un

destino o depositario muy preciso: el ser amado.

El término, al parecer, proviene “en principio” del latín *se-rus*: que significa en la tarde-noche. Con el tiempo evolucionó en *serenus*: claro, limpio, sereno; y posteriormente pasa al italiano como *serenata* y luego al español como *serenata*.

La etimología o procedencia de *serenata* pone en evidencia que se trata de una actividad musical propia de las horas nocturnas, por lo general al aire libre, que involucra el hecho de generar una atmósfera de serenidad. Incluso, los serenos son vigilantes nocturnos.

En este orden de ideas, el Diccionario de la Real Academia Española registra

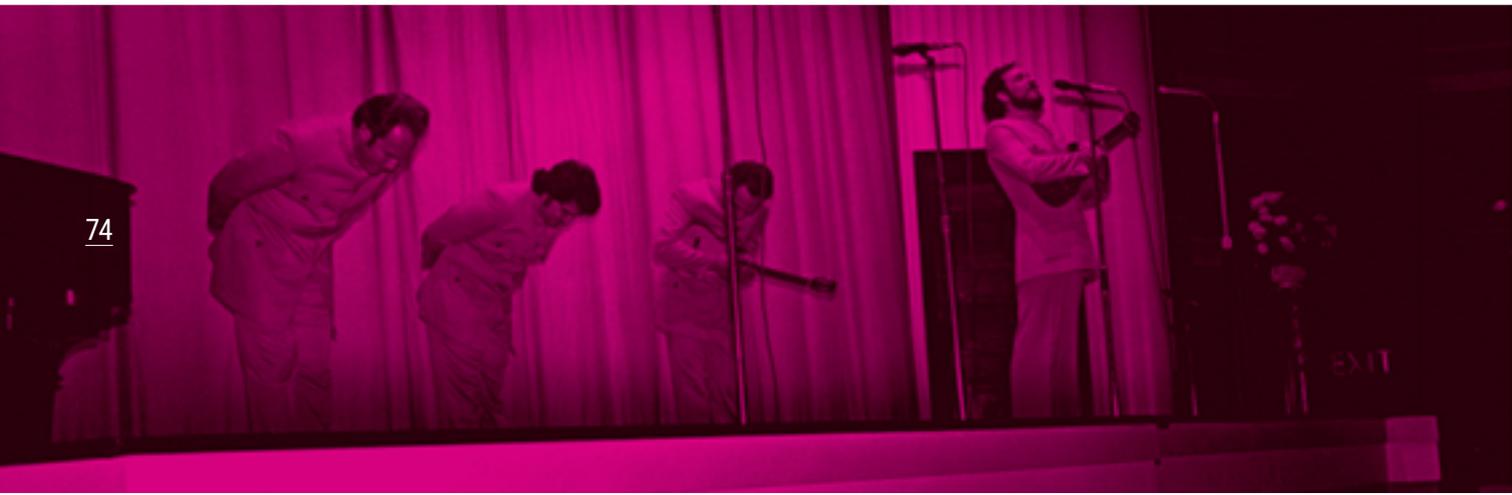
varias acepciones para nuestro melódico vocablo:

1. f. Música en la calle o al aire libre y durante la noche, para festejar a alguien.

2. f. Composición poética o musical destinada a ser interpretada como serenata.

3. f. P. Rico. Plato frío hecho de viandas hervidas, bacalao, huevo cocido, cebolla, pimientos, etc., y aliñado con aceite y vinagre.

Las serenatas “curiosamente” son interpretaciones musicales sorprendidas, generalmente interpretadas al pie de una ventana, con letras muy particulares que buscan el perdón o la reconciliación con una novia o esposa



molesta; o para enamorar a una dama; incluso, para expresar el gran amor y admiración que se tiene hacia una madre; y, en algunos casos, las serenatas son dedicadas a caballeros, amigos, padres; pues a ellos también les sale su cariñito musical de vez en cuando...

La serenata posee una historia amorosa de larga data. Su popularidad viene desde el siglo XVIII y más atrás. Compositores como Mozart, Beethoven y Brahms tienen entre sus obras escritas piezas concebidas para serenata o tonadas nocturnas.

En todo caso, las serenatas forman parte de la cultura popular de los pueblos, enraizadas en los más nobles sentimientos hacia el otro; una suerte de travesura donde participantes y escuchas se funden en torno a un mismo sentimiento...

Pero esta expresión de la cultura popular evoluciona desde su posición particular, en *petit comité*, para dar paso a toda una manifestación musical que involucra cada vez a un público más numeroso. En países latinoamericanos es

una expresión folclórica muy enraizada, una tradición que ha ampliado sus horizontes y forma parte del acervo histórico musical de muchas regiones.

En el caso de Venezuela, la serenata ha venido cobrando cada vez más valor como expresión fiel de la cultura popular; pues sus intérpretes han contribuido a que la serenata salte de su contexto particular para elevarse hasta la categoría de patrimonio cultural, siendo su mayor exponente en nuestro país la agrupación musical y folclórica Serenata Guayanesa.

ENTRE SERENATAS Y GAITAS

A comienzos de los años sesenta se encontraban estudiando en la Universidad de Los Andes los hermanos César e Iván Pérez Rossi, de Ciudad Bolívar; uno Odontología, e Ingeniería el otro. Durante esa época de formación profesional tuvieron la dicha de compartir con estudiantes de distintas latitudes de Venezuela; y, al igual que los Pérez Rossi, muchos de esos compañeros tenían aptitudes musicales e

interpretaban melodías autóctonas; lo que les permitió –al compartir– conocer un poco más a Venezuela, desde las distintas manifestaciones musicales de variadas regiones del país; de las cuales destacaron las interpretaciones en ritmo de gaita zuliana.

Lo propio pasaba con Mauricio Castro, también de Ciudad Bolívar, mientras estudiaba Medicina en la Universidad de Oriente: al formar parte del orfeón, sus inclinaciones musicales se fueron enriqueciendo con el intercambio entre compañeros igualmente atraídos por la actividad musical, provenientes de varias partes del país.

Mientras, el cantante, músico y compositor oriental, Carmito Gamboa,

se encargaba de formar a su hijo mayor Hernán, quien desde muy niño asomó fuertes inclinaciones musicales, en su San Tomé natal.

Estos cuatro venezolanos, provenientes de la misma región suroriental venezolana, coincidieron en Ciudad Bolívar, al punto de encontrarse de pronto comprometidos en parrandas y serenatas; donde lo más destacado fue haber formado parte del grupo Los Gaiteros de la Plaza Miranda, desde el año 1963.

Precisamente, los cuatro solistas de ese grupo muy pronto se convertirían –casi por azar– en la agrupación Serenata Guayanesa.



Sus incursiones musicales continuaron básicamente de manera informal, en casa de amigos y familiares; hasta que en 1971 la gobernación del estado Bolívar les hizo una invitación para grabar un disco de larga duración (LP), pero con melodías guayanesas.

El disco llegó a manos de un animador de televisión en Caracas. Por lo que posteriormente se concretó una invitación para presentar a estos serenateros en el programa televisivo del canal 8, *El Show de Alfredo "El Pavo" Ledezma* quien, al preguntarles el nombre del grupo al momento de presentarlos, recibió como respuesta: "Nos llamamos como está en el disco: Serenata Guayanesa".

DE VENEZUELA PARA EL MUNDO

La pequeña pantalla de TV posee un poder extraordinario. Lo que allí se difunde se convierte en noticia a los cuatro vientos de la geografía, sobre todo si el producto es bueno, de calidad, y se identifica con los gustos del consumidor.

El naciente grupo musical se dio a conocer más allá de las fronteras guayanesas. Su sonido se fue haciendo contagioso, mientras el compromiso por rescatar valores musicales autóctonos, divulgarlos en todo el territorio y echar raíces, hasta "incluso" dar el salto a la internacionalización, son muestra del éxito que apenas comenzaba su larga cosecha...



El cuarteto vocal Serenata Guayanesa, de haber sido inicialmente un grupo de compañeros que disfrutaban haciendo música para compartir con sus amigos y familiares, pronto se adueñó de la atención del país y más allá, hasta el punto de convertirse en embajadores musicales de Venezuela, desdibujando fronteras universales, desvaneciendo barreras idiomáticas, atrapando miradas y oídos en un sinnúmero de países, seduciendo y alegrando el espíritu humano en prácticamente cualquier rincón del planeta.

Esto es una proeza digna de admiración, un necesario agradecimiento colectivo, un bálsamo para el alma de los pueblos; no en balde se dice que la música es el lenguaje universal por excelencia.

Serenata Guayanesa es mucho más que un canto o una interpretación, es la embajada ambulante de un país muy rico en tradiciones musicales, que ha logrado sonar y resonar en los cinco continentes del planeta por más de 45 años, con una calidad interpretativa

digna de aplausos interminables, así como ovaciones y premiaciones dentro y fuera del territorio venezolano.

PARÉNTESIS

En 1983 uno de los integrantes del cuarteto, Hernán Gamboa, da la noticia de que va a continuar su carrera musical, pero en solitario. Para el grupo se trató de un alto momentáneo en el camino trazado firmemente con anterioridad, donde lo que prevaleció fue el hecho de seguir honrando a su público y continuar la siembra...

Se trató de un paréntesis que permitió a la agrupación reflexionar sobre el camino recorrido hasta entonces, un tiempo para revisar los frutos de una empresa musical amorosa. Llegaron, incluso, a pensar si continuaban solo con tres integrantes; no era fácil llenar el espacio que acababa de dejar uno de sus fundadores.

La búsqueda de un nuevo talento que cubriera las expectativas, tanto de los serenateros como del público, pronto tuvo su respuesta. La aparición

en escena de un médico pediatra prestado a la música, con una importante trayectoria melódica, además de un sonido fresco, limpio y revelador, pronto colocó el nombre de Miguel Ángel Bosh –más que como un sustituto– como un miembro de peso en Serenata Guayanesa.

El enorme talento y gran carisma “hasta la picardía” de Miguel Ángel muy pronto logró que el paréntesis se convirtiera en una etapa superada, para continuar escribiendo la historia en el pentagrama... Su aporte como nuevo miembro es invaluable.

Serenata Guayanesa cuenta con una extensa y muy variada carta de presentación, con más de 51 discos

producidos, que recopilan un valioso trabajo de hormiguita, hurgando y divulgando en la memoria musical de Venezuela y Latinoamérica, componiendo, aportando nuevas interpretaciones representativas de diferentes regiones; pero sobre todo, sembrando música sobre el terreno fértil de la población infantil, lo que garantiza que el sonido musical, los valores y las tradiciones trasciendan en el tiempo y el espacio, mientras atraviesan fronteras e inundan con alegría sonora a los cuatro vientos de la geografía universal, gracias al lenguaje universal de la música.

En septiembre del año 2001 apareció en Gaceta Oficial, Nro: 37.287, la solicitud unánime que hace el Congreso de



la República al ciudadano Presidente para declarar a Serenata Guayanesa Patrimonio Cultural de Venezuela.

En efecto, la agrupación fue declarada Patrimonio Cultural, lo que adicionalmente garantiza a las generaciones futuras entrar en contacto con nuestra huella musical nativa y de otras latitudes; es decir, contar con el respaldo de una herencia muy valiosa, que recoge, muestra y enaltece la idiosincrasia de esta Tierra de Gracia que llamamos Venezuela.

UN COMPROMISO PARA SIEMPRE...

La cultura es sinónimo de libertad, la siembra de valores autóctonos y principios universales es un compromiso

muy meritorio; sobre todo si la actividad cultural se ejerce desde las melodías, buscando no solo acariciar los oídos, sino abrazar el alma de los pueblos.

Serenata Guayanesa viene desarrollando una labor cultural fundamental de forma ininterrumpida por más de 45 años, en beneficio del acervo histórico musical venezolano y latinoamericano. Su trabajo no es solo de interpretación. La composición, la investigación, el rescate de material musical inédito, el trabajo en pro de los niños y, por supuesto, las serenatas en escenarios criollos y extranjeros vienen a conformar un abanico de actividades realizado sin pausa, que resulta de un valor



incalculable y trascendente –precisamente– en un país que no se caracteriza por mantener tradiciones, con una corta memoria histórica y cultural, donde el patrimonio de ayer casi no existe y el de hoy-mañana podría no estar...

Por ello, el trabajo que ha venido haciendo este cuarteto de estrellas, que ha involucrado a un sinnúmero de artistas en escena, con la complicidad de músicos, intelectuales, poetas, comunicadores, amigos y relacionados, es digno de admirar y aplaudir permanentemente; porque ser constante en la Venezuela del presente posee un mérito –muy probablemente– único e irrepetible.

De allí que nos atrevamos a afirmar, sin caer en exageraciones, que la siembra de valores por parte de Serenata Guayanesa ha sido muy fructífera; no solo por el gran aporte musical de su titánica gesta, sino por demostrarle al mundo que, no obstante, los tropiezos encontrados en el camino recorrido, al margen de las diferencias que puedan existir, indistintamente de las corrientes

ideológicas que intenten socavar los cimientos de una sólida carrera musical, existen varios compromisos: el personal, de cada uno de sus integrantes, el compromiso con el país, con el público, sobre todo con los niños que heredarán la tierra.

Estos serenateros del presente: un sociólogo, un pediatra, un ingeniero y un odontólogo, nos demuestran día a día y desde sus muy particulares ópticas, que hacer Patria cantando es posible, sobre todo con una calidad digna de exportación y un inmenso amor por la tierra que los vio nacer.

Muchos grupos musicales han dejado huellas, pero ya no están; su música permanece. La siembra de Serenata Guayanesa continúa todavía; siguen dando lo mejor de sí, para continuar enriqueciendo los sonidos de una Venezuela posible: la azucarada, las de voces de miel, la de pulgas y piojos que se quieren casar, pero no lo hacen por falta de pan...

Se trata de ese mismo país que parió a Simón Bolívar; aquel que nos dio

la libertad y cuyo espíritu sigue vigente, recordándonos que el trabajo por y para la libertad continuará siempre, sobre todo desde la siembra cultural.

Serenata Guayanesa es cultura, la cultura es educación, la educación nos hará libres y la libertad suena a melodía de serenata para enamorados.

Adelante, muchachos, todavía hay bastante tela para cortar; el pentagrama espera...



**FUNDACION
NIÑOS DE LA
CALLE**

PRESENTA:

**GRAN CONCIERTO NAVIDEÑO
PARA EL RESCATE DE NUESTROS
NIÑOS CON:**

"Serenata Guayanesa"
y la actuación especial de la
agrupación
"Budare y Leña"
Pro-Fondos de esta gran obra

Lugar: Teatro Municipal de Valencia
Hora: 8:00 p.m.
Fecha: 25 de Noviembre de 1992



Un bagrecito guayanés
le dijo a una sapoara:
arréglate el pantalón
que nos vamos pa' Caicara.



De Ciudad Bolívar a Mérida es lejos

Yo me crié en el Oasis, en la plaza Miranda allá en Ciudad Bolívar, que era un punto de encuentro de los cantores populares, como Alejandro Vargas, que los diciembres tenían su grupo de aguinaldo y en Carnaval sacaban las diversiones o los pájaros. Alejandro pasaba siempre por mi casa, y nosotros le regalábamos un pote de Frescavena. De aquellos tiempos me aprendí todas esas canciones, aprendí a amar la música venezolana. Luego en el liceo Peñalver formé parte del orfeón del liceo que era dirigido por el padre Maradei, quien después fue monseñor Maradei Donato. Con él nos unió una gran amistad, un gran cariño. Él fue quien nos enseñó "Corre, caballito".

El director del liceo Peñalver era mi padre, Ramón Antonio Pérez. Ese liceo era el único que había en Ciudad Bolívar. Funcionó en el Congreso de Angostura hasta el año 1954 y después fue mudado hacia el Obelisco. Y mi padre fue el último director del liceo en el Congreso



de Angostura y el primero allá en el Obelisco. Siempre le digo a la juventud, que es como reacia a formar parte de los coros en los liceos y en las escuelas, que lo hagan porque eso te nutre de musicalidad venezolana.

En el año 1955, el liceo Peñalver de Ciudad Bolívar tenía nada más hasta cuarto año y los estudiantes tenían que emigrar a otras ciudades “más importantes” para estudiar el quinto. Entonces, yo me fui para Mérida a estudiar el quinto año en el liceo Libertador porque en Ciudad Bolívar solo había hasta cuarto año. Ya en Mérida estaban mis hermanos Halley y Yocoima. Allá formé parte del orfeón del liceo Libertador y paralelamente formaba parte del orfeón de la Universidad de los Andes, sin ser estudiante de la Universidad. El orfeón del liceo Libertador lo dirigía el doctor Alirio Burelli, que después fue presidente del Tribunal Supremo de Justicia, y el de la ULA, el profesor Luis Arconada.

Paralelamente, daba serenatas. Yo cantaba y tocaba cuatro. Después, cuando comenzó Serenata Guayanesa, dejé

el cuatro y medio toqué el tambor. En Mérida tuve un grupo a principios de la década de los sesenta (me gradué en 1961) que se llamaba Conjunto Canaima, de la Facultad de Odontología. Allí estaba también mi hermano Iván, que estudiaba Ingeniería. Ese grupo marcó pauta porque para ese momento no existía el conocimiento de la música venezolana que hay ahora. Aquel grupo causó su impacto.

Toda mi vida he estado en torno a la música, sin leer música, pura guateca. Dábamos serenata tanto en Bolívar como en Mérida, casi todas las noches salía con mi cuatrico. En Bolívar nos reuníamos Iván, Morito (Mauricio Castro) que vivía cerca, y yo a cantar. En 1962 Hernán Gamboa llegó con su papá (Carmito Gamboa) a vivir a Ciudad Bolívar. Vivía frente a nuestra casa. Hernán marcaría una huella como cuatrista. Y así empezamos a dar serenatas nosotros cuatro con ese estilo de Serenata Guayanesa.

Viernes, 5 de agosto de 2016
CÉSAR PÉREZ ROSSI

¡Hernán se fue, vale!

Cuando estaba en el segundo año de Pediatría en 1984, mi amiga Elizabeth Quintana me llama un día y me dice: "Miguel, se me fue el guitarrista. ¿Será que tú puedes acompañarme estas dos semanas el sábado y el domingo en la Pérgola de Graciela?", y le digo: "Claro, vale, yo te acompaño". Entonces resulta que un día, estando allá, entra Iván y me dice, así como es él: "¡Qué

hubo, carajito!, ¿cómo estás?". Y me pregunta: "¿Qué estás haciendo?", y le digo: "Estudiando el segundo año del postgrado". Me dice él: "Ah, ¡qué bien!". Al otro día fue y al siguiente volvió. En una de esas se montó conmigo a tocar. Tocamos polo, galerón, estribillo, merengue... estuvimos como dos horas tocando y cantando. Ese día, la Pérgola estaba full de gente. Entonces, cuando



terminamos de tocar, me dice: "Mira, vale, se fue Hernán, ¿tú quieres entrar con nosotros?". Y le digo: "¿Cómo es la vaina? ¡No me digas eso, chico! Yo hablo con él". Me dice él: "¡Se fue, vale!". Entonces le digo: "Ok, ¡vamos a darle, pues!".

Ese año mi vida dio un vuelco. Estaba desprendido de lo que era la música y no sabía nada de lo que era la televisión.

Lo primero que hice fue salir en televisión a recibir un premio que no me había ganado, que se había ganado Hernán. Yo estaba con una vergüenza espantosa pero, bueno, me tocaba ir. Empecé a tratar a los artistas, a conocer el quehacer diario de la televisión. Empecé a tener amigos como la gente del Cuarteto, a Gualberto que ya conocía. Conocí a todo este poco de músicos que había. Me costó tiempo tratarlos a todos, eran muchos. Lo más

importante es que tuve una gran aceptación y, con mucha humildad, puedo decir que ahora son mis amigos y los quiero y los admiro casi a todos.

A los pocos días de que Iván hablara conmigo, empezamos a ensayar en un edificio que estaba frente a la funeraria Vallés. Ensayábamos todos los días de cuatro a ocho, ¡todos los días de la vida! Ellos me dieron una lista de canciones para que me las aprendiera. Me las aprendí, las ensayamos y empezamos a hacer un disco: *Cantemos con los niños (Vol. II)*. También empezamos a hacer un disco con Gualberto Ibarreto. Ese año hicimos dos discos. Eso fue como en marzo que entré en Serenata y en junio, el Día del Periodista, di el primer concierto, y desde ese primer concierto en junio de 1984 hasta hoy, estoy aquí.

Miércoles, 17 de agosto de 2016
MIGUEL ÁNGEL BOSCH



MÚSICA POR TODOS

Sala Ros Reyes / Teatro Teresa Carreño
Sábado 19 de febrero del 2000 / 7:00 pm

Imanol Quirales
y la Banda de la Bandola

Cecilia Todd

Guillermo Ibarreto

Pasacalle

Serenata Guayanesa

Lilia Vera

El Cuarteto

Maria Teresa Chico

Un Solo Pueblo

Maestro de ceremonias:
Pedro León Zapata

Concierto a beneficio de escuelas,
orquestas y grupos de música
afectados por la crisis de Venezuela



El Orinoco contento
baila con el Caroní,
en el cuatro el manatí
suelta sus versos al viento.



Un consejo de la negra

No hemos hecho tantos viajes como la gente cree, hemos estado en España, Portugal, Londres, Italia, Alemania y Austria. Estuvimos con Mercedes Sosa en Londres en un concierto de Amnistía Internacional. Inclusive Hernán la acompañó en una tonada. Ella estaba fascinada con la música venezolana. Tiempo después cantamos con ella aquí en el Poliedro junto con Joan Manuel Serrat. Una vez estábamos aquí en el Poliedro, en el camerino, y ella me preguntó: “Iván, ¿qué haces tú aparte de Serenata Guayanesa?”. Le digo: “Yo soy ingeniero civil –todavía ejercía la ingeniería– y

Hernán es profesor, mi hermano César es odontólogo y Mauricio es sociólogo”. Viene ella y me dice: “Iván, esta profesión es muy difícil, si tú quieres trascender tienes que dedicarte las 24 horas a la música, al canto y al grupo. Esta es una profesión muy difícil. Si quieres de verdad trascender, tienes que dedicarte”.

Le hice caso a Mercedes y abandoné todo eso, dejé el postgrado que estaba haciendo, dejé mi trabajo en el Inavi y me dediqué a Serenata.

Lunes, 26 de septiembre de 2016
IVÁN PÉREZ ROSSI

De Guayana ellos llegaron,
surcando como las aves
en una frondosa nave
los cocuyos titilaron.





Uno llegaba cantando con una orquídea en la mano

Yo tenía una tía llamada Ligia Gruber, “era en realidad prima de mi papá pero nos tratábamos de tía y sobrino”, que tenía una casa con un patio muy largo, donde había un cultivo de orquídeas en una mata de mango. Nosotros, muchachos al fin, nos robábamos una o dos orquídeas de aquel bojote de orquídeas, pero la tía Ligia como que las contaba porque entonces tú la veías

refunfuñando: “Yo no sé quién carrizo se estará robando las orquídeas...”. Hasta que un día se enteró de que yo era uno de los que andaba en eso. Me lo reclamó una vez pero ya no protestó más porque era sobrino de ella.

Era una época muy romántica, todo era con mucho respeto, “manito sudada” y de casualidad. Imagínate tú qué más romántico que llegar a dar una



serenata con una orquídea en la mano. Uno llegaba en un jeep, que en realidad no era un carro de esa marca, sino que era un todo terreno DKW Munga, muy parecido a los jeeps gringos pero que habían sido construidos en Alemania para los militares. Yo no tengo idea de cómo aquel carro llegaría a Ciudad Bolívar. Lo cierto del caso es que en él andábamos dando serenatas y había que quedarse dando vuelta para que no se apagara. Y mientras uno daba

EL UNIVERSAL, Sábado 3 de Febrero de 1990

La misa fue oficiada por el cardenal Lebrín

El día de Candelaria fue celebrado con música de Serenata Guayanesa



El periodista Jesús Rosas Mazarzo fue condecorado por el gobernador del Distrito Federal con el Premio Gran Corazón

El cardenal José Atil Lebrín ofició una misa como parte del programa conmemorativo de Nuestra Señora de la Candelaria. La misa se llevó a cabo en la Iglesia de la parroquia Candelaria.

El programa, organizado por la Gobernación del Distrito Federal, contó como invitados a una de las parroquias más populares de Caracas. Luego de la misa se fue celebrado el Premio Gobernador del Distrito Federal, Gran Corazón, al periodista margariteño Jesús Rosas Mazarzo, quien reconocidamente a su destacada labor como poeta y compositor de canciones populares.

La parte musical estuvo a cargo del grupo Serenata Guayanesa. Los actos conmemorativos se realizaron a las 6:00 pm, auspiciados el gobernador del

Distrito Federal, Virgilio Anillo Vivas, la sala cívica de la Parroquia Candelaria, Rosa Miliagua Simón y amigos de Rosas Mazarzo, entre ellos, Aldemaro Romero y Manuel González Santander (Gonzalucha).

Como en todos los festejos, Aldemaro Romero y Gonzalucha dijeron que la celebración continuará en la Plaza de Simón Bolívar en San Sebastián de Los Reyes.

La Virgen de Candelaria tiene orígenes en Venezuela desde 1708. En 1750 el obispo Manuel Machado y Lasso erigió a Candelaria como parroquia católica independiente.

En la Iglesia los feligreses elevan sus plegarias a José Gregorio Hernández, cuyos restos reposan en ese lugar y a la patrona de los pobres Nuestra Señora de la Candelaria.



la serenata, el carro quedaba dando vueltas.

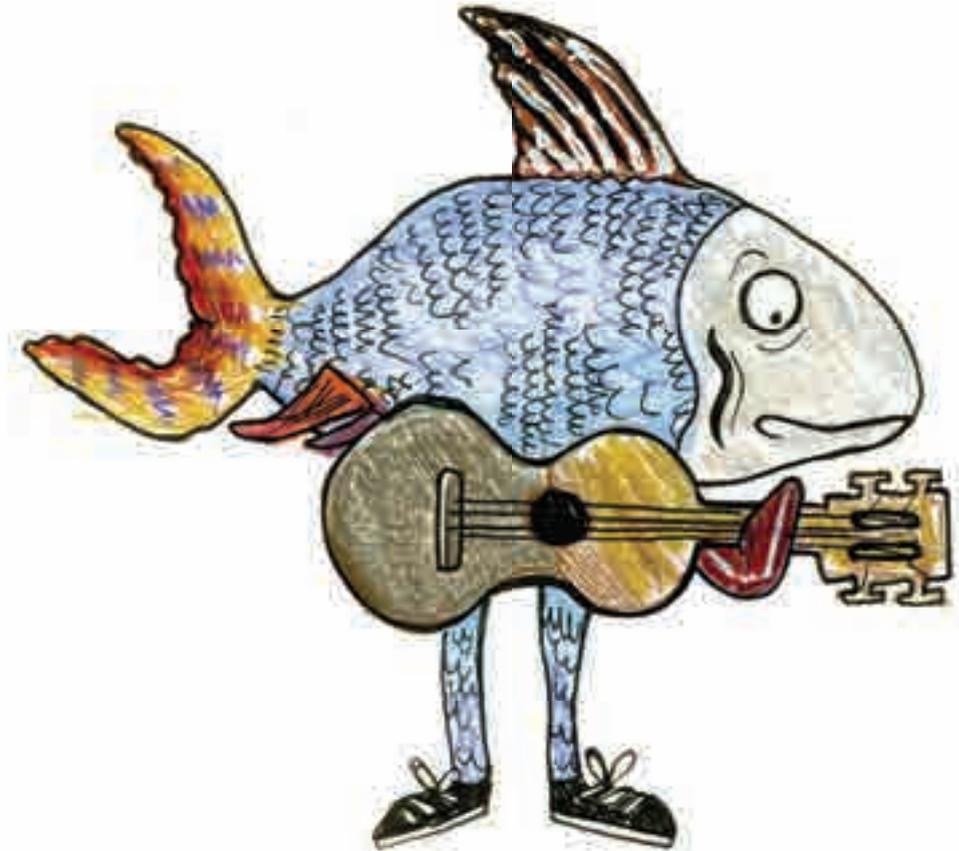
Una vez fuimos a dar serenatas a unas muchachas que eran las hijas de un abogado muy famoso en Ciudad Bolívar. Ellas habían llegado ya señoritas a vivir con el padre. No recuerdo por qué habían ido a vivir con su papá. Llegamos a la puerta y tenía un candado grandísimo. Yo no me bajé, les dije: “No, yo los espero”. Las muchachas les dicen a ellos que brincaran [la cerca], y no estaban terminando la primera canción cuando se sintieron unas cholas, “shui, shui,

shui”... ¡Era el papá de las muchachas!

Entonces el viejo dijo: “Yo le puse candao a esa cerca pa’ que nadie pasara pa’ esta vaina, así que por favor se van pa’l carrizo y se van como vinieron”, y tuvieron que brincar. Era una época muy sana, todo el mundo se conocía en Ciudad Bolívar, el hijo de Fulano y la hija de Zutana. Y los muchachos y las muchachas estaban “enamorisquiaos”. Era lo más natural del mundo.

Lunes, 8 de marzo de 2017
MAURICIO CASTRO RODRÍGUEZ

En las vértebras del río
donde canta la sapoara
los valeses que le entonara
serenata y su cantío.



Un río de serenatas... o la serenata de un río

MARCO TULIO MENDOZA DÁVILA

*El Orinoco es una
materialización del tiempo
en las tres categorías
agustinianas,
tiempo pasado
(el tiempo del recuerdo),
tiempo presente
(tiempo de la intuición)
y tiempo futuro
(tiempo de la espera).*

ALEJO CARPENTIER

El *Orinucu*, nombre del torrente investido por la etnia otomaco desde su cabecera en la serranía Parima (estado Amazonas), allega manantiales y gotea nacimientos para cumplir el diseño de su condición arcaica, acopiar caudales, fundir su estampa vibrante con la cimbreante presencia de sus

afluentes en una inevitable fusión de colores, bríos y texturas que las aguas acumulan de sus viajes ancestrales, para ser depositadas en la cimentación del delta, como ofrenda ecológica de vida.

El padre de los ríos trasciende a su cuerpo geográfico al participar en la

definición y desarrollo de la vida social, económica, cultural y emocional de los pisatarios de sus riberas, vegas aluviales y sabanas.

Del galanteo de esa relación hombre-ambiente surge un intercambio multicolor de sonidos, sentimientos, querencias y pensamientos, que alimentan la imaginación y creatividad, mientras zurcen la espiritualidad en formas de cantos, mitos, leyendas y tradiciones. En un nivel mayor de conciencia, la identidad y la búsqueda de trascendencia.

Los ríos son “seres” cambiantes, que aprisionan lejanías, amores y soledades; de sangre liviana para los niños permeables a la quietud de su ronronear y sembradores de nostalgia del tiempo de los abuelos; los ríos mientras anidan los barquitos de papel, arrullan la vida.

Fue a través de su vientre fluvial el despliegue de un intercambio multifásico de genes, razas, colores, cadencias, lenguajes, bailes y sonos, formas y maneras que han transmutado la esencia creacional de la humanidad.

En el bongo del tiempo y provenientes de diferentes latitudes, el río Orinoco nos trajo el lenguaje musical, los cantos polifónicos, los cordófonos y, entre tantas cosas, “las serenatas”, parientes directos de las juglarías, las saetas, las tunas, orfeones, coros, rondas, expresiones que en estas tierras de Dios, en un sincretismo mágico, fundiéronse con las muy valiosas formas originarias.

En Guayana, la exuberancia y magnificencia de la naturaleza solo es comparable con la florescencia de su riqueza cultural, tesoro que en la música tiene extraordinarios representantes y expresiones indígenas, académicas, populares y folclóricas.

Partiendo del análisis causal complejo, de las manifestaciones sociales y culturales y su relación ambiental, nuestra Serenata Guayanesa, patrimonio cultural de Venezuela, está vinculada y ligada, en historia, tiempo y espacio, con la existencia y presencia del padre de nuestros ríos, el Orinoco.

Esa infanta de cuatro cerebros, con 45 años de existencia, es un río guayanés de vida y dignidad, producto causal de la confluencia de potencialidades artísticas de sus miembros, el ambiente social cultural y una clara conciencia libertaria de sus responsabilidades con la identidad regional y nacional.

Su obra musical, ancha y profunda como el padre de los ríos, es referente obligado en el mundo y su presencia grupal, un patrimonio viviente de nuestra nación.

Su quehacer tesonero de grupo, terco en la continuidad, lúdico en el tiempo de búsqueda, abierto al intercambio de pares y experiencias creativas, resulta severamente estricto en la obtención de la excelencia de sus productos, valores cónsonos con los ideales de la misión a cumplir.

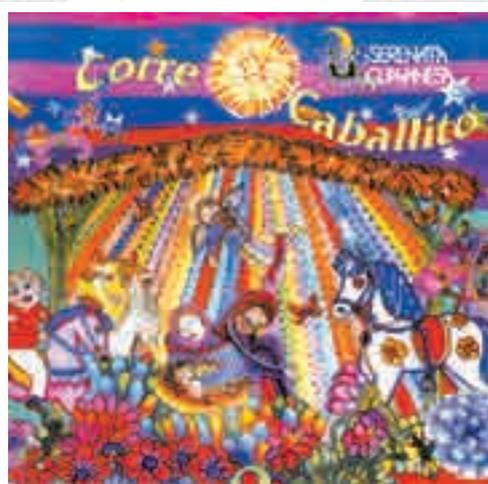
Para la agrupación, el sustantivo “tradición” (del latín *tradio*, del verbo *tradere*: entregar), se vive a plena conciencia, en la conjura de un compromiso con el pasado, una construcción del presente hacia la siembra del futuro;

siendo el otro se es uno mismo, para los que serán.

El amplio delta de la identidad nacional, fin último de la acción cultural, es en esencia un encargo temporal erigido para hombres y su compromiso. De ello dan fe con su vida los trovadores guayaneses.

En sus creaciones artísticas destacan sus arreglos vocales-musicales (de aparente simplicidad dentro de una complejidad armónica y melódica) incluyendo el uso magistral del contracanto; el sentimiento interpretativo característico de sus producciones construye una empatía inmediata con el oyente, a lo cual se suma la sutil y exquisita escogencia de los autores y canciones, con una clara definición estética y una intencionalidad definida temática (rescate de música infantil, navideña, regional, tradicional, etc.). En la mayoría de las piezas, la belleza sonora adorna el mensaje, mientras la ternura y el amor al arte hacen fiesta.

Serenata Guayanesa tiene en su poder la mágica potencialidad de llegar al



más selecto y exquisito grupo de críticos musicales: los niños. Con ellos, a través de la música, entabla una relación igualitaria de intereses y gustos comunes, puentes directos de comunicación, confianza, afecto y referencia.

Cuando se es patrimonio del pueblo, la mochila a cargar está avenida y rebosante de bienes, derechos y obligaciones. En la de Serenata Guayanesa

encontramos un corazón que acompaña los sonidos de la tradición, una vela prendida de conciencia y un Orinoco lleno de barcos de papel capitaneados por niños que cantan aguinaldos y soplan las velas de sus sueños.

¡Que siga la Serenata Guayanesa de la vida!

En Barquisimeto, en tiempos de esperanza,
5 de abril de 2017

Serenata Guayanesa
trajo el canto del arraigo,
parrandita es lo que traigo
enredada en mi garganta.





Arrancamos con un disco para la gobernación de Bolívar

En mayo de 1964, el quinteto Contrapunto visitó Ciudad Bolívar para inaugurar la Concha Acústica. En esa ocasión llevé a los integrantes de Contrapunto a la casa de Alejandro Vargas para que lo conocieran y de allí surgió la idea de ellos grabar “Casta paloma”. Contrapunto era un grupo de cinco voces privilegiadas, que dieron aquel concierto en la Concha Acústica sin amplificación de sonido, con un cuatro y más

nada. Ellos dejaron una huella imborrable en Serenata Guayanesa desde el punto de vista musical. Cuando se habla de la difusión, del conocimiento y del rescate de la música popular, folclórica y tradicional venezolana hay que hablar de antes y después de Contrapunto. Lamentablemente en la actualidad no hay mucha difusión de ellos. Fue un grupo maravilloso.

Después de tener varios años dando serenatas por aquí y por allá, en el año setenta hablamos con el gobernador de Bolívar de aquel entonces, el arquitecto Manolo Garrido, que era muy amigo nuestro, y le dijimos que había que hacer un disco de música guayanesa porque esta existía y era muy hermosa pero casi no se conocía. Entonces nos dio luz verde e hicimos ese disco que se llamó *Serenata Guayanesa*, con seis canciones ya arregladas por los cuatro, al estilo de lo que sería *Serenata Guayanesa*. Grabamos “¿Dónde está San Nicolás?”, “El burrito parrandero”, “Casta paloma” y otras. Fue un disco de vinil y por la otra cara del disco estaban unas canciones del grupo Guayana Lírica que era un grupo instrumental dirigido por Carmito Gamboa, el papá de Hernán. Ese grupo interpretaba valeses y pasajes de Guayana. Ese fue el primer disco institucional que hicimos nosotros, sin pensar que después de 45 años íbamos a estar todavía echando vaina.

Viernes, 5 de agosto de 2016
CÉSAR PÉREZ ROSSI

La Noticia 104
24 de enero de 1988

Auspiciada por CVG y Venalum
**Más de cuatro mil personas
en concierto
de Serenata Guayanesa**

Como un acto de reafirmación regional al cumplirse 30 años del inicio de nuestra democracia, la Corporación Venezolana de Guayana y Venalum auspiciaron la presentación, el pasado 24 de Enero, del grupo Serenata Guayanesa en la Plaza de las Banderas.

Una gran multitud calculada en más de cuatro mil personas se dio cita en Alto Vista para disfrutar del espectáculo y aplaudir las interpretaciones de los integrantes de Serenata Guayanesa, especialmente las composiciones infantiles que fueron coreadas por los presentes.

Conjuntamente, estuvo presentándose el grupo de Ciudad Bolívar, Cristo Paloma, quienes obtuvieron asimismo la aceptación del soberano.

Sábados Infantiles

Como inicio de una programación cultural infantil de Venalum.



Alto Vista: Ángel Méndez y César Pérez Rossi en la plaza infantil organizada por Venalum. El niño en el primer plano mira a los niños que cantaban algunas canciones.

Yo quería ser como Cheo García o como Memo Morales

Yo quería ser cantante de La Billos. Quería cantar en esa orquesta porque me parecía que era una cosa fabulosa. Cuando cantaban “La vaca vieja”, me parecía genial. Luego cuando fui creciendo me gustaba un cantante llamado Joselito, que era un niño español que tenía una voz fantástica e hizo muchas películas. Él cantaba una canción llamada “El ruiseñor”. Luego me empezó a gustar el Trío Venezuela que cantaba la canción “Magia blanca”.

Un poco más entrada la juventud, uno empieza a escuchar música foránea porque era lo que se escuchaba en esa época, y evidentemente que los Beatles me gustaron mucho y para siempre. Luego ya en el transcurso de esa juventud me empezaron a gustar los compositores tachirenses, todos sin excepción de ninguno. Yo interpretaba



mucho la música de ellos. Formaba parte de cuartetos, tríos, me aprendí casi todos los valeses que se tocaban allá en San Cristóbal, los valeses de Telésforo Jaimes, Juan de Dios Galavís, Hugo Murci, Pánfilo Medina, Eufasio Medina, Edgar Carrero Balza... todos esos compositores extraordinarios que fueron mis maestros. También Emilio Biggi, un compositor uruguayo que había llegado a San Cristóbal y se había quedado a vivir allá. Aprendí mucho de lo que era la música popular y folclórica del estado Táchira y aquello fue un amor, hasta ahorita, que no se me quita.

Posteriormente me empapé de lo que alguna gente llama música académica. Empecé a cantar música de Mozart, Vivaldi, Haendel, Bruckner, Tomás Luis

de Victoria, Mateo Flecha El Viejo, Bach, Ariel Ramirez y Félix Luna (dos compositores argentinos que hicieron un aguinaldo muy bonito llamado "La huella"). También me gustaba mucho la música de Astor Piazzola, el "Verano porteño", por ejemplo. Incluso después tuvimos oportunidad de tocar con él aquí en Caracas y eso fue una cosa extraordinaria.

Dejé de hacer música académica y mi registro cambió a tenor lírico. Luego de estar con el cuarteto Pueblo y de hacer música académica, me despedí de la música para empezar a ejercer la medicina. Hasta 1980 canté y en 1984 ingresé a Serenata Guayanesa. Lo demás es historia.

Miércoles, 17 de agosto de 2016
MIGUEL ÁNGEL BOSCH

Nos vemos en la pila del convento

El compositor Manuel Yáñez, autor de la canción "Viajera del río", era el percusionista principal del grupo de gaita que teníamos: los Gaiteros de la Plaza Miranda. Manuel y yo éramos amigos del barrio. Lo conocí porque jugábamos pelota, trompo, picha. Nos veíamos siempre porque cargábamos agua cada uno para su casa. Eso era en un sitio que llamaban El Convento. El Convento es una plaza que está frente al cementerio de Ciudad Bolívar

y lo llamaban así porque estaban las ruinas de un antiguo convento y precisamente había una pila de agua. Y ahí íbamos a buscar agua en unos baldes de metal (no existían los baldes de plástico). En El Convento nos conseguíamos. Te estoy hablando de que tendríamos unos seis años. De ahí viene la amistad con Manuel Yáñez.

Lunes, 26 de septiembre de 2016
IVÁN PÉREZ ROSSI





Dejen oír la música, ¡por favor!

Una vez estuvimos en Italia y teníamos que cantar en Roma y en Florencia. De Florencia a Pisa es muy corto el trayecto en tren y un grupo de estudiantes venezolanos que estaba en Pisa escribieron una carta al consulado preguntando que si ellos se encargaban de organizar todo el concierto, podíamos nosotros ir a tocar en Pisa porque a ellos se les hacía muy difícil ir para Florencia por el tema del hospedaje.

La cosa era que nosotros cantaríamos en Pisa y regresáramos a Florencia, que era en donde nos estábamos quedando, y nosotros aceptamos. Fuimos a cantar en una abadía, por la que precisamente un grupo de venezolanos estaba luchando para que no la tumbaran e hicieran no sé que cosa. Ahí en esa abadía se hacían exposiciones, conciertos, obras de teatro, para mantenerla activa y que no la tumbaran.

El cuento es que cuando estábamos en el concierto, los venezolanos (con

esa emotividad que nos caracteriza a nosotros los latinos, que cuando se conoce los primeros compases de algún tema musical se emociona) reventaban en aplausos porque se sabían los temas. En cambio, los italianos permanecían en silencio y solo aplaudían cuando terminábamos cada tema, porque el europeo espera que tú termines para poder aplaudir, no te interrumpe nunca. Entonces hubo ese choque constante en casi todo el concierto. Hasta que los venezolanos y los latinos en general se quedaron tranquilos. Porque cuando estos empezaban a gritar, los italianos les decían: “¡Shhhh, dejen oír, por favor!”. Nos sucedió también en La Karlsplatz en Viena que nos bajaron la cuchilla porque la gente no nos dejaba ir y los encargados del teatro nos dejaron sin luz. Tuvimos que salir del teatro con linternas.

Lunes, 8 de marzo de 2017

MAURICIO CASTRO RODRÍGUEZ

Para Serenata Guayanesa en sus 45 años

AURORA DÍAZ DE SÁNCHEZ

Hace más de veinte años, envuelta en la caricia del viento que se devuelve (viento “El Barinés”), escribí más o menos así: “... Noche bruja de guitarra y canto con luz en la nostalgia que se descuelga saltarina sobre las calles empedradas... caballito indomable, agua fresquita, tonada trasnochada, manos que ungen y que cortejan flores... mañanita irizante, rescoldo tibio, amoroso temblor, cocuyito inviernerero... carcajada en cristal, leco que se devuelve... dolor y llanto, guayabo e ilusión con miel de arica, café recién colado, manojito de aroma, prima y bordón, aguinaldo en diciembre, fulía y joropo... ríos que caminan acunando pertrecho de ilusiones...”.

Esa noche cantaba Serenata Guayanesa... los mismos soldaditos eternos del afecto, y en mi pecho aleteaban

mariposas de esperanza por volver a escucharlos. Y entonces descifré en sus voces a la montaña erguida, al viento entre las palmas, a la espuma marina, al lago en confidencias de lamentos guajiros, y el misterio profundo de la Guayana altiva...

Antes de que regresaran, visitamos la región andina del estado para ofrecerles un poco de la paz que respiran Altamira y Calderas. Rafael Salazar y Miguel Delgado Estévez, ¡venidos de quién sabe dónde!, acompañaron en un concierto improvisado en la plaza de Altamira a Morella Muñoz. Iván tocaba las maracas, Miguel Ángel el cuatro y Morito y César daban notas acompañadas mientras ella cantaba. Los niños sentaditos en el suelo escuchaban envueltos en la magia de la melodía.



Al caer la tarde arribaron a bordo de una vieja camioneta amarilla José León Tapia y Orlando Araujo, quienes venían de Caldera. De allí nos fuimos a la casa –hermosa en su sencillez, abierta al paisaje bucólico de la meseta mirando al llano– de Mireyita Contreras. Su mamá, gentil matrona, nos atendió bondadosa y mientras José León revivía las batallas de la Federación y Orlando evocaba a “Miguel Vicente, pata caliente”, de la cocina olorosa salían arepas delgadas rellenas de sardinas y un chocolate maravilloso...

Morella, Orlando y José León hace tiempo decidieron marcharse... probablemente estén posados sobre nubes añorando momentos como aquellos...

No sé si en el recuerdo de mis hermanos serenateros hubo algún otro concierto de tanto sentimiento.

Busco y no encuentro la palabra que defina todo cuanto me arropa: pasión, canción, entrega, devoción... ahora que arriban a otro cumpleaños y que con voces plenas e ilusión de infante, envueltos en el escudo y la bandera flameando con la brisa pregonan: ¡Somos identidad!

Tal vez por ello me apropié de unos versos de Eladio Tarife, la Pluma de Oro del Llano, que dice:

Con el pincel de mi verso
pintaré en el universo
la tierra venezolana
y en medio de su grandeza,
con su radiante belleza,
la inmensidad de Guayana.

Con infinito amor,
Barinas, 8 de agosto de 2016



Linda mujer, escucha este poema

De los músicos y compositores venezolanos que hayan dejado una huella en mí, que estén en mi corazón, debo nombrar a tres: Otilio Galíndez, Luis Laguna y mi eterno y amado Simón Díaz (con él tuve una relación casi que de padre a hijo). Ellos tres han marcado mi vida musical. Yo soy de la escuela de Luis, de la escuela de Otilio, porque Otilio y yo andábamos mucho juntos. Lo iba a buscar a Maracay, nos íbamos para la playa, él me cantaba cosas, yo le cantaba a él. Con Otilio pasé días muy hermosos, y con Luis también, y con Simón ni hablar. Son tres compositores que amo profundamente.

Y de los cantantes, Gualberto Ibarreto. No hay mejor voz que yo haya escuchado en este país. Que me disculpen los demás cantantes pero, para mí Gualberto es el mejor cantante venezolano. Estudiamos juntos en la ULA





allá en Mérida, él estudiaba Economía y yo Medicina. Salíamos por ahí de vez en cuando a parrandear con Chavín, ese gaitero de Cardenales del Éxito. Estudiábamos los tres en la ULA. Todo eso era fantástico porque nos conseguíamos en todas las fiestas y en todas las serenatas. Era la época en que uno iba con un amigo, y entonces: "Mira, vamos a dar serenata allá, pero tengo que esperar a una novia mía, bueno, no es mi novia, pero la estoy esperando que llegue del cine, que anda con el novio, para yo poder darle serenata". Y yo le decía: "¡Oye, chico, pero tú eres bien sinvergüenza!". Ese era un amigo con el que siempre serenateábamos a las muchachas. Dábamos serenatas fabulosas, incluso hasta tres veces por semana.

Yo vivía en un edificio donde en los tres apartamentos vivían músicos. Éramos catorce músicos. Allí había músicos de la banda de Mérida y de la

orquesta típica. Estudiábamos distintas carreras pero todos éramos músicos. Nos reuníamos y allí había oboe, clarinete, flauta, tiple, cuatro, guitarra, mandolina, contrabajo. Íbamos a la residencia femenina y armábamos aquellas serenatas con aquel orquestón. Todas las muchachas salían, prendían todas las luces, todo el mundo lanzaba papelitos pidiendo canciones: "Por favor, cántame esta", "cántame la otra". Aquello era una belleza. Llegábamos a las 11:30 y a las 12 comenzábamos. Después salíamos para otra casa y así íbamos. La gente nos abría las puertas. Era una locura. Eso lo hacíamos al menos tres veces a la semana durante los tres primeros años. Después ya no se podía porque había que estudiar mucho. Entonces era una o dos semanales o mensuales, pero siempre salíamos.

Miércoles, 17 de agosto de 2016
MIGUEL ÁNGEL BOSCH



Se consiguen los serenateros

Yo conocí a Hernán Gamboa un 30 de diciembre, en una de esas parrandas que armábamos allá en Ciudad Bolívar. Eso fue en casa de Floduardo Díaz, que era un amigo de César. De ahí de la casa de él nos fuimos para otra parranda y nos conseguimos con otra gente que también tenía una parranda y Hernán era el cuatrista. Estaba allí con su papá, Carmito Gamboa. Y entonces, por supuesto, se dio ese amor a primera vista de la gente que se atrae gracias a la pasión por la música. Al año siguiente hicimos un grupo de gaitas y los solistas éramos César, Morito, Hernán y yo. Le enseñaba las gaitas a ellos y para no estar cantando todos

esos temas yo solo, nos repartíamos las gaitas entre los cuatro. Y de ahí también vienen las serenatas. Hacíamos nuestros propios arreglos de serenatas. Además teníamos esa influencia extraordinaria de una gente llamada el quinteto Contrapunto. Queríamos cantar y arreglar como ellos. Pero nadie tenía ese don mágico y especial que tenía Fucho Suárez para arreglar. Éramos cuatro voces y hacíamos unos arreglos que no eran tan buenos, pero a la gente les gustaba. Y cuando yo me gradué en 1968, dije: “En lo que tenga una plata, voy a grabar una vaina”.

Lunes, 26 de septiembre de 2016
IVÁN PÉREZ ROSSI



Déjame acompañarlo yo, que conozco el tema

Tuve el privilegio de estar cantando en una velada con un maestro que se llamó Aldemaro Romero. Eso fue una noche en casa de Joel Bracho, un abogado amigo. Había compartido con Aldemaro en algunas ocasiones pero no habíamos hablado mucho. Ese día llegué como a las nueve de la noche y él estaba acompañando a Cecilia Todd y a otras amigas cantantes. En una de esas, como a las doce de la noche, Aldemaro le dice a Bety Abreu, hermana del maestro José Antonio Abreu: “Bety, encárgate tú” y se sentó en un mueble. Bety acompañó a varias personas y me llamó: “Morito, vente, vamos a hacer algo, vente para que cantes”. Cuando íbamos como por el tercer tema, Bety me dice: “¿Qué quieres cantar?”, y le digo: “Vamos a hacer ‘Alma mía’”. A



todas estas, Aldemaro estaba sentado por allá y estaba escuchando el registro mío para cantar el bolero y Bety hizo unos acordes en un tono más alto. Entonces, él le dice a ella: "Bety, déjame acompañarlo yo, que conozco el tema". Definitivamente le llamó la atención la cosa, y Aldemaro se vino hasta donde estaba yo. Le dije: "Caramba, maestro, ¡qué honor!, mucho gusto". Aunque ya nos habíamos visto en alguna otra velada. Empezamos a cantar "Alma mía" y a conversar sobre boleros viejos y él me preguntaba y yo le respondía, con

propiedad, sobre los temas que conversábamos. Estuvimos cantando como una hora, y el único tema que yo no conocía fue "Novia mía" de José Antonio Méndez, el compositor cubano del *filin*, y esa la cantó él. Después me enteré de que habían sido muy buenos amigos. Me imagino que a lo mejor él quiso saber cómo la cantaba yo. Fue una velada extraordinaria. Casi al final me dijo: "¡Chico!, pero tú eres una enciclopedia". Eso me llenó de mucho orgullo.

Lunes, 8 de marzo de 2017
MAURICIO CASTRO RODRÍGUEZ

Serenata Guayanesa: juego, música y poesía

NEIDA ATENCIO CASTELLANO



En 1971 nace el grupo Serenata Guayanesa, con la producción de su primer disco en el que grabaron música típica de la región de Guayana y el cual no tuvo gran repercusión. Es en 1972 cuando se produce su segundo elepé, que lleva por nombre el mismo de la agrupación, *Serenata Guayanesa*. En él son incluidos los temas “El sapo”, que es un golpe guayanés, los aguinaldos “Casta paloma” y “¿Dónde está San Nicolás?” –los dos primeros, del compositor guayanés Alejandro Vargas, y el último, la primera composición de Iván Pérez Rossi-. A partir de ese acontecimiento comienza la divulgación de los temas de la naciente agrupación polifónica que ha permanecido en el tiempo y que sobrevivirá a todos los que desde entonces son sus seguidores.



Sí, 45 años, 45 años sembrando amor en Venezuela. Los dos primeros discos de Serenata Guayanesa no fueron intencionalmente producidos para el público infantil. Pero docentes, padres y madres, músicos y cantantes hicieron de las canciones de Serenata Guayanesa la más hermosa herramienta para cautivar a niñas y niños, sembrando valores. Se contó para esa tarea con el apoyo espontáneo de adultos que también disfrutaban los temas “El Sapo”, “Casta paloma” y “¿Dónde está San Nicolás?”, porque, cuando la literatura y la música tocan el alma infantil, también es del agrado de los “grandes”. Ocurrió que niñas y niños se apropiaron de esas canciones, crecieron entonándolas y hoy en la adultez las tararean e interpretan cada vez que la vida se los permite. Este acto de amor ocurre porque esas canciones poseen lenguaje poético. Recuerdan los días lejanos de la infancia; les hacen sonreír porque se sienten protagonistas y se identifican con las situaciones narradas; se regodean en los juegos disfrutados con los

amigos de entonces; y además, reviven las fiestas compartidas con sobrinos y demás “locos bajitos”, como los denominó Serrat en una hermosa canción.

El primer contacto del ser humano con la música ocurre antes de nacer, en el vientre de la madre, cuando amorosamente ella le canta su primera canción de cuna, la misma que le cantará acunándolo entre sus brazos en el vital y continuo encuentro entre los dos. ¿Y cuándo nació la primera canción



de cuna? ¡Cuando nació el primer ser humano! Esa hija, ese hijo, lloró, seguramente se desveló y la madre para dormirlo invocó al viento, a las nubes, a las estrellas, al mar, al lago, al río, a los pájaros y a las flores para que vinieran en su auxilio. Ese llamado lo hizo en un susurro. Un susurro que se convirtió en una melodía y esa melodía se hizo canción. Allí nació la primera canción de cuna.

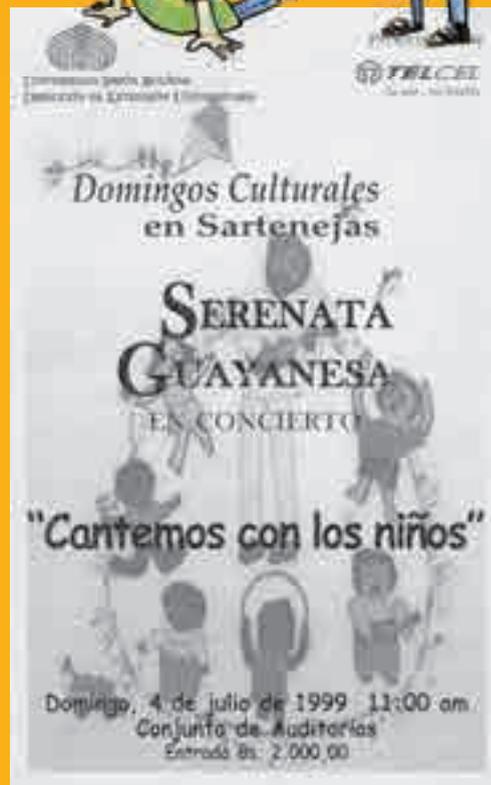
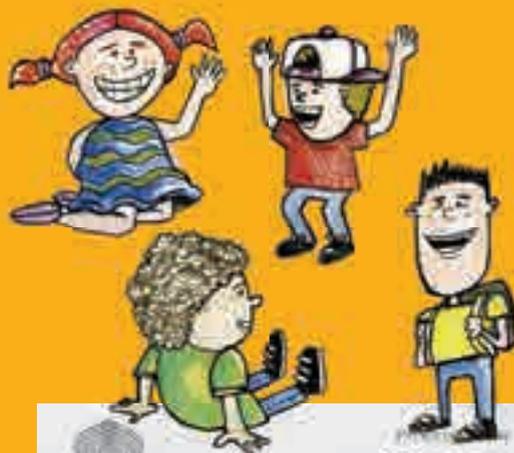
En Venezuela, cuando las madres agotan el repertorio de sus canciones de cuna y el sueño no llega, cantan la melodía del Himno Nacional, a cuya música le insertan la letra de la canción de cuna tradicional “Dormite, chichito” o “Duérmete, mi niño”. Al contrario, también se tiene la referencia –debatida– de que el autor de nuestro Himno Nacional –Lino Gallardo, en una tesis aún en discusión– utilizó la música de una canción de arrullo, muy popular en aquella época de la Independencia, como melodía –tal vez por su fácil aprendizaje–. Así lo referencian diversos investigadores, historiadores y

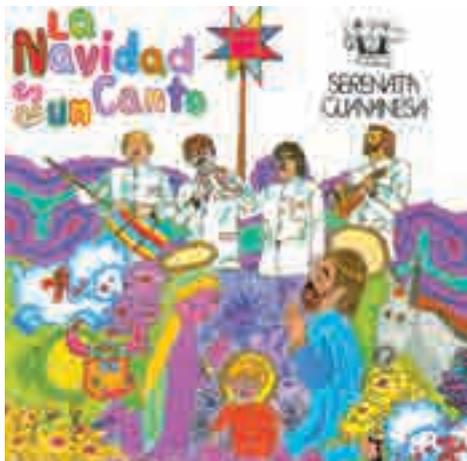
musicólogos, como Eduardo Casanova en su texto *La alborada de los trágicos* (s.f): “... ‘Gloria al bravo pueblo’, una canción patriótica (...) Era, en realidad, la adaptación de una canción de cuna, de un sencillo arrullado, que Lino Gallardo, mediante el simple recurso de cambiarle el tempo y el ritmo, convirtió en una especie de canción marcial”. Conny Méndez, en su canción “Venezuela habla cantando”, expresa que muchas actividades cotidianas en Venezuela se hacen con mucha alegría, se realizan cantando y explica que: “El secreto, compañero, es algo muy personal: que arrullamos a los niños con el Himno Nacional”.

Serenata Guayanesa ha enriquecido el repertorio con el que las madres mantienen la más sublime relación con sus muchachitos a la hora de dormir, aportando las canciones de cuna: “Arrullo para un negrito”, “Mi niñito precioso”, “Mi niña”, y “ Precioso querube”. Es en el entorno familiar donde el ser humano se inicia en la educación musical. La música es una manifestación

estética, espiritual, que forma parte de la educación integral. El juego en la infancia es una actividad espontánea que enriquece el proceso educativo musical e integral. Niñas y niños disfrutan escuchando música, cantando o jugando a interpretar instrumentos musicales. Juego, música y poesía van de la mano de niñas y niños en los primeros años de su vida.

Serenata Guayanesa ofrece un importante aporte a la formación estética y musical de los niños con el amplísimo repertorio que contempla versiones de canciones tradicionales como “La pulga y el piojo”, “Con real y medio” y “Cuatro pollitos”; canciones de la autoría de los integrantes de Serenata Guayanesa como “Precioso querube”, cuya letra es de Iván Pérez Rossi y la música de Miguel Ángel Bosch. También han musicalizado poemas de poetas venezolanos, entre ellos “En mi pueblo había un río”, de Enrique Hidalgo, “Barco de papel” de Beatriz Mendoza de Pastori y “A la una”, poema





de Aquiles Nazoa cuyo título original es “Letra para la primera lección de piano”.

El trabajo de Serenata Guayanesa ha marcado un hito en el rescate de los juegos y juguetes venezolanos, en un intento por no perder la memoria de nuestra música popular, en el contexto de una cultura dominante que impone a la subjetividad infantil los juegos electrónicos cuyo excesivo “disfrute” lleva a niñas y niños a aislarse, a ubicarse en un mundo virtual que los desvincula de su propio mundo, de su vida. Grandes y chicos aprendimos a cantar “El papagayo”, “Las metras”, “El gurrufío” y el “Estríbillo de los juegos”.

Me desempeñé como maestra en los entonces jardines de infancia oficiales y fui una divulgadora de la música de

Serenata Guayanesa desde sus inicios en la década de los setenta. Mis hijos crecieron con su música. Disfrutaban sus canciones en la casa, y en mi sitio de trabajo, cuando me acompañaban en el cumplimiento de mi labor, también las escuchaban y disfrutaban en compañía de mis pequeños grandes maestros: mis alumnos. Recuerdan esas canciones con mucho placer; han tratado de contagiar ese afecto a sus hijos, mis nietos. Ahora es más difícil hacerlo, se tiene que luchar contra la competencia desleal: “la compu”, como dicen ellos, la TV, los juegos electrónicos y con una barrera muy dura, más difícil de derrumbar, la indiferencia de un buen número de docentes, quienes se preocupan poco por desarrollar y/o fortalecer valores como el patriotismo, que durante la infancia se forma en el conocimiento y amor a héroes, juegos, juguetes y tradiciones venezolanas. Desafortunadamente en la escuela pública y en la privada, con mayor incidencia, se escucha e interpreta, preferentemente, la música de moda, cuyos

contenidos nada tienen que ver con la venezolanidad; se celebra la fiesta de Halloween o Día de las Brujas, pero se ignoran los bailes y canciones tradicionales como "La burriquita", "El pájaro guarandol", "Mare mare", entre otros, y son descalificados con toda la carga de negatividad que eso supone para nuestra cultura, como nación, como pueblo.

La primera producción discográfica de Serenata Guayanesa concebida especialmente para niños es el elepé *Cantemos con los niños*, en 1982. Resultó un éxito, pues hasta entonces no existían producciones discográficas para el público infantil, y aquel disco llenó ese vacío. Fue, afortunadamente, un hecho que despertó en autores, compositores y cantautores venezolanos deseos de lanzar sus producciones.

El valioso trabajo de Serenata Guayanesa propicia el rescate de los juegos tradicionales y el fortalecimiento del amor de niñas y niños por los héroes venezolanos, lo cual es motivado con los temas "Este niño Don Simón" y "La bandera". Es muy importante también su

aporte a la investigación y divulgación de canciones que se refieren a juegos populares, a juguetes tradicionales venezolanos, y los aguinaldos. Entre esos aguinaldos se mencionan especialmente "Casta paloma", y "¿Dónde está San Nicolás?", pues fueron los primeros grabados por Serenata Guayanesa; también "Precioso querube", "El chirriquitico", "Blanca mariposa", "El niño bendito", "Corre, caballito", "Calipso del Callao" y el "Aguinaldo criollo", que se cantan con mucho entusiasmo en toda Venezuela durante la época decembrina. El "Cumpleaños venezolano" de Serenata Guayanesa, a la par que el de Armando Molero y el recopilado por el maestro Sojo, están llamados a desplazar a otras canciones de cumpleaños que nos han invadido desde otras latitudes.

Serenata Guayanesa es un baluarte en la divulgación de los ritmos producto de la diversidad cultural venezolana. Las tradiciones culturales son resultado de la mezcla de los aportes de la población indígena que originariamente ocupaba

su territorio y del cual fue despojada, los aportes de la invasión europea y los de la población africana, que fue secuestrada y traída a Venezuela para ser esclavizada por los invasores españoles y sus descendientes, para trabajar en las plantaciones de cacao, especialmente. Posteriormente, trajeron su cuota las múltiples migraciones que el país ha recibido. Las manifestaciones musicales cultivadas por Serenata Guayanesa y divulgadas en sus producciones musicales y conciertos abarcan los géneros musicales: joropo, son venezolano, merengue, vals, son, pasaje, calipso, golpe guayanés, guasa, aguinaldo, habanera, golpe oriental, guaracha, paseíto colombiano, son infantil, bolero, polo margariteño, galerón, fulía, bambuco zuliano, joropo oriental y parranda. Estos géneros están presentes en la producción musical dirigida en sus comienzos a público adulto y posteriormente a niñas y niños.

Otro aporte importante de Serenata Guayanesa para el enriquecimiento del repertorio musical infantil venezolano

es la presencia del tema conservacionista, la defensa del ambiente y la contemplación de la belleza de los paisajes venezolanos, lo que contribuye a desarrollar en los niños valores relacionados con la preservación de la vida en el planeta. En esta categoría se pueden identificar los temas “Qué linda sería la Tierra”, “En mi pueblo había un río” y “El arcoíris”.

La canción “Ay, mi Margarita”, motiva una reflexión sobre la destrucción del paisaje natural de la isla de Margarita para convertirla en lo que es hoy, un gran centro comercial y en “¿Dónde está San Nicolás?” hace referencia a la desigualdad entre los niños pobres y niños ricos; describe la tristeza e incomprensión sentida por los pobres al no recibir regalos en Navidad. El mensaje es hacia la construcción de una sociedad justa que garantice la mayor suma de felicidad para el pueblo. No olvidemos que los poemas no son inocuos, poseen la carga ideológica del autor.

¡Qué va a estar lloviendo nada!

Una vez fuimos a cantar a Austria, a un teatro que nunca había abierto sus puertas para la música popular. En ese teatro cantamos nosotros con dos cuatricos. El Konzerthaus de Viena, se llama el teatro. Hicimos nuestro concierto y yo estaba muy asustado porque la gente aplaudía un, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once y doce. De rigor. "Aquí no le está gustando a nadie esto", pensaba yo. Terminamos el concierto, nos despedimos ¡y ha empezado la gente a aplaudir! Hicimos un bis: volvimos a salir, hicimos otro bis y ya nos metimos. Fue muy lindo para nosotros que la primera vez que se abría el teatro para la música popular, Serenata Guayanesa estuviera allí representando a Venezuela. Era muy comprometido cantar allí en Viena, donde tocó Mozart. Eran los momentos en que uno sudaba, el cuatro se resbalaba. Eso fue bien comprometedor.

Otro episodio muy particular fue cuando estuvimos cantando en Bonn. Llega una señora y nos dice: "Yo no voy a su concierto mañana porque mañana va a llover, a las seis", y yo pensaba: "¡Esta señora está loca! ¡Cómo va a decir que mañana va a llover!". Pues llegamos allá como a las cinco y había una pepa 'e sol, nos pusimos nuestros liquiquis y a las 6:05 de la tarde llovió. La gente inmediatamente sacó unos paraguas grandísimos. Yo creía que la gente se iba a ir: "¿Por qué no se van?", me preguntaba. Estaban acostumbrados. Y César me decía: "Si esto es en otra parte que no tenga esta cultura, la gente se va". Pero la gente no se fue, permanecieron allí durante todo el concierto. Duramos ahí una hora, hicimos uno y dos bis. Eso fue en la Markplatz, la plaza del mercado de Bonn. Ese tipo de cosas a uno lo sorprenden, que le digan a uno: "Mañana va a llover a tal hora".



Otra cosa interesante, y que nos marcó mucho, fue cuando estuvimos en Canarias en la feria de San Juan y conocimos a Celia Cruz. Estuvimos con ella en la rueda de prensa. Fue una gran experiencia conocer a esa mujer maravillosa, divina, extraordinaria. Ese fue un día muy lindo para nosotros. Esas son cosas que quedan como recuerdos muy gratos. Un recuerdo entrañable que guardo es la primera vez que fuimos para Alemania en 1986. Era la primera vez que yo salía con los muchachos, y me tocó dormir en el suelo, porque había solo tres camas y eran para los tres mayores. Tocaba poner una sábana y dormir. A lo largo de estos años he vivido unas cosas muy lindas.

Miércoles, 17 de agosto de 2016
MIGUEL ÁNGEL BOSCH



HICO
BAR
DIONAL
RESTAURANTE
O CHICO

CORACA

CAMBIO
CHANGE
EXCHANGE
WECHSEL

R

A

Los catiritos y la Guayanesa

Una vez estábamos en Hannover tocando, en la Flor que diseñó Fruto Vivas. Estábamos con Gurruffo y Los Vasallos del Sol. Nos tocaba hacer un concierto, solos, en una plaza buenísima que había allí. Llega una señora y nos dice: “Les tenemos una sorpresa con un grupo de niños” y de repente entró un coro de niños alemanes cantando en español. Aquellos niños han entrado cantando “El papagayo”. A mí me iba a dar un infarto de la emoción escuchando eso, porque qué me iba a imaginar yo que unos catiritos alemanes iban a cantar una canción mía. Son cosas muy bonitas que a uno le ha tocado vivir.

Una vez estábamos en Corato, cerca de Bari, en el sur de Italia, dando un concierto, eso fue en 1981. Allí en ese pueblo había muchos italianos que habían vivido en Venezuela y se habían devuelto con sus familias para Italia. En ese pueblo veías: panadería Caracas, pastelería Guayana, cafetería Maracaibo. Los

nombres de los negocios eran lugares de Venezuela. Ese día era la inauguración de la plaza Andrés Bello.

Resulta que cuando estábamos haciendo el concierto, había una morena en el público que me estaba encandilando con los ojos y estábamos, como llaman en oriente, en un sebo de ojos con la muchacha. Ella me veía y yo la veía, y en eso estuvimos en ese rato, mientras estábamos cantando. Después que terminó el concierto, me acerco adonde está la muchacha y le digo: “Mi vida, es que eres demasiado bella, ¿de dónde eres tú?”. “Yo soy de Ciudad Bolívar, de La Sabanita”, me dice la muchacha llorando y yo le pregunto: “¿Por qué lloras?”. “Es que yo sé que no voy a ir más para Venezuela a menos que me case con un venezolano”, me dijo ella. “Bueno, estamos disponibles”, le contesté. Son las cosas buenas que suceden en los viajes.

Lunes, 26 de septiembre de 2016
IVÁN PÉREZ ROSSI

A pesar de mi amor por la profesión que ejercía, dejé mi trabajo por serenata

El momento en el que Hernán sale de Serenata Guayanesa fue definitivo para nosotros. Yo acababa de renunciar a mi trabajo en Fundacomún, por esos problemas de cambio de gobierno. En aquella época, si estabas trabajando con un gobierno de AD y venían los copeyanos a mandar, estos te echaban vaina, y si era el caso contrario, igualito. Les decía a los dirigentes partidistas, que estaban a mi cargo, que ahí no se venía a hablar de política, porque estaba expresamente prohibido hacer proselitismo político en las instituciones del Estado. Sin embargo, con todos aquellos líos encima y con Serenata haciéndose cada vez más conocida, decidí dejar el trabajo y dedicarme en cuerpo y alma al grupo.

Pasó entonces que Hernán se fue. No había contratos de televisión, no había sueldo ni conciertos y me acababa

de mudar. Fue una situación compleja. Yo llamé a Iván y le dije: "Mira, Iván, puedo estar hasta año y medio sin ganar ni medio pero si en seis meses no recuperamos el grupo busco trabajo porque tengo mujer y dos hijas que mantener". Iván me dijo en ese momento: "No te lo quería decir porque no tengo hijos y tú sí pero vamos a echarle pichón con el grupo". Para mí lo más importante era recuperar la agrupación: "Yo doy la vida por esta vaina", le decía a Iván. Se hizo un gran sacrificio para sacarla adelante. Empezamos a buscar con calma para ver quién sustituiría a Hernán. Fueron sopotocientas personas que vimos. César allá en Ciudad Bolívar e Iván y yo aquí en Caracas. Un día le digo a Iván: "Me voy para Ciudad Bolívar porque César tiene un muchacho por allá". Iván me dice: "También hay un muchachito así y asao que conocimos





en Mérida, ¿te acuerdas?”. Y yo le digo: “Claro, vale”. Entonces Iván me dice: “Bueno, voy a ir a oírlo cantar esta noche, lo voy a jurungar a ver qué tal”. Y bueno, allí está Miguel Ángel más de treinta años después con nosotros.

Una cosa que recuerdo con especial cariño es algo que pasó cuando mi hija Ligia Teresa estaba chiquita, en tercer grado. Resulta que un día llego a la casa y mi esposa me dice: “Te tienen una sorpresa, tu hija anda que no cabe por la puerta. Ya te contará”. Total que cuando nos vemos, la niña me dice: “Hoy en clase de Lengua teníamos que leer un párrafo y la profe dijo: ‘Abran sus libros en la página tal’. ¿Y no sabes? Era la poesía de ‘El niño Simón Bolívar!’”. “¿Y quién la leyó?”, le pregunté, y me respondió: “¡No! La cantamos entre todas”. Ese fue un momento mágico para mí.

Pero así como hubo esos momentos mágicos de compartir con mis hijas, también hubo momentos complicados. En una ocasión nos invitaron a participar en la “Expo Hannover 2000” en

Alemania. Mi hija mayor, Jacquelinnda, concluía sus estudios universitarios y no pude acompañarla en su acto de graduación, lo cual fue doloroso para mí. Pero no había de otra porque Serenata había adquirido el compromiso de representar a Venezuela allá en Alemania. Estando en Hannover hice no sé cuántas llamadas telefónicas a mi casa, en la madrugada, para de alguna manera estar presente en aquel momento tan importante. Y que para mí era particularmente especial. Sin embargo, tuve la satisfacción de ayudar a mi hija a preparar el discurso de grado, pues ella fue la encargada de pronunciarlo.

Por todas estas cosas digo que, para mí, Serenata Guayanesa es amor, porque hay que tener mucho amor para dejar la profesión y hacer tantos sacrificios. A pesar de esto llegó un momento en que dije: “Por Serenata Guayanesa, hago lo que sea”.

Lunes, 8 de marzo de 2017
MAURICIO CASTRO RODRÍGUEZ



Cuatro voces en el latir del pueblo

RAFAEL SALAZAR

La memoria es la mejor guardiana de nuestras querencias. Un pueblo, capaz de atesorar los momentos de su historia, es dueño de su identidad. En el caudal sonoro de nuestra cultura tradicional, que arrastra consigo las

vivencias del colectivo popular, navega con viento franco y a puerto seguro Serenata Guayanesa.

No existe en Venezuela territorio alguno que esta agrupación no haya abarcado en la búsqueda de los sonidos



esenciales de la Patria, preservados a través de siglos por nuestros cultores y sus saberes ancestrales. Pero esos sonidos, conservados apenas como supervivencia de la cultura regional, tenían la urgencia de salir de sus raíces para convertirse en el árbol sonoro del pueblo venezolano. Y allí, en ese hermoso proceso dialéctico de indagación y difusión de la música popular venezolana,

Serenata Guayanesa ha sido fiel militante de nuestra memoria cultural.

Todo comenzó en 1971, con el sueño de cuatro jóvenes amantes de la música que, en un comienzo, juntaron sus voces para arrullar las noches angostureñas bajo los vetustos ventanales que guardaban la ilusión de aquellas muchachas, hechizadas por el influjo del amor.



Luego vino la Navidad, el tiempo más hermoso de fe colectiva, que toma como símbolo el nacimiento del Niño Dios y que motiva el reencuentro familiar para hacer votos de prosperidad por el año venidero. Y en esa manifestación popular, este cuarteto juvenil decide formar, en Ciudad Bolívar, la agrupación musical Los Gaiteros de la Plaza Miranda.

Quedaban aún en la memoria colectiva las armonías y travesuras contrapuntísticas sembradas por el afamado quinteto Contrapunto, entre 1963 y 1971, al haber transformado la historia vocal venezolana inspirada en las canciones genuinas de nuestro pueblo. De ese venero sonoro abrevó Serenata Guayanesa, impulsada por César e Iván Pérez Rossi, Hernán Gamboa y Mauricio Castro, comprometida desde ese entonces con el hacer musical de la Patria y su gente.

En el empeño de divulgar los sedimentos sonoros aprehendidos del saber popular, florecieron innumerables conciertos nacionales e internacionales

que consolidaron el crecimiento artístico del grupo.

En 1984 se incorpora al grupo Miguel Ángel Bosch, quien provenía con su valiosa experiencia de los Andes como integrante del grupo Raíces y del cuarteto Pueblo.

Lo demás es historia más o menos conocida. En este acopio musical, de investigación y divulgación a un mismo tiempo, Serenata Guayanesa asume las principales formas musicales del país, para darlas a conocer en el ámbito nacional e internacional. El calipso, el vals y las diversiones guayanesas; los aires andaluces de nuestro oriente –polo, fulía, jota, gaita y galerón–; los sones afrovenezolanos de San Juan Bautista, como el sangueo y los golpes de la Costa Central; la reciedumbre de nuestros joropos llaneros; la quietud sonora del bambuco andino y la habanera; la picaresca rítmica y temática del merengue caraqueño; las formas múltiples de la gaita zuliana, en especial la de furro y de tambora; la armonía de instrumentos de cuerdas y voces que caracteriza

a los golpes larense y de la sierra falconiana; y, en fin, todos los sonidos que arropa el espectro musical venezolano fueron asumidos y divulgados con maestría por Serenata Guayanesa, patrimonio cultural de Venezuela.

Pero si bien todo este trabajo justifica el reconocimiento por la labor artística y social de esta agrupación, creemos que su obra más importante ha sido el haberle brindado a nuestros niños un nuevo y valioso repertorio infantil, de esencia nacional, como complemento de aquellos sonidos de tradición hispánica que fueron preservados por nuestras madres, abuelas y maestras, las heroínas silentes de nuestra identidad inicial.

Ante tanta música comercial de mala factura, carente de valores estéticos, sonoros y poéticos, debemos celebrar la vigencia de Serenata Guayanesa, en sus 45 años, porque ha sido y seguirá siendo un oasis de la cultura nacional, para honrar a la otra Venezuela que aspira transitar con pasos propios, en compañía de poetas, narradores, compositores,

cultores, artistas plásticos y del mundo audiovisual, a fin de aliviar la carga del desarraigo que llevamos a cuestas y hacer más grata la compañía en esa lucha permanente por alcanzar “el mundo dorado” de la sabiduría y la igualdad social, como dijera Cervantes en la lucidez de sus locuras quijotescas.

Lunes, 31 de octubre de 2016





Ese concierto es irrepetible

Yo creo que ese concierto de los 25 años de Serenata nos seré pitemás. Quien se encargó de ese concierto fue Miguel Ángel. Ahí cantó Vidal Colmenares, Cristóbal Jimenez (ellos dos hicieron un contrapunteo), cantó Neguito Borjas, Ricardo Cepeda, Cecilia Todd, Gualberto Ibarreto, el negro Francisco Pacheco, Gurruffó, entre otros.

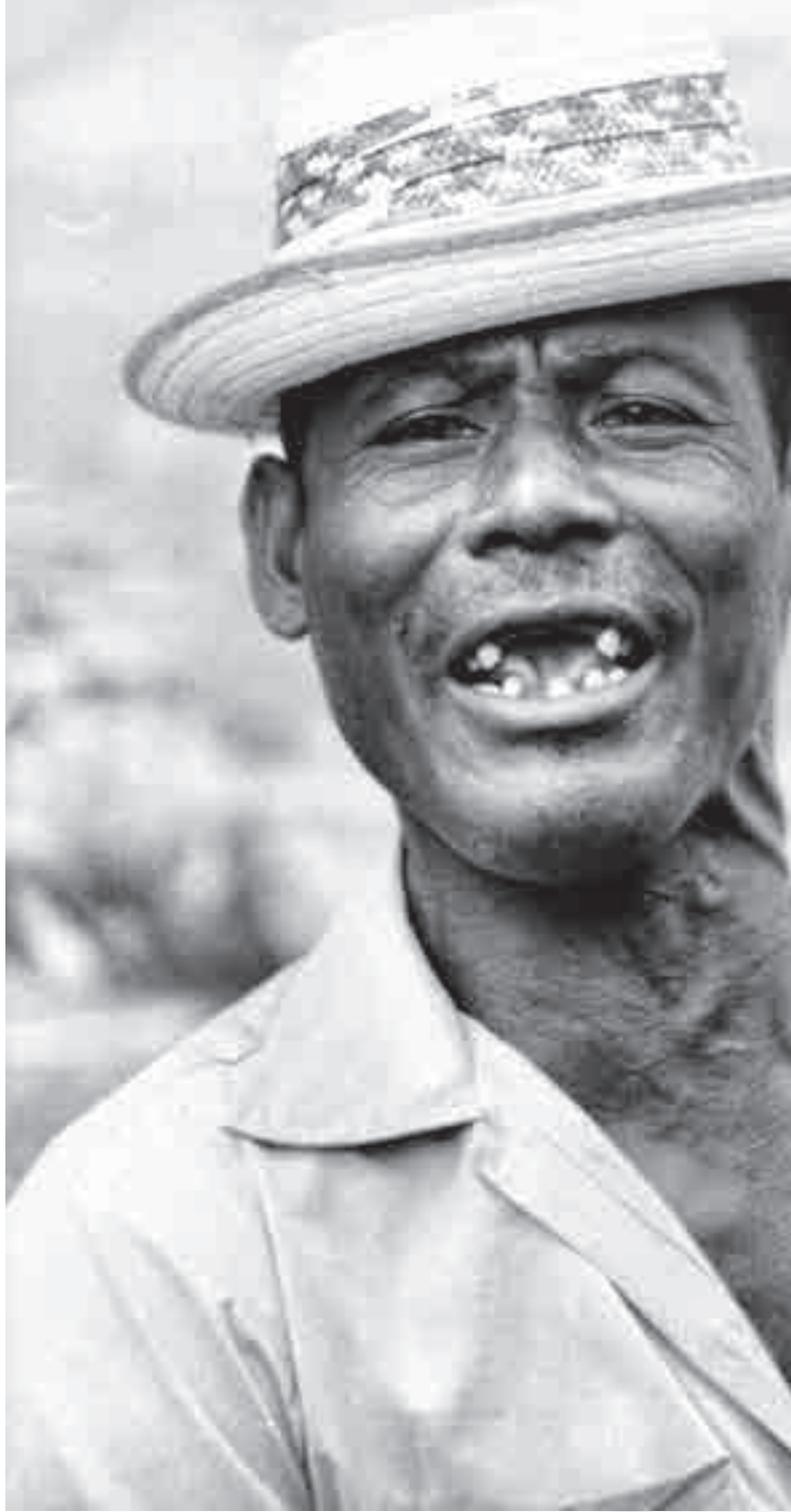
Me acuerdo cuando estábamos montando el espectáculo un día, en la oficina nuestra, y le digo a Francisco Pacheco: "Mira, yo no quiero que tú cantes golpes de tambor, parrandas, nada de eso. Quiero que arranques con una sirena". La sirena es un género que se conoce poco y le dije a Francisco: "Quiero que tú me grabes una sirena para aprenderme la forma del canto porque quiero cantar una sirena contigo". Me atreví a cantarla, él me la grabó y me atreví. Le dije: "Vas a cantar una sirena y un vals de un compositor

guayanés Manuel Yáñez". Nos habíamos encontrado a Manuel en un concierto en Ciudad Bolívar y nos cantó "Viajera del río", *a cappella* porque no tenía ni un cuatro, se acompañó llevando el ritmo dándole a la mesa. Manuel nos enseñó aquel vals tan hermoso y nos volvimos locos con esa canción.

Entonces le dije a Manuel: "Me parece que la letra tiene unos errores. No te pongas a darle esas canciones a nadie sin que te las revisen antes. Deberías modificar algunas cosas. Aquí, por ejemplo, cuando dices 'que bajaba el río' me parece que pudieras poner 'perfumando el río', y queda mejor". Le hice ese y uno que otro pequeño cambio para mejorarle su canción a Manuel, sin embargo, nunca le he dicho a nadie acerca de esas modificaciones a "Viajera del río" porque esos créditos son de Manuel y de más nadie, esa es su canción. Una de las más hermosas



que se han escrito en este país. Le dijimos al negro Francisco Pacheco: "Vas a cantar esa canción con nosotros" y cuando el negro oyó aquello dijo: "¡Virgen santísima! ¡Eso es una maravilla, chico!". Y esa fue la canción éxito de ese concierto. Ese fue un concierto que duró cuatro horas. Ahí estaban las figuras más notables de la música. Eso es una cosa irrepetible.





Dónde están los cantadores que estaban aquí cantando

Nosotros estuvimos viajando a los estados Sucre y Monagas, buscando cantadores de estribillo porque estábamos aprendiendo a cantar este género. Queríamos saber cómo se improvisaba en el cotorriao⁵. Estuvimos, desde octubre de 1976 hasta marzo de 1977, viajando constantemente para oriente. Fuimos a San Antonio del Golfo, a Cariaco, a Cumanacoa; llegamos incluso hasta Carúpano oyendo cantadores, para ir aprendiendo los secretos del joropo estribillo. Estuvimos esos seis meses yendo casi todos los fines de semana para allá hasta que empezamos a mejorar.

5 Forma de improvisación que se estila en el joropo estribillo en la que el cantador va diciendo frases de manera muy rápida. De allí el nombre por semejanza con el canto de la cotorra.

Al principio, todos esos cantadores de oriente se reían de nosotros, hasta que les agarramos el pie, los trajimos para Caracas y ellos nos empezaron a respetar. Conocimos a Perucho Cova, uno de los maestros de la cuereta; a Bertha Vargas, cantadora de malagueñas y cantos de pilón; a Chelé Romero; conocimos también a Cruz Quinal, “el Hermano del Boxeador” decía él, el rey del bandolín morocho. Compartimos también con la gran cantora cumanesa María Rodríguez. Aunque a María la conocía de la época que estuve estudiando en Cumaná a finales de los años sesenta. Recuerdo que en esa época María organizaba la comparsa de “La mariposa”.

Lunes, 8 de marzo de 2017
MAURICIO CASTRO RODRÍGUEZ

Aquel cuarto de siglo

GUILLERMO DE LEÓN CALLES

Había transcurrido justo un lustro desde aquella vez en que nuestra “Si la Tierra Tierra fuera” resultó exaltada por el talento musical de Miguel Angel Bosch y privilegiada por la totalidad de las voces de quienes fueran, bautizados por el padre río, “los muchachos de la plaza Miranda”, amparados por las composiciones de Alejandro Vargas, en una Ciudad Bolívar que no quería deshacerse de su Angostura. De pronto la Ríos Reina del Teresa Carreño reinvidicó en el fondo de su escenario la luna llena que bañaba la imagen de Hernán Gamboa, mientras Cheo Hurtado, discípulo de alto rango del eminente cuatrista, rasgaba su instrumento con apego a la fidelidad que amerita tal herencia. Un caudal de aplausos, emulando la fuerza del Orinoco, escoltó la presencia del maestro Pedro León Zapata, quien destacó la atipicidad de que se

celebrara un cuarto de siglo por parte de una institución, cuando en el país persistía la fragilidad de la memoria colectiva. Todo un despliegue de luminosidad, que encuadraba los estrenos de “Viajera del río”, mientras su compositor, el humilde Manuel Yáñez, contemplaba cómo se alojaba su creación en la sensibilidad de Francisco Pacheco y de “Mi caballito”, que se hizo nuestro cuando el inmortal Simón Díaz lo puso a cabalgar por las sabanas del alma allí multiplicada.

Aquella noche en que el humor en serio de Laureano Márquez fue sucedido por la genialidad de Emilio Lovera, cantando como canta la celebrada cumpleañosera, discurrió todo un patrimonio musical muy nuestro, cuando Ricardo Cepeda y Neguito Borjas vertieron en la escena sus lacustres gaitas y María Teresa Chacín navegaba en el

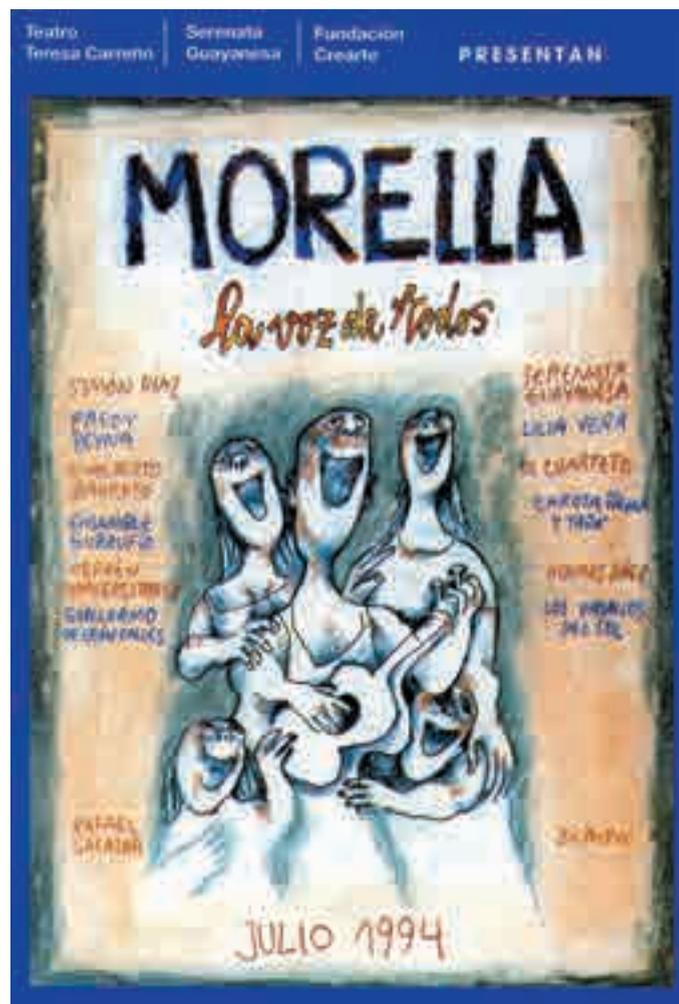
azul a través de un polo margariteño. Comenzó a oler a mastranto en los momentos en que Cristóbal Jiménez, Ismael Querales y Vidal Colmenares lo destilaron desde sus manos y sus gargantas, mientras contábamos con la majestuosidad vocal de Gualberto Ibarreto y las excepcionales interpretaciones de El Cuarteto. En cada espacio de nuestro escenario del recuerdo palpitan aún los cantos del Orfeón

Universitario y del virtuosismo corporal de los Vasallos del Sol. Una noche, otra noche, y un mediodía en que mi gratitud renace cada vez que siento que “Mañana es septiembre”, la que gracias a la generosidad de Serenata Guayanesa, tan de ellos como mía, han hecho que este relato poético, cuando nuestros cabellos ya andan teñidos con tiza, vuelva a abrir a cada momento los remotos portones de la escuela.



Morella, la voz de todos

En 1994 hicimos un espectáculo para recoger fondos para Morella Muñoz. Eso fue cuando le dio el ACV (accidente cerebro vascular). En esa ocasión, en vista de la situación de salud de ella, dijimos: "Vamos a hacer un concierto para Morella, que está muy delicada". José Antonio Abreu, que para ese momento era el ministro de Cultura, después que le dio el ACV, la dejó sola. Prácticamente no le brindó ningún apoyo y eso que ella era asesora para la cultura popular del Ministerio de la Cultura. Tuvimos nosotros que pagar para llevarla a Cuba. Morella estaba en el hospital Pérez Carreño, en el piso nueve, en unas condiciones horribles. Era muy triste verla así. Fue cuando tuvimos esa idea de recaudar fondos. Y acordamos que haríamos tres conciertos y cada uno de los artistas participantes cobraría un solo concierto, el resto era para Morella. Y todo ese poco de artistas estuvo de acuerdo. Zapata fue el presentador, hizo un afiche





excelente: MORELLA MUÑOZ: LA VOZ DE TODOS.

Después que yo canté (recuerdo que ahí estaba, por cierto, Rafael Caldera con su esposa, cuando ni soñaba ser Presidente), dije: “Me parece muy bien que nos hayan invitado para ayudar a Morella y todos hayamos dicho presente. Pero, ¿por qué tenemos que recoger dinero nosotros para Morella Muñoz? ¿Por qué tenemos que hacer esto? ¿Por qué tenemos que llegar a esta vaina? Esto no es posible, se supone que el Estado proveerá a sus hijos ilustres y sus artistas de la ayuda necesaria en caso de requerirla. ¿Y dónde está el Ministerio de la Cultura?”. Me acuerdo de que en aquella época estaban saliendo los celulares, los llamados

ladrillos. Inmediatamente José Antonio Abreu llamó a Gunilla, la hija mayor de Morella, y le dijo: “¡Cómo es posible que Iván Pérez Rossi diga eso y ante el doctor Caldera. Yo quiero que me acompañes el lunes a hablar con el presidente Pérez para desmentir eso!”. Y Gunilla le dijo: “Pero, espérate, si estamos haciendo esto es porque mi mamá no tiene recursos para recuperar la salud”. El carajo quería que Gunilla lo acompañara ese lunes a desmentir lo que yo estaba diciendo. Ese concierto fue tan bueno como el de los 25 años de Serenata Guayanesa. Fueron los dos mejores conciertos que hemos hecho en el Teresa Carreño.

Lunes, 26 de septiembre de 2016
IVÁN PÉREZ ROSSI







Bendito sea yo, caramba, bendito sea yo, Dios mío

Conocí a Perucho Cova, incluso estuve en su ranchito allá en Campoma, allá en el estado Sucre. Daba dolor ver las condiciones en las que vivía aquella gente. Condiciones infrahumanas, con piso de tierra y sin baño. También conocimos a Bertha Vargas, a Chelé Romero, Fausto Salazar. Estuvimos también varias veces en la casa de Cruz Quinal, en San Lorenzo cerca de Cumanacoa.

Los primeros que grabamos joropo estribillo en este país fuimos nosotros. Había un disco, que estaba grabando Domingo Mendoza, que se llamaba *País y música* en 1971, para el Ministerio de Educación. Era ministro de Educación Pérez Olivares, copeyano. Eso fue en el primer gobierno de Caldera. Domingo Mendoza era el bajo del quinteto Contrapunto y era un gran conecedor de la música popular. Así que hizo una colección de diez discos que se llamaba *País y música* y en esa

colección grabó Perucho Cova, y ahí fue donde lo conocimos.

Cuando Perucho venía para Caracas llegaba a la casa de un médico amigo nuestro, el doctor Oscar Montes, porque Domingo le encasquetaba Perucho a Oscar, y también todos esos músicos que venían de allá de Campoma, estado Sucre: Chelé Romero, Crispín Maya, Fausto Salazar.

Nosotros ya teníamos una idea de lo que era el estribillo, pero cuando conocimos a toda esa gente, reforzamos lo que sabíamos. Y aunque el estribillo lo grabamos en 1975, ya desde 1971 lo conocíamos bastante. En esa época hicimos unos programas televisivos con Isa Dobles. En esos programas estaban Hernán Marín, Gualberto y toda esa gente de Sucre que eran la mata del joropo estribillo.

Lunes, 26 de septiembre de 2016
IVÁN PÉREZ ROSSI

Al oriente, juventud

En el año 2012 nos invitaron a cantar en la Universidad de Oriente, en Cumaná. En pleno concierto estaba César conversando en el intermedio entre canción y canción y yo estaba distraído hablando con Chuito Rengel y de repente César dice: "Verdad, Morito, que tú estudiaste aquí en la UDO", y le digo: "Bueno, sí" y sin pensar qué iba a agregar, porque César me había agarrado descuidado, añadó: "Recuerdo mucho la época en que estudié aquí en Cumaná, donde tengo muy buenos amigos. Y lamentablemente por cosas de la vida no pude continuar la carrera de Medicina aquí y me tuve

que marchar a Caracas, pero dejé muchos amigos. Tengo muchos recuerdos de cuando estudié aquí, pero hay un recuerdo que no se me quita de la mente, un recuerdo que siempre llevo en mi corazón y es uno que dice así: "Al oriente, juventud, acercaos, juventud, al oriente, caminad, caminad a la puerta triunfal de la casa, la casa más alta, la casa que vierte su Orinoco de luz torrencial". Y empecé a cantar el himno de la UDO. Eso fue un momento realmente emotivo.

Lunes, 8 de marzo de 2017
MAURICIO CASTRO RODRÍGUEZ



Por la música conocerás la esencia de los pueblos

A mí me gusta la música que hacen los pueblos, yo amo a los países por su música. Yo amo a Argentina por la cantidad de música extraordinaria que hay allá. Tenemos, por ejemplo, a Eduardo Falú, un gran artista argentino que tocaba guitarra clásica y además cantaba y componía. Tuve la suerte de cantar con él allá en Cosquín, Argentina. También me fascina la música negra del Perú y los valeses de allá. Hay una cantante de mi infancia: María de Jesús Vásquez, que cantaba “El plebeyo”. Esa señora tenía una voz extraordinaria. De Colombia me gustan mucho los bambucos y los torbellinos. Está por ejemplo el vallenato de Escalona, que es de la época en que la música vallenata era con guitarra y no con acordeón. Esa canción, “La casa en el aire” es de una imaginación extraordinaria: “Voy a hacer para ti una

casa en el aire, solamente para que vivas tú, y allí pondré un letrero bien grande con nubes blancas que diga andaluz (...) Cuando Andaluz sea señorita y alguno le quiera hablar de amor, el tipo tiene que ser aviador para que pueda hacerle la visita, el tipo tiene que ser aviador para que pueda hacerle la visita”. ¡Esa vaina es una maravilla! Tenemos también el pasillo ecuatoriano y toda esa música latinoamericana tan extraordinaria. Claro, aquí tenemos a Otilio Galindez, a Henry Martínez y a Simón Díaz, por ejemplo, que son compositores de altísima calidad.

Está también la música cubana que es interminable. En Brasil está Jacobo Bandolim que es un músico de una sensibilidad sublime. Una vez le pregunté al pianista de Zimbo Trío, quien era el músico popular más importante de Brasil, y sin pestañear me dijo:

“Jacob do Bandolim”. Es imposible escuchar a Jacob y no amar a Brasil. Y cuando voy para un país, lo que hago es comprar discos. Me encanta también el Kyrie eleison de Beethoven... Y me fascina Juan Luis Guerra, como cantante, como compositor, como arreglista es excelente, se perdió la dimensión de lo que es Juan Luis... El Aleluya de Beethoven es para morirse... La música campesina cubana... En fin, es mucha la música y definitivamente uno termina amando a los pueblos por su música.

Lunes, 26 de septiembre de 2016
IVÁN PÉREZ ROSSI



Serenata Guayanesa es pasión, esfuerzo, amor

Cheo Hurtado ha sido un ejemplo con la siembra del cuatro. Ha hecho un trabajo importantísimo. De ahí han salido grandes cuatristas como los muchachos de C4 Trío. Ese trabajo todavía no ha sido reconocido en su justa dimensión. Hay una deuda con Cheo. El país tiene una deuda también con Gualberto Ibarreto, con Francisco Pacheco porque eso es la nacionalidad, la nacionalidad no son unos límites y la bandera, el himno, ¡no! El verdadero país está en el afecto que se expresa a través de la música. La nacionalidad es toda esa gente que ha hecho música: Alejandro Vargas, Armando Molero, Luis Mariano Rivera, María Rodríguez, Cruz Quinal, Anselmo López, don Pío Alvarado, el quinteto Contrapunto, en fin, muchísima gente... ese es el verdadero país. ¡Esos son los que forman el país!

Lunes, 26 de septiembre de 2016
IVÁN PÉREZ ROSSI





El primer día es cuando se demuestra de lo que se está hecho

Hay un personaje que nosotros quisimos mucho, el doctor Oscar Montes, que era un médico de Ciudad Bolívar, padre de Alfonso Montes. Alfonso y su esposa Irina Kircher son extraordinarios guitarristas con los cuales hemos compartido el escenario. Cuando nosotros éramos muchachos, el doctor Oscar nos perseguía y su carro, que era un Mercedes Benz chiquitico; eso era un bar ambulante, allí preparábamos guarapitas y cocteles. Él andaba mucho con nosotros porque a veces le íbamos a dar serenata a alguna de sus amigas.

Quando ya Serenata estaba más consolidada, y tocábamos, por ejemplo, en el teatro Teresa Carreño, él siempre era nuestro invitado especial.

Nosotros siempre le preguntábamos: “¿Cuándo quieres ir?” y el nos decía siempre: “El primer día”, y al año siguiente lo mismo: “El primer día”. En una ocasión, que estábamos compartiendo, le pregunté: “¿Por qué el primer día, y no el segundo o el tercero?”. A lo que respondió: “Es que el primer día es cuando la adrenalina está a millón y el artista demuestra realmente cuán valioso es. El primer día es prácticamente el ensayo general del evento porque es muy difícil”. Oscar nos enseñó mucho. Le teníamos un gran cariño y un gran respeto y él a nosotros.

Lunes, 8 de marzo de 2017

MAURICIO CASTRO RODRÍGUEZ

El muchacho de El Tigre que se convirtió en “el quinto serenato”

Como ocurre con las leyendas que se pierden en el tiempo, cierta mañana, de cierto día, de cierto año, un muchacho de El Tigre tuvo el privilegio de integrar, por primera vez, uno de los grupos más emblemáticos de Venezuela, convirtiéndose en un “serenato” más (nombre con el que Cecilia Todd bautizó a cada uno de los muchachos del Orinoco). Cuentan los que saben que Caja Seca, por allá por el Zulia y muy cerca de la frontera con Trujillo, fue testigo de la primera ocasión en que el joven Sabin se montó en una tarima para cantar con Serenata Guayanesa, correspondiéndole sustituir a Iván.

Aquel día marcaría el inicio de una trayectoria de más de treinta años sirviendo como apagafuegos, utility de lujo que no ha hecho sino enriquecer con su sapiencia musical las presentaciones de la agrupación en las que ha tenido el privilegio de actuar (y para Serenata

también ha sido un privilegio tenerlo en escena con ellos a través de tantos años). Por supuesto, en aquella época el grupo, con algo de trayectoria recorrida, era uno de los más innovadores e imaginativos de la música tradicional venezolana. Varios discos grabados daban fe de que los serenateros del Orinoco poseían una fuerza musical inculcable y que sin duda, desde aquellos años ochenta, ya tenían el estatus de estrellas de nuestra música.

Así las cosas, este muchacho, nacido entre balancines y sembradíos de maní y patilla en aquella joven ciudad petrolera de El Tigre, se enfrentó por primera vez a la responsabilidad de sustituir a uno de los serenateros de Ciudad Bolívar. La tarea no pintó nada fácil, mas el joven Sabin, con todo el ímpetu y la determinación de sus antepasados vascos, estaba tranquilo para acometer aquella empresa. Solo la emoción de subirse

a una tarima con aquellos maestros le perturbaba un poco, pero aquella agitación natural, de la que no puede prescindir ningún músico a la hora de montarse en un escenario, aquella inquietud sabrosa solo pudo ser motor para hacer mejor su trabajo musical. Quizás Sabin había pasado, sin saberlo, muchos años preparándose para aquel momento mágico.

Sabin Josu Aranaga Seguin había nacido en la ciudad de El Tigre, estado Anzoátegui, en 1961. Sus padres eran inmigrantes procedentes de Euskadi (País Vasco, España) que se habían residenciado en la calle Ayacucho, quinta Gure Kayola, del sector La Charneca. Su



infancia transcurriría entre el fútbol y la música. Como joven futbolista habría de representar a Anzoátegui y a Venezuela en diversas competencias. En la música daría sus primeros pasos de la mano de su padre, don Javier Aranaga, director de coros y guitarrista clásico. Luego, en su adolescencia, recibiría enseñanzas de grandes maestros como Tobías Álvarez, Cosmito Villarroel, José Tadeo Planchart, Jesús Mata, Chuíto Almeida, el padre Raúl Benedetti, Enrique Hidalgo, el gran maestro Carmito Gamboa y de su amigo y tutor Atilio Mazarry, una especie de padre musical de quien aprendería armonías vocales y técnicas musicales. En 1985 iniciaría sus estudios musicales en Caracas en la fundación Inrodiac y en la escuela de música José Ángel Lamas. Allí formaría parte de diversas agrupaciones corales. También se destacaría como director de varios grupos musicales, tal es el caso de: Grupo Melodyas, Grupo Klassic, Hermanos Aranaga, Grupo Experimental El Tigre, el Trabuco Oriental, Grupo Sibemol, Grupo Araya, Grupo Botija y Grupo Cantamor.

Durante veinticinco años se ha desempeñado como profesor de música, siendo también destacada su labor como jurado y asesor en diversos festivales musicales. Todo ello le ha hecho acreedor de reconocimientos que enaltecen con sencillez su labor artística y cultural. Los años solo han servido para que Sabin continúe su preparación y sus estudios musicales. En todo este tiempo no ha hecho sino seguir adquiriendo nuevos conocimientos y técnicas.

Después de aquel primer día cargado de emoción, compromiso y mística musical, Sabin ha compartido muchas veces más con los muchachos de Serenata. Y en ese compartir de música y experiencias, Sabin se ha ido haciendo parte también de Serenata Guayanesa. Como los buenos pitchers de relevo, ha sabido llegar en momentos de presión para liquidar con sus rectas musicales los inning más complicados. Sabin ha sido una especie de sobrino todoterreno que nunca deja morir al grupo. Desde niño había pasado largas horas encerrado en su cuarto practicando lo que veía

hacer a su ídolo: Hernán Gamboa. Aquel niño se maravillaba por las cosas que Hernán hacía con el cuatro. Habiendo nacido en San Tomé, Hernán visitaba con frecuencia El Tigre y muchas veces se presentaba en la tasca del hotel Caribe (perteneciente al tío de Sabin, Clemente “el Vasco” Aranaga). Sabin vio en este lugar no solo a Hernán, sino que también vería desfilar por allí a grandes intérpretes de nuestra música como Gualberto Ibarreto, María Teresa Chacín y a muchos otros maestros de la música tradicional venezolana. El gusanito de la música estaba allí carcomiendo sus ganas de ser artista. Compartir con todos aquellos monstruos de nuestra música tradicional fue cimentando las bases de lo que sería el futuro de aquel catirito de El Tigre.

Cada vez que Sabin ha sido convocado para arremeter en la tarima con Serenata Guayanesa, lo ha sabido hacer con una mística y una musicalidad increíbles. Le ha correspondido sustituir, en distintas ocasiones, a los cuatro:

a Iván, a Mauricio, a Miguel Ángel y a César. Sin duda, una tarea nada fácil.

Este tremendo músico llamado Sabin Aranaga no ha dejado de estar presente en estos primeros 45 años. Esperemos que, para los que vienen, siga estando presente llevando la voz cantante cada vez que haga falta, porque finalmente Sabin es el quinto serenato.



Eso que siento: Serenata Guayanesa

MARIANA LIBERTAD SUÁREZ

Eran las seis de la tarde en Lima, la capital de Perú, en un día terriblemente caluroso. La humedad superaba el 80%, volví de trabajar agotada, malhumorada y empapada de sudor. Dejé correr el agua de la ducha y me dediqué a buscar una lista de reproducción de música venezolana, seleccioné la primera que vi y, con un cuatro de fondo, me metí a bañar. Mientras Francisco Pacheco cantaba una hermosa versión de “Viajera del río”, yo me mojaba la cabeza ardida y agarraba, ya más serena, la pastilla de jabón; mientras Miguel Ángel Bosch hacía recitar sus cuerdas, yo me enjabonaba con calma; cuando escuché a Iván Pérez Rossi decir que “La sapa estaba pariendo...”, no pude evitar sonreír. Se me pobló la cabeza de recuerdos, me imaginé caminando en ese espacio de mi escuela en el que solíamos hacer los bailes y las obras de

teatro; pensé en la cara de mis compañeros de entonces, ahora amigos entrañables; me vino de la nada la voz del profesor encargado de las coreografías, al que todos llamábamos Terry; la cara de Victoria Estévez, la profe de música; y la infancia atravesada por calipsos y merengues venezolanos.

La memoria emotiva estaba haciendo de las suyas, por eso no le presté demasiada atención al llanto que comenzó mientras me envolvía en la toalla y me desenredaba el cabello. Desde hacía algunos minutos, quizás desde que había cerrado la llave de la regadera, estaba oyendo la música sin escucharla, por eso no me había percatado de que en ese instante yo lloraba por una pérdida irreparable de la música venezolana. Había empezado a sonar “Caracha, Simón, caracha”, la canción con que Serenata Guayanesa

homenajea a Simón Díaz. Una vez más, el contrapunteo de esas cuatro voces lograba condensar en unos pocos minutos las emociones compartidas por millones de compatriotas. Con el esmero y el compromiso que ha caracterizado su trabajo por más de cuatro décadas, Mauricio Castro, Miguel Ángel Bosch, César e Iván Pérez Rossi volvían a dejarme claro que eso de ser venezolano es un asunto serio del que nunca, ni viviendo a cuatro mil kilómetros de casa, se puede escapar.

La pregunta se me clavó entonces entre ceja y ceja: ¿qué siento cuando

escucho Serenata Guayanesa?, ¿qué es eso que me pasa cuando armonizan cuatro voces en apariencia independientes y dicen la infancia, la memoria y el porvenir? En principio, sería justo reconocer que algunos temas me ayudan a recuperar mi historia personal. Por ejemplo, esa canción titulada “El caimán” –a la que toda mi vida llamé “Julián”– me lleva al asiento vinotinto de una rancheira beige, en un Domingo de Ramos de los años ochenta. Sé que eran las cinco o seis de la tarde, porque recuerdo que casi no había luz de sol. Llegábamos a Ciudad Bolívar para seguir rumbo a



Guasipati. Cuando comenzamos a atravesar el puente, aunque había visto el Orinoco muchas veces, me percaté de toda la inmensidad de uno de los ríos más caudalosos del mundo.

Seis o siete años más tarde, a mis catorce, escuché por primera vez la historia de una mamá que le decía a su hijo: “Si quieres ir a nadar, ten mucho cuida’o, Julián, porque el río está crecido y en la laja sale un caimán”. Traté entonces de entender cómo era posible que ese muchacho se hubiera atrevido a bañarse en las aguas del Orinoco, en ese torrente sin fin que me seguiría impresionando hasta mi vida adulta. Mi miedo no eran los caimanes, tal vez porque hasta entonces no había visto cara a cara a ninguno, sino la conciencia, adquirida pocos años antes, de que había nacido y crecido rodeada por la naturaleza insondable de nuestro país y que si bien hacerle frente podía ser fascinante y divertido, también podía ser atemorizante.

El juego de voces con su “que viene, viene, viene el caimán” narraba

perfectamente la persecución, los gritos de la madre y la angustia de Julián. Todo se resolvía en un chiste: el muchacho alcanzaba la orilla y se libraba de la muerte, pero no de la pela que le esperaba en casa. Quizás lo más asombroso de la canción era la plasticidad de las voces, es decir, la forma cómo los graves y los agudos, más allá de la bellísima letra, daban esa idea de huida, dibujaban los gestos de la madre que le rogaba a la Virgen y los movimientos del niño que lograba caminar a contraflujo.

Precisamente ahí, en esa confluencia de sonidos que cuentan, reside otro episodio de mi niñez. En 1982, cuando tenía ocho años, vi un concierto en televisión en el que –entre muchas otras canciones– Serenata Guayanesa interpretó “La pulga y el piojo”. Era, y en muchos sentidos sigue siendo, fascinante ver cómo para estos músicos hasta el juego infantil era algo serio. La rigurosidad de las voces de los personajes, en especial la pereza de César Pérez Rossi y la gata de Hernán Gamboa

me animaron a memorizar la canción a como diera lugar. Es cierto, por mi edad, nunca presencié un concierto de Serenata Guayanesa en el que no estuviera presente ese extraordinario músico llamado Miguel Ángel Bosch; sin embargo, debo confesar que maullar así, exactamente como la gata del disco grabado de 1991, es una de las cosas que siempre hubiera querido hacer en público.

No me tocó y sé que es raro, representar “La pulga y el piojo” cuando estudiaba primaria. Digo que es raro porque creo que ni siquiera los mismos músicos de Serenata Guayanesa, cuando grabaron esta canción, esperaban que se convirtiera en un acto casi obligado en todas las escuelas del país; a pesar de ello, he visto decenas de representaciones en las que niños de toda Venezuela disfrutaban, se ríen y aprenden a narrar con un contrapunteo



de fondo, caracterizan animales al ritmo del cuatro y se divierten haciendo hablar al cocuyo, al ratón, a la vaca, al gorgojo, a la rana y a todos los invitados a la boda.

Y es que otro punto que se debe destacar es esa maravilla de decir oralmente. Hablar la cultura es otra de las experiencias que vivo cuando oigo las letras de Serenata. Yo que muchas veces tuve que traducir mi vocabulario del guayanés que se usaba en casa

al caraqueño de la calle, que llamaba “nodriza” al “imperdible”, “aseo” al “basurero” y que “cambimbeaba” con mis amigos cuando salía de clases, siento una enorme satisfacción al escuchar cómo habla Guayana en tantas creaciones poéticas. Son, además de canciones, documentos que recogen las expresiones orales de una región cuya riqueza histórica se evidencia en las palabras.



Cuando se cuenta en “San Rafael” que al salir a pescar, en el río abundaba “el coporo, el bagre tigre, la doncella y la sapoara”, que, remontando el Caroní, se atravesó “un laulau, un valentón, un pájaro, tres payaras” y que, finalmente, los pescadores se dieron banquete con un “guiso de cachama”, además de realizar un paseo por la gastronomía de toda la región, se está dejando un testimonio del habla. Guayana también es lo que come y las palabras con las que define cada elaboración culinaria.

La comida y sus nombres son, sin duda, una importante marca de identidad que Serenata Guayanesa se encarga de enaltecer y rodear de historia. No solo se trata de comer y de bautizar los platos, sino también –y sobre todo– de recordar la carga simbólica de esas preparaciones. Cuando hablan de la sapoara dicen Bosch, Castro y los Pérez Rossi que: “Hay un dicho popular que quien coma la cabeza de este sabroso animal se casa con una guayanesa”, luego añaden: “¡Cómo me gusta una negra que vive en el Temblador!

Yo quiero comer sapoara pa’ que me embriague de amor”. Una vez más expresan pasiones universales, pero se encargan de delimitar cómo se experimentan en nuestro pedacito de mundo.

Así, en este intento de explicar qué siento cuando oigo Serenata Guayanesa, me es imposible evitar que los amores y desamores en los que sus discos me han acompañado me vuelvan a la memoria. La versión de “La manta de tres colores”, por ejemplo, es una muy bien lograda reapropiación de un ritmo que si bien no es en su origen venezolano, suena a Guayana cuando ellos lo interpretan: “Y llorando por tu olvido, mi corazón ya no canta” expresan, con esos matices que convierten cualquier melodía en nacional. Pasa otro tanto con “Receta de amor”, esa combinación de imágenes y formas de querer que saben a Venezuela: “Sobre un lecho de azucenas, mezclar tu piel y mi piel, untados de luna llena y hierbabuena con aguamiel. Sobre tu ropa empapada, saciar tu sed de mi sed, macerar la madrugada con nuez moscada y con laurel”.

De nuevo escucho el tema, por quinta o sexta vez consecutiva, pienso entonces que tal vez lo más adecuado no es preguntarme qué siento cuando oigo Serenata Guayanesa, sino cómo me enseñaron a hablar, a bailar, a decir y a comer estos cuatro músicos excepcionales; lo justo sería reflexionar sobre cómo se llama esa forma de amar que está en cada letra, en cada disco, en cada uno de los conciertos que han dado en los últimos 45 años y, bueno, aunque parezca difícil agrupar bajo una sola palabra eso que es a la vez memoria y nostalgia, admiración, amor y arraigo infinito, no me toma demasiado tiempo hacerlo, porque hace más de cuatro décadas Hernán Gamboa, Mauricio Castro, César e Iván Pérez Rossi le dieron nombre; porque desde hace más de tres, Miguel Ángel Bosch nos lo recuerda a diario. Se llama Serenata Guayanesa, es una maravilla musical y nos pertenece a todos los venezolanos.

¡Feliz cumpleaños!









CRONOLOGÍA

1971

En una casa del Oasis de la Plaza Miranda comienza a gestarse todo entre cantos, utopías y alegres parrandones. Así, lo que tenía ya varios años haciéndose, se plasmó en un primer disco institucional donde la música guayanesa fue protagonista.

1972

Con el grupo conformado ya ese mismo año graban su segundo disco, que sería el primero de tipo comercial y llamado simplemente *Serenata Guayanesa*. Nadie tenía idea de que “El sapo” y la “Casta paloma” serían dos animalitos que se quedarían en el corazón del pueblo venezolano. Ese mismo año ganan también el premio Guaicaipuro de Oro.

1973

El 11 de marzo debutan en el programa *Renny presenta*, del famoso animador y conductor televisivo Renny Ottolina. Tienen el honor, ese mismo mes, de presentarse a

casa llena en el Aula Magna de la UCV. Y finalmente en agosto tocan en la inauguración del Museo de Arte Moderno Jesús Soto, de Ciudad Bolívar, donde se exhibirá la obra del maestro guayanés del cinetismo.

1974

Visitan Bogotá y llevan lo más puro y esencial de nuestro folclore al hermano país de Colombia por vez primera.

1975

Triunfan con un programa televisivo que graban en México junto con la periodista Isa Dobles. Realizan también un programa para Venezolana de Televisión. Actúan en Baltimore y Nueva York.

1976

Se hacen merecedores del Meridiano de Oro 1975, en el renglón de Conjunto Criollo. También harán una exitosa gira por los Estados Unidos. Viajan a la ciudad de Mérida para presentarse en la plaza Bolívar junto

con Joan Manuel Serrat y Mercedes Sosa. Conocen a un muchachito estudiante de Medicina que los invita a su casa donde amanecerían tocando y cantando. Esa noche nacería una amistad infinita entre los muchachos de Serenata y un tal Miguel Ángel Bosch.

1977

Es estrenada en la catedral de Montego Bay, en Jamaica, la canción "Corre, caballito". Canción que había sido recopilada por monseñor Maradei en 1942 cuando era párroco en Caicara del Orinoco. Participan en un programa especial para Venezolana de Televisión junto con el gran maestro guayanés de la guitarra Antonio Lauro. Realizan un concierto en la Universidad de Kansas auspiciado por la fundación Gran Mariscal de Ayacucho. Actúan en Panamá con motivo de los 150 años del congreso Anfictiónico.

1978

En abril graban "La barca de oro", uno de los aguinaldos más sublimes compuestos por Alejandro Vargas, y que será también uno de

los temas bandera de Serenata Guayanesa. El grupo se ha propuesto rescatar el aguinaldo venezolano.

1979

El 8 de noviembre participan en el Royal Albert Hall de Londres en el concierto organizado por Amnistía internacional y titulado "Voces de la libertad". Ahí participarían otra vez junto con la gran cantora argentina Mercedes Sosa.

1980

Se presentan en un festival musical en Memphis, Estados Unidos de América, junto con la gran Morella Muñoz, Freddy Reyna y el grupo Un Solo Pueblo. El 19 de octubre participan en el Festival por la Libertad de los Presos Políticos junto con Alí Primera, Gloria Martín, Lilia Vera, Gualberto Ibarreto, Morella Muñoz, Los Cuñaos, Simón Díaz, Anselmo López y muchos artistas más.

1981

Graban el segundo disco de aguinaldos titulado *Presencia viva de la Navidad*. Participan en el especial navideño de RCTV.

En marzo se presentan en Santiago de Chile como invitados al programa *Chile te invita*, actuando como grupo folclórico. Se presentan en Bari, Croato y Roma (Italia) ante las comunidades ítalovenezolanas de estas ciudades.

1982

Graban el primer disco de la serie *Cantemos con los niños* donde está nada más y nada menos que "La pulga y el piojo", la canción infantil más importante, no solo del repertorio de Serenata Guayanesa, sino del imaginario infantil venezolano.

1983

El 24 de julio participan en el espectáculo *Bolívar canta a Bolívar* que celebra los 200 años del natalicio del Padre de la Patria. Participan en el Festival Nacional de Folclore llevado a cabo en la ciudad argentina de Cosquín, donde conocen al gran músico Eduardo Falú.

1984

Luego de una noche de bohemia en el local la Pérgola de Graciela, donde Iván había sido

invitado por Miguel Ángel a subir a la tarima a cantar, el propio Iván le pregunta a Miguel Ángel si quería formar parte de Serenata Guayanesa porque Hernán se iría a probar suerte como solista. Así y después de tres meses de duros ensayos, un 27 de junio haría su debut Miguel Ángel como cantante y cuatrista de Serenata Guayanesa. Sale a la venta el segundo volumen de *Cantemos con los niños*. El martes 21 de agosto (en el hotel Caracas Hilton) y el 22 del mismo mes (en el Poliedro de Caracas) se presentan junto con el monstruo del tango, el argentino Astor Piazzolla.

1985

En enero son invitados a rendirle homenaje al papa Juan Pablo II, quien visitaba Venezuela por primera vez. El homenaje se realiza en la planta de la Siderúrgica del Orinoco (Sidor). En el mes de julio, un joven músico nativo de El Tigre, estado Anzoátegui, llamado Sabin Aranaga tendría el enorme compromiso de sustituir a Iván durante una presentación en Caja Seca, estado

Zulia, convirtiéndose desde ese día en un integrante *ad hoc* de Serenata Guayanesa.

1986

El 24 de junio inician una gira por Alemania Federal (en ese momento no se había concretado la unificación). Estarían en Bonn, Berlín, Hamburgo y Frankfurt. El Consejo Municipal de Ciudad Bolívar los declara hijos ilustres de esa ciudad. Celebran sus 15 años de carrera artística con el disco *Caribe abajo*.

1987

Sale al mercado el segundo volumen de *Cantemos con los niños*. En mayo se presentan en Barquisimeto junto con la agrupación larense Carota, Ñema y Tajá.

1988

Hacen una gira por España (la península) y por Portugal. En el inicio del verano y a propósito de las fiestas de San Juan en las islas Canarias, viajan a esas tierras al Encuentro de Música popular. Allí por primera vez tendrán oportunidad de conocer y compartir con la reina de la rumba Celia Cruz. Una

experiencia que marcaría a los muchachos de Serenata.

1989

Participan en el prestigioso Festival Nacional de Folk de Tarifa, España.

1990

En enero le realizan un homenaje a ese gran poeta Jesús Rosas Marcano, en la plaza La Candelaria en la ciudad de Caracas. Viajan a Chicago para The Old Town School of Folk Music.

1991

Celebran sus 20 años con el disco *Si la Tierra Tierra fuera* y ese mismo año realizan, en el teatro Teresa Carreño, un espectáculo musical sin precedentes en donde también intervendrían Gualberto Ibarreto, María Teresa Chacín, Carota, Ñema y Tajá y el copleiro Cristóbal Jiménez, entre otros.

1992

Se presentan con gran éxito en el Konzerthaus de Viena, donde por primera

vez en la historia del teatro se presentaría un espectáculo de música popular.

1993

Se les otorga el premio Orinoco de Oro como conjunto criollo de televisión del año. En abril participan en el Festival Internacional de Música de El Hatillo.

1994

Los días 29, 30 y 31 de julio se realizan tres maravillosos concierto titulados *Morella: la voz de todos*, para recoger fondos para la gran cantora Morella Muñoz, quien se encontraba delicada de salud por haber sufrido un ACV. Grandes estrellas del canto nacional se hicieron presente para homenajear a la gran *mezzosoprano* venezolana. Quedaría como constancia de esas tres noches espléndidas un afiche realizado por el artista plástico Pedro León Zapata.

1995

Participan como invitados especiales en los 40 años de Fe y Alegría. Sale al mercado el

libro *Cantemos con los niños* bajo la firma de Iván Pérez Rossi.

1996

Es homenajeado en el Teresa Carreño el artista cinético guayanés Jesús Soto, evento donde por supuesto participaría Serenata Guayanesa. Se celebran los 25 años de Serenata Guayanesa en el Teresa Carreño. Tres conciertos mágicos junto a Gualberto Ibarreto, Francisco Pacheco, Neguito Borjas, Ricardo Cepeda, Vidal Colmenares, Cristóbal Jiménez, Simón Díaz, Cecilia Todd, Gurrufío, el Orfeón Universitario y una larga lista de lo más sublime de la canción tradicional venezolana.

1997

Participan en el espectáculo musical *Navidad entre amigos*, que se efectuó en el teatro Teresa Carreño, junto con la orquesta Sinfónica de Venezuela, Isabel Palacios, el coro de Campanas del Tocuyo, entre otros. El 16 de septiembre se presentan junto con el grupo folclórico chileno Inti Illimani en la sala Ríos Reina del teatro Teresa Carreño.

1998

Participan por segunda vez en el espectáculo musical *Navidad entre amigos*, en el teatro Teresa Carreño.

1999

El gobierno del Distrito Federal de Caracas le otorga un reconocimiento por haber participado en los 432 años de la ciudad de Caracas. Dan un concierto a beneficio de la fundación Un Corazón Guerrero, que ayuda a pacientes cardiológicos. Participan como invitados especiales en los 15 años del grupo Gurrufío.

2000

El 19 de febrero participan en el espectáculo musical *Música por todos* que se hizo en el teatro Teresa Carreño para ayudar a los artistas que habían sido afectados por la tragedia de Vargas. En julio son invitados a cantar en la Expo Hannover en Alemania para inaugurar el pabellón de Venezuela en la feria. Allí le cantarían en la estructura-flor hecha por el maravilloso arquitecto venezolano Fruto Vivas. Participan en el espectáculo *Una canción para Teresa*, junto

con figuras como Simón Díaz, Lilia Vera, Francisco Pacheco, Vidal Colmenares y Enrique Lazo.

2001

En el mes de mayo sale a la venta el disco *Serenata y Gurrufío*. Para celebrar 30 años de carrera artística, realizan el espectáculo musical *Eterna viajera del río* los días 21, 22 y 23 de septiembre en el teatro Teresa Carreño. La Asamblea los declara por unanimidad Patrimonio Cultural de Venezuela.

2002

En septiembre realizan un recital en el festival de Biarritz (Francia) y en octubre tocan en Londres (Inglaterra) y en la ciudad de Lit (Francia).

2003

En el mes de mayo realizan una gira junto con el grupo Gurrufío que incluyó las ciudades de Caracas, Valencia y Porlamar (isla de Margarita). El 21 de diciembre participan en el espectáculo musical *Cantemos a la Navidad* en la sala Inocente Carreño de la

Casa de la Cultura Pueblo de la Mar en la isla de Margarita.

2004

Participan en el aniversario de la Unefa y hacen un disco para esta institución educativa. Componen un tema alusivo a esta. Se hacen presentes en el inicio de la Navidad del Centro San Ignacio.

2005

Se presentan en el teatro Luis Mariano Rivera de la ciudad de Cumaná, invitados por la Fundación del Niño del estado Sucre. Participan en la inauguración del Centro Cultural El Hatillo. El 16 de julio se presentan en el Centro Cultural La Estancia en Caracas, a propósito de la celebración del Día del Niño.

2006

Los días 11, 12 y 13 de agosto celebran sus 35 años de vida artística. Allí interpretan un magnífico programa musical junto con el violinista Alexis Cárdenas, el grupo Gurruffó, el guitarrista Aquiles Báez, Francisco

Pacheco, Cecilia Todd y el actor Gustavo Rodríguez, entre otros.

2007

Realizan un recital para los niños en el Parque Generalísimo Francisco de Miranda. El evento es auspiciado por la Fundación del Niño.

2008

El sábado 6 y el domingo 7 de septiembre se realizarían en la sala Ríos Reina del teatro Teresa Carreño par de conciertos titulados *Serenata Guayanesa* y *Gurruffó*. Aquí compartirían con este maravilloso grupo de música venezolana instrumental.

2009

Participan en el espectáculo musical *Navidad en el Cubo Negro*. Se presentan en Acarigua junto a Cheo Hurtado en la inauguración de un centro comercial.

2010

Realizan una pequeña gira por Pdvsa La Estancia, Maracaibo y Paraguaná. También,

un concierto en Corpbanca por el aniversario de fundación Provita.

2011

Celebran sus 40 años con un disco titulado así, *40 años*. Allí están incluidos los temas "Dime, lunita" y "Receta de amor". Se lleva a cabo en el teatro Corpbanca el espectáculo musical *La pulga y el piojo por fin se casaron*.

2012

Celebran los 201 años de la Armada Venezolana con un concierto en la meseta de Mamó en el estado Vargas.

2013

Se publica el cancionero *Corre, Caballito* auspiciado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura. En octubre se presentan en un

concierto sinfónico junto a Los Sabanderos de España.

2014

Se publica el cancionero *A la una la luna* auspiciado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Se presentan con la Orquesta Filarmónica de Caracas. Participan en el I Festival Suená Caracas y en el Festival Caracas en Contratiempo.

2015

Participan en el disco que celebra los 500 años de la ciudad de Cumaná titulado *Cumaná: 500 años de sueños*.

2016

Se realiza el documental *Serenata Guayanesa: leyenda viva*.



ÍNDICE

Serenata Guayanesa: los amigos de Venezuela	11
Serenata para una niña y el diente roto de su hermano	19
<i>Serenata Guayanesa... (1)</i>	25
¡Tú eres el carajito que me jalaba los pantalones!	26
<i>Serenata Guayanesa... (2)</i>	28
Yo toco por fantasía	29
<i>Le regalé a Isabelita...</i>	32
Me gusta cuando calla, ¡porque este señor tiene una voz horrible!	33
<i>Serenata Guayanesa... (3)</i>	35
Un ejercito de “viejas”	36
<i>Serenata Guayanesa... (4)</i>	37
Serenata Guayanesa: de cuarteto a una escuela	38
<i>Mauricio le dijo a Iván...</i>	42
Primero se escuchó la gaita en Ciudad Bolívar y después en Caracas	43
<i>Que salga de su cuevita...</i>	45
Pasamos la noche cantando	46
<i>Allá en la Piedra del Medio...</i>	48
Cantante por generación espontánea	49
<i>Me voy a hacer una trenza...</i>	51
¡Mira, ahí va un morito!	52
<i>Un caballito en el cielo...</i>	55
Yo empecé a cantar en las misas	57
<i>El sapo y la media diana...</i>	59
<i>En el río viajan los peces...</i>	61

Pudo más la música que la medicina	62
<i>Un morocoto de Upata...</i>	63
La ULA es la cuna	65
<i>La lunita sobre el río...</i>	67
Mi primer pago como artista fue con caramelos, chupetas y chocolates	68
<i>Del Orinoco bravío...</i>	72
Una fructífera siembra de valores llamada Serenata Guayanesa	73
<i>Un bagrecito guayanés...</i>	83
De Ciudad Bolívar a Mérida es lejos	84
<i>El lau lau y la sapoara...</i>	86
¡Hernán se fue, vale!	87
<i>El Orinoco contento...</i>	89
Un consejo de la negra	90
<i>De Guayana ellos llegaron...</i>	91
Uno llegaba cantando con una orquídea en la mano	92
<i>En las vertebras del río...</i>	95
Un río de serenatas... o la serenata de un río	96
<i>Serenata Guayanesa... (5)</i>	100
Arrancamos con un disco para la gobernación de Bolívar	101
Yo quería ser como Cheo García o como Memo Morales	103
Nos vemos en la pila del convento	105
Dejen oír la música, ¡por favor!	107
Para Serenata Guayanesa en sus 45 años	108
Linda mujer, escucha este poema	111
Se consiguen los serenateros	113
Déjame acompañarlo yo, que conozco el tema	114
Serenata Guayanesa: juego, música y poesía	116

¡Qué va a estar lloviendo nada!	124
Los catiritos y la Guayanesa	127
A pesar de mi amor por la profesión que ejercía, dejé mi trabajo por Serenata	128
Cuatro voces en el latir del pueblo	130
Ese concierto es irrepetible	135
Dónde están los cantadores que estaban aquí cantando	137
Aquel cuarto de siglo	138
Morella, la voz de todos	140
Bendito sea yo, caramba, bendito sea yo, Dios mío	145
Al oriente, juventud	146
Por la música conocerás la esencia de los pueblos	147
Serenata Guayanesa es pasión, esfuerzo, amor	149
El primer día es cuando se demuestra de lo que se está hecho	150
El muchacho del El Tigre que se convirtió en “el quinto serenato”	151
Eso que siento: Serenata Guayanesa	155
Cronología	165

Serenata guayanesa leyenda viva
se editó en digital en
el mes de septiembre de 2021
en la Fundación Editorial El perro y la rana







Serenata Guayanesa

LEYENDA VIVA

Cuando Serenata Guayanesa canta, canta la Piedra del Medio, esa isla maciza que vigila a Ciudad Bolívar y a Soledad al mismo tiempo. También cantan Alejandro Vargas y Félix Mejías, toca el maestro Lauro su guitarra y el mazapán de La Pelusa se deshace en la boca de los niños que juegan pelota en la bajada de Perro Seco. Esta Serenata amiga de todos ya llega a 45 años. Un poco-tón de años siendo amigos de un país que los ha visto dedicar su vida a los niños, a la música tradicional pero, sobre todo, a la

esencia de esta Tierra de Gracia. Para un país que siempre ha tenido una memoria un poco olvidadiza, valga decir que estos cuatro carajitos de Serenata han estado allí para decirnos lo que somos, lo que fuimos y seremos. Cada vez que una canción de Serenata Guayanesa resuena en algún rincón, cada vez que la pulga y el piojo o el sapo soplan su melodía, por allí vibra también el alma de esta tierra.



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

